

25797

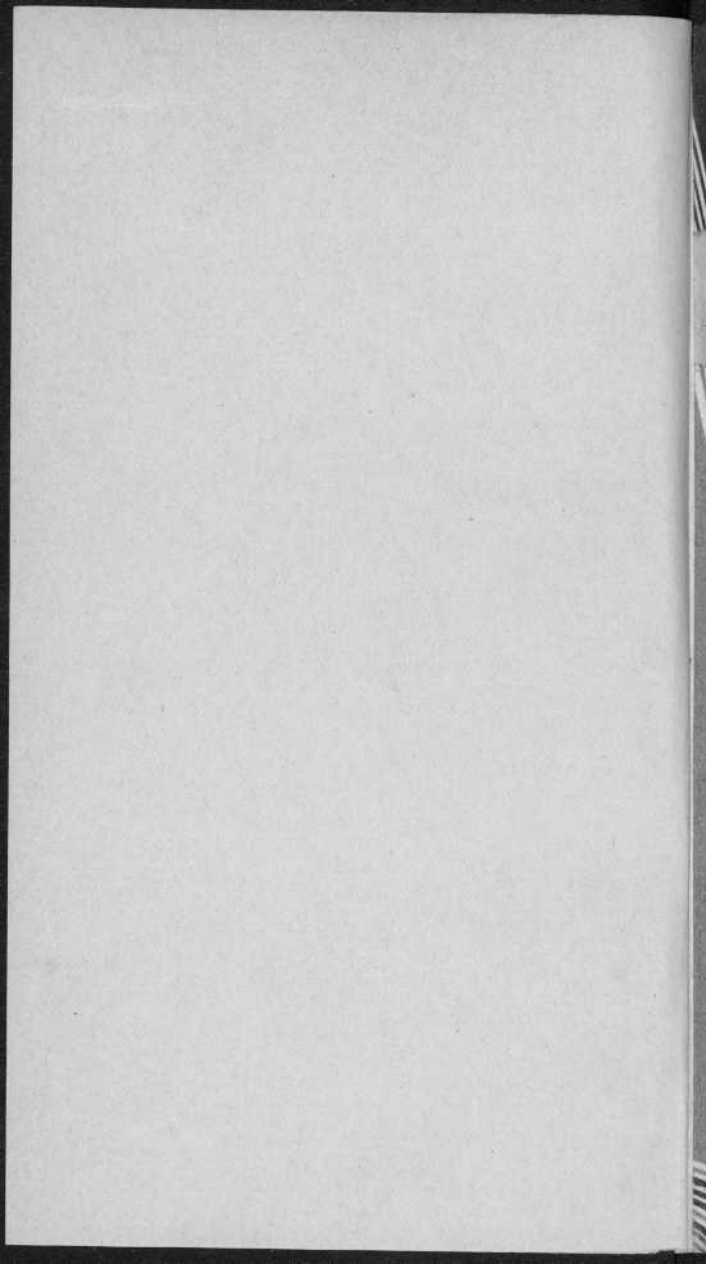
6492

25797

D-25-925

92 / 87





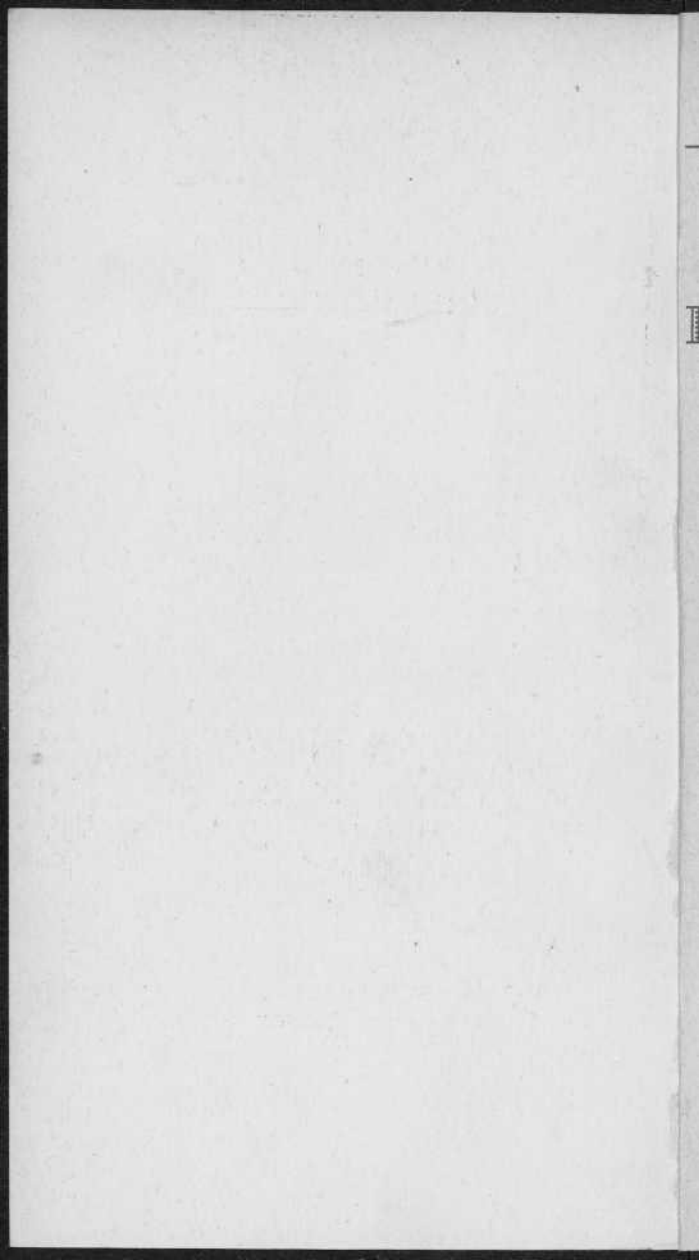
SAN LUIS GONZAGA

93
924



MCMXXX

RRIBY



97
324
VIDAS POPULARES

SAN LUIS GONZAGA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Entresacada de la que escribió el
P. Virgilio Cepari y tradujo
al castellano el

P. JUAN DE ACOSTA

CUARTA EDICIÓN

Ilustraciones de Arribas



B.P. BURGOS

N.R.

N.T. 700764

C.B.

25797

1930

APOSTOLADO DE LA PRENSA

San Bernardo, 7

MADRID

NIHIL OBSTAT:
ANTONIO VALLE, S. I.
Cens. ecles.

IMPRIMATUR:
DR. J. FRANCISCO MORÁN
Vic. Gen.

Madrid, 7 de enero de 1930.

SAN LUIS GONZAGA



ARRIBA ✓

chos hijos, se consolaría grandemente de ver alguno de ellos religioso.

Asió de aquí Luis, y un día que estaban a so-

las, le dijo estas palabras: «Madre y señora, muchas veces dice V. E. que querría tener un hijo religioso; yo pienso que Dios le ha de hacer esta merced.» Volvió otro día a repetirle las mismas palabras, y añadió: «Pienso que tengo de ser yo ése.» Mostró la Marquesa oír de mala gana esplática, por ser Luis el primogénito, y atajándola, le echó de sí; pero reparó mucho en aquellas palabras, y comenzó a pensar que sería así, por verle como le veía tan devoto y tan santo. Bien es verdad que, como él decía después, entonces no había tomado aún resolución de su vida, sino sólo proseguía en sus ejercicios de devoción.

Había a esta sazón mucho rumor de peste por Italia, y con este temor el Marqués se quiso ir a vivir a Monferrato, llevando allá toda su casa. Estando allí, le apretó grandemente la gota, y así, por orden de los médicos, hubo de ir a los baños de Luca con sus dos hijos al principio del verano del año 1577, con no poca pena de la Marquesa, que de mala gana hacía suelta de ellos en aquella edad, para tan lejos. Fuése derecho a los baños, y habiéndolos tomado, volvió su camino hacia Florencia, donde fué recibido del gran Duque en su palacio con notables muestras de amor.

Tenía ya Luis nueve años cumplidos cuando su padre le dejó en Florencia, y estuvo allí más de dos; en el cual tiempo estudió con cuidado la lengua latina, atendiendo también a aprender la toscana. Las fiestas iba a palacio, y tal vez jugaba



I

Primeros años.

SAN Luis Gonzaga fué hijo primogénito de los Ilustrísimos y Excelentísimos Sres. Don Fernando Gonzaga, príncipe del Imperio y marqués de Castellón, de la provincia de Stiviere, en Lombardía, y de doña Marta Tani Santena, natural de Chieri, en el Piemonte. Era el marqués D. Fernando, padre de San Luis, primo carnal en tercer grado del Serenísimo Señor D. Guillermo, duque de Mantua, y de la misma cepa, y poseía este Estado, que está entre Verona, Mantua y Brescia, no lejos del lago de Garda, por herencia de sus antepasados.

La marquesa doña Marta era también de las casas más principales del Piamonte, hija del señor Baltasar Tani, de los barones de Santena, y de doña Ana, de los antiguos barones de la Róvere; prima hermana del Cardenal de la Róvere, Arzobispo de Turín. Hizose el casamiento entre estos dos señores, padres de nuestro Luis, en España, con la ocasión que diré:

Estaba a la sazón el marqués D. Fernando en la corte del Rey Católico D. Felipe II, donde también estaba doña Marta, y era la más querida y favorecida dama que tenía la Reina Doña Isabel, mujer de Felipe II e hija de Enrique II, Rey de Francia. Sabiendo, pues, el Marqués la nobleza y raras prendas de aquella señora, deseó sumamente casarse con ella. Pensólo muy despacio, y habiéndose resuelto, tuvo traza de hacer saber su resolución al Rey D. Felipe y a la Reina Doña Isabel, de los cuales fué oído con gusto y aprobación; y dando buen dote a doña Marta, con ricas joyas y otras preseas que la Reina le dió por el amor que la tenía, se efectuó allí en la corte el casamiento.

Hecho éste, el Marqués alcanzó licencia de los Reyes para volverse a Italia, a su Estado, y llevar consigo a la Marquesa, su mujer. Antes de partirse, le hizo de la cámara el Rey y le consignó algunos gajes muy honrados en el Reino de Nápoles y en el Estado de Milán por su vida y por la de un hijo, y de ahí a poco le hizo su capitán

SAN LUIS GONZAGA

de gente de armas en Italia; oficio con que se honran mucho los príncipes y duques más ilustres de Italia.

Llegados que fueron a Castellón, hallándose ya la Marquesa libre de las ocupaciones y embrazos de la corte, como siempre había sido inclinada a cosas de piedad y devoción, ahora más que nunca, aprovechándose de la comodidad y libertad mayor, se comenzó a aplicar a cosas espirituales, en cumplimiento del propósito que en España había hecho.

En particular sintió en sí unos deseos muy vivos de tener algún hijo que sirviese a Dios en la Religión. Perseverábanle estos deseos, y con ellos pedía a Nuestro Señor muy a menudo y con grande instancia le hiciese esta merced. El suceso mostró que fueron oídas sus oraciones, pues el primer hijo que concibió, vivió y murió tan santamente en la Compañía de Jesús.

Y verdaderamente parece que Dios quiso tomar la posesión de nuestro Luis antes que saliese a la luz de este mundo, pues con tan particular providencia trazó que primero fuese bautizado que nacido, y que concurriese a su nacimiento con particular favor la Reina de los Angeles, de quien él fué desde su niñez tan devoto. Porque solía contar la Marquesa que, cuando llegó el tiempo, los dolores fueron tales, que la pusieron en punto de morir.

Hizo el Marqués junta de médicos. Ellos, des-

pués de haber probado sin provecho muchos remedios, se dieron por vencidos, y desahuciaron al hijo y a la madre.

Supo la buena señora su peligro, y viéndose sin remedio humano, acogiése a los divinos, en especial al favor de la Virgen Nuestra Señora, Madre de misericordia. Hizo llamar al Marqués, y pidióle licencia para hacer un voto a la Reina del Cielo; dióselo el Marqués muy de grado, y ella hizo voto de ir en persona, si escapaba, a visitar la Santa Casa de Loreto, y de llevar consigo a su hijo, si también él escapaba con vida. Hecho el voto, cesó el peligro.

Porfiaban todavía los médicos que no era posible escapar el niño con vida, y el Marqués instaba que se atendiese a salvar el alma de su hijo; los que asistían a la Marquesa, luego que vieron al niño en términos de poder recibir el agua del Bautismo, antes que del todo naciese le bautizaron, de manera que por favor y medio de la Virgen Santísima vivieron la madre y el hijo.

Nació, pues, Luis en la fortaleza de Castellón, lugar principal del Estado del Marqués, en la diócesis de Brescia, siendo Sumo Pontífice Pío V, el año de nuestro Salvador de 1568, a los 9 de marzo, martes, a la puesta del sol.

Hiciéronse las ceremonias del Bautismo solemnemente con gran fiesta a los 20 de abril del mismo año, que también fué martes, en la iglesia parroquial de Santos Nazario y Celso, por mano de

SAN LUIS GONZAGA

monseñor Juan Bautista Pastorio, arcipreste de Castellón, y allí le fué puesto el nombre de Luis, por haber sido éste el nombre de su abuelo paterno. Fué su padrino el Sermo. Sr. D. Guillermo, duque de Mantua, el cual, para este efecto, envió a Castellón al Ilmo. Sr. D. Próspero Gonzaga, primo suyo y del Marqués, para que, en nombre de Su Alteza, hiciese aquel oficio, como se advierte en el libro del Bautismo.

El cuidado y diligencia que se puso en la crianza del niño en aquella edad, fácil es de entender, pues era el mayorazgo y heredero, no sólo del Estado de su padre, sino también de otros dos tíos, hermanos de su padre, que eran el señor Alfonso, Señor de Castelgofredo, y el señor Horacio, Señor de Solferino; de los cuales, el segundo no tenía hijos, y el primero no tenía más que una hija, y por esta razón era fuerza sucederle su sobrino en los feudos imperiales que poseían.

Deseaba la Marquesa, como señora tan cristiana, que su hijo desde aquella edad se acostumbrase a hacer actos de devoción y la mamase con la leche; y así, apenas comenzó a dar muestras de hablar, cuando ella por su persona le enseñó a persignar y a pronunciar, tartamudeando, los santísimos nombres de Jesús y de María. Enseñóle también el Padrenuestro y el Avemaría y las otras oraciones, mandando que esto mismo hiciesen el ama y las otras personas que le servían y acompañaban.

SAN LUIS GONZAGA

Dos cosas bien notables se cuentan de él, entre otras. La una es la compasión grande que desde aquella edad mostraba a los pobres, que, en viéndolos, parece que se le iba el corazón tras ellos, procurando socorrerles en cuanto podía. La otra es que, luego que comenzó a poder andar por su pie libremente por casa, muy de ordinario se escondía, y andándole a buscar, le venían a hallar en algún rincón, donde se metía a encomendarse a Dios.

Espantábanse todos con razón, y desde entonces pronosticaban que aquel niño había de venir a ser un gran santo. Otros afirman con juramento que algunas veces que le tomaban en brazos, luego se sentían interiormente movidos a devoción, y les parecía no tener en los brazos niño, sino algún ángel del Cielo. No se puede creer lo que se holgaba la Marquesa viendo a su hijo tan devoto.

El Marqués, como era soldado y por las armas había alcanzado del Rey Católico tan honrados cargos, quisiera que su hijo fuera por el mismo camino; con este fin, teniendo cuatro años de edad, le mandó hacer de propósito unos arcabucitos y otras armas tan pequeñas que las pudiese el niño manejar y ejercitar con facilidad. Además de esto, cuando se previno para la jornada de Túnez, donde el Rey Católico le mandaba ir con tres mil infantes italianos, habiendo de hacer la gente en Casalmayor, que es un lugar junto a

SAN LUIS GONZAGA

Cremona, en el Estado de Milán, llevó consigo a Luis, que sería de cuatro o cinco años, sacándole de los brazos de las amas y del regazo de su madre para que cobrase amor a cosas de guerra. Para esto, los días que se hacía la revista, le hacía ir delante de los escuadrones puestos en orden, con unas armas ligeras a cuestras, y con una pica al hombro hecha a su medida, holgándose mucho de que el niño mostrase alguna afición a aquellos ejercicios.

Estuvo Luis algunos meses allí en Casal, y como aquella edad es de cera, y fácilmente toma lo bueno o malo que ve, jugando y tratando todo el día con soldados, parece que se le pegó no sé qué espíritu soldadesco y que mostró alguna inclinación a la gloria militar, a que su padre, ya con palabras, ya con obras, tanto le inclinaba.

Fué esto de suerte que, andando con las armas, principalmente con arcabuces, estuvo muchas veces en peligro manifiesto de la vida, de que le libró casi por milagro la providencia de Dios, que para otro mejor estado y mejores armas le guardaba. Una vez, en particular, disparando un arcabuz se quemó toda la cara con la pólvora.

Otra vez, por el verano, estando el Marqués durmiendo la siesta, y durmiendo también otros soldados, hizo una cosa digna de admiración en tal edad.

Tomó pólvora de los frascos de los soldados, y

él a sus solas cargó una pieza pequeña de artillería que estaba en el castillo; dióle fuego, y faltó poco para que, al retirarse con ímpetu el carretón, le cogiese debajo de las ruedas. Despertó el Marqués al ruido, y temiendo algún alboroto de los soldados, envió a saber qué novedad era aquella. Sabida la cosa, quiso castigar a Luis; pero los soldados, que se holgaban grandemente de verle tan brioso en aquella edad, se pusieron de por medio, y, al fin, con sus ruegos le libraron.

Estos y otros semejantes sucesos solía contar Luis en la religión para engrandecer la bondad de Dios, que de tantos peligros le había guardado sin merecerlo. Antes le quedaba algún escrúpulo de haber quitado aquella pólvora a los soldados, si bien se consolaba con parecerle que si él se la pidiera, sin duda se la dieran de muy buena gana. Partió, pues, el Marqués con los soldados la vuelta de Túnez, y envió a Luis a Castellón, donde prosiguió lo que en Casal había comenzado.

Habíansele pegado del trato y conversación de los soldados algunas palabras libres y descompuestas que ellos de ordinario usan y muchas veces les había oído, y estas mismas comenzó a usar a veces en Castellón, si bien él no sabía lo que significaban, como él mismo lo dijo al P. Jerónimo Plati, a quien dió cuenta de toda su vida en la religión, como a superior que se la pedía.

Sucedio, pues, que un día su ayo Pedro Francisco del Turco le riñó por esto; de manera que

SAN LUIS GONZAGA

dice el mismo ayo que desde aquella hora en toda la vida no le salió palabra de la boca que no fuese muy compuesta, y si oía a los otros palabras no tales, al punto bajaba los ojos de vergüenza o volvía la cara a otra parte haciendo del divertido, o alguna vez del enfadado, de tales palabras. De donde se ve claramente que, si él supiera antes lo que decía, no lo hubiera dicho por ningún modo.

Estas palabras, dichas en aquella edad y sin entenderlas, son el mayor pecado que yo he hallado en la vida de nuestro Luis, de las cuales, en diciéndole que eran malas y que no decían bien con su cualidad y estado, quedó tan corrido, que, como él decía, no podía acabar consigo de decir las ni aun a su confesor: tanta era la vergüenza que tenía de haberlas dicho. Dolióse de ellas por toda la vida como si hubiera hecho un pecado gravísimo; y como quien no había hecho otro mayor de que poder confundirse, éste solía contar en la religión para confundirse y humillarse a algunos amigos, porque pensasen que desde niño había sido mal inclinado.

Llegando, pues, a los siete años, que es el tiempo en que, según la sentencia común de los filósofos y de los sagrados doctores, comienza a amanecer la luz de la razón y a ser uno capaz de mérito y de culpa, a este tiempo se volvió a Dios, dedicándose todo a su servicio, de suerte que solía él llamar a éste el tiempo de su conversión, y

SAN LUIS GONZAGA

cuando daba cuenta de su conciencia a sus padres espirituales para que le enderezasen, contaba éste por uno de los más señalados beneficios que había recibido de Dios: que a los siete años le hubiese convertido del mundo a su servicio.

La abundancia de gracia y luz del Cielo con que Dios le previno en este tiempo, se puede colegir de lo que testifican cuatro Padres graves que en diferentes lugares y tiempos le confesaron generalmente, uno de los cuales es el Ilmo. Cardenal Roberto Belarmino, con quien hizo la última confesión general de toda su vida, poco antes de morir; todos deponen por escrito, sin saber el uno del otro, que en toda su vida no hizo pecado mortal ni perdió jamás aquella gracia que al tiempo de nacer se le dió en el Bautismo.

Cosa, sin duda, digna de admiración, más en él que en otros, porque no podemos decir que pasó los primeros años de su edad peligrosa encerrado en algún monasterio de religiosos, donde, con la falta de ocasiones, con la conversación y ejemplos de tantos siervos de Dios, y con las muchas otras ayudas espirituales, es más fácil conservarse uno en gracia que en el mundo.

Pero nuestro Luis, desde su niñez, estuvo en medio del tráfico de las cortes: nacido y criado en la de su padre, después de muchos años en la del gran duque de Florencia, en la del duque de Mantua y en la del Rey de España; necesitado a tratar siempre con príncipes y señores y con toda

SAN LUIS GONZAGA

suerte de personas, como las ocasiones lo pedían, y no obstante eso, entre los regalos de la casa de sus padres, metido en medio de tantas ocasiones y tentaciones como traen consigo las cortes, conservó siempre pura y limpia la vestidura blanca de la inocencia bautismal.





II

Cómo fué Luis enviado a Florencia, donde hizo voto de castidad.



ENTRETÚVOSE el marqués D. Fernando, a la vuelta de Túnez, más de dos años en la corte de España. Volvió después a su Estado, y halló a su hijo Luis no tan soldado como le había dejado, pero mucho más devoto y compuesto.

Espantábase grandemente de verle con tanto seso y cordura en aquella edad, y parecíale que, por lo menos, sería muy a propósito para el gobierno de sus Estados.

Pero nuestro Luis, que a la sazón era de ocho años, ya echaba muy diferentes trazas, y tenía pensamientos más levantados de procurar mayor perfección. Atrevióse un día a dar parte de ellos a su madre con esta ocasión: Habíale oído varias veces decir que, ya que Dios le había dado mu-

algún juego honesto, más por obedecer a su ayo que por su gusto. Y a este propósito contaba la Serenísima Señora Doña Leonor de Médicis, duquesa de Mantua, que cuando la Serenísima Señora Doña María, su hermana, que después fué Reina de Francia, y ella, siendo niñas, convidaban a Luis para que se entretuviese con ellas en el jardín o en palacio, él les decía que no gustaba de aquellos juegos, que de mejor gana se entretendría en hacer altares u otra cosa semejante de devoción.

Con los buenos principios que Luis traía cuando llegó a Florencia, creció tanto allí el edificio espiritual de su alma, que solía él llamar a Florencia la madre de su devoción. En especial fué grandísima la que cobró con la Virgen Santísima; cuando hablaba de Ella o meditaba sus misterios, parece que se derretía y deshacía todo de pura ternura.

Ayudóle mucho a esto la devoción que tienen los de aquella ciudad con una imagen muy devota de Nuestra Señora de la Anunciada, y un librito también de los misterios del Rosario, del Padre Gaspar Loarte, de la Compañía de Jesús, en el cual leyendo un día se sintió abrasado de deseos de hacer algún servicio grande a esta Señora. Vínole al pensamiento que sería servicio muy acepto a la Virgen Santísima si él, por imitar cuanto le fuese posible su pureza, le consagrarse desde luego, con particular voto, su virginidad.

SAN LUIS GONZAGA

Con ese pensamiento, estando un día en oración delante de la imagen, que dijimos, de la Anunciada, a honra de la Virgen hizo voto a Dios nuestro Señor de perpetua virginidad: la cual conservó toda su vida tan entera y perfectamente, que se echa bien de ver cuán grata fué a Dios nuestro Señor aquella oferta, y cuán especialmente le recibió la Virgen Santísima debajo de su protección.

Porque afirman sus confesores, y en particular el Cardenal Belarmino y el P. Jerónimo Plati, que San Luis en toda su vida no sintió jamás ni un mínimo estímulo o movimiento carnal en el cuerpo, ni un pensamiento o representación lasciva en la mente contraria al propósito y voto que había hecho. Cosa tan sobre toda fuerza e industria humana, que bien se ve haber sido un don muy particular de Dios por medio de su Santísima Madre.

Bien es verdad que cooperó él de su parte a la guarda de esta rica joya con aquel cuidado tan continuo que tenía de la guarda de sus sentidos. Que si bien no sentía guerra en esta materia, pero la estima y el amor grande de esta virtud le hacía estar siempre en vela, hecho guarda y centinela de sus sentidos, en especial de los ojos, teniéndolos siempre a raya para que no se desmandasen a mirar donde de mil leguas pudiese haber inconveniente; y esta era una de las razones que le hacían ir por la calle con los ojos tan bajos.

SAN LUIS GONZAGA

Pero sobre todo huía toda la vida, dondequiera que estuviese, el hablar con mujeres. Aborrecía tanto su vista, que quien lo viera pensara que tenía con ellas alguna natural antipatía. Así fué que, jugando cierto día en un juego de prendas, en el cual el que falta deposita una prenda, que al final del juego debe rescatar con una sentencia festiva, para recobrar la suya se le mandó besar la sombra ridícula que una niña hacía en la pared. Cuando Luis oyó esto, encendiósele el rostro de indignación y pudor, y abandonando la prenda y los compañeros, nunca jamás quiso divertirse en tales juegos.

Comenzó también aquí, en Florencia, a confesarse más a menudo que en Castellón. Para esto le dió su ayo por confesor un Padre de la Compañía de Jesús, que a la sazón era rector de aquel colegio. Cuando hubo de venir la primera vez a confesarse con él, se aparejó en su casa, examinándose con gran diligencia y exacción. Púsose después delante del confesor con tal reverencia y con tanta vergüenza y confusión propia, como si hubiera sido el mayor pecador del mundo; fué esto en tanto grado, que, en poniéndose a los pies del confesor, se desmayó, y fué necesario que el ayo le acudiese y lo volviese a casa. Volvió después al confesor, y quiso hacer un examen y confesión general de toda su vida; de la cual le oímos diversas veces decir en la religión, que en Florencia había hecho una confesión general

SAN LUIS GONZAGA

de toda su vida con particular consuelo de su alma.

Con esta ocasión entró más dentro de sí, y dió principio a una vida más estrecha y exacta, examinando todas sus acciones con gran rigor para hallar la raíz de sus faltas y cortarla de una vez. Lo primero que halló fué que, por ser de compleción sanguínea, le venían algunos movimientos de indignación que le hacían entrar en cólera; y aunque ésta no llegaba a prorrumper en lo exterior, con todo eso le inquietaba lo interior de su alma.

Para vencer esta pasión, se dió a pensar en la fealdad y bajeza de este vicio. La cual decía él que se echaba de ver en que cuando el hombre se sosiega y vuelve en sí, conoce que el tiempo que duró la cólera no fué señor absoluto de sí ni de sus acciones. Movidó de esta consideración, se resolvió de hacerse fuerza y desarraigar totalmente aquella pasión de su alma. Y, con ayuda de Dios y su buena diligencia, se dió tan buena maña, que en breve tiempo salió con su pretensión, y alcanzó tan perfecta victoria, que no parecía haberle quedado rastro de aquella inclinación.

Además de esto, advirtiéndole que en las pláticas ordinarias a las veces se le escapaban algunas palabras que tocaban algo en la fama ajena, aunque, como él mismo decía, apenas llegaban a pecado venial, con todo eso, enojado consigo mismo,

SAN LUIS GONZAGA

para no faltar más en esto se retiró de las conversaciones, no sólo de los de fuera, pero aun de los mismos de casa, estándose de ordinario retirado y solo por no decir u oír otra cosa que de mil leguas manchase la pureza de su conciencia; y si bien algunos por esto le tenían por escrupuloso o melancólico, a él no se le daba nada.

De allí en adelante fué tan obediente a sus mayores, que afirma su ayo que jamás hizo cosa, por mínima que fuese, contra su orden. Antes, si alguna vez veía a su hermano Rodolfo quejarse de las reprensiones de su ayo o maestro, el buen Luis con amor le exhortaba y animaba a obedecer. A sus criados mandaba con tanto respeto y modestia, que los dejaba confusos. No usaba jamás palabra de imperio; su modo de mandar era éste: «Podríais hacer tal cosa, si no os desplace; si no sentís incomodidad, quisiera que se hiciera tal cosa; por hacerme placer, os ruego que hagáis tal cosa.»

Estas y otras semejantes palabras les decía con tanto agrado y tales muestras de compasión, que les robaba los corazones. Era tan vergonzoso, que cuando a la mañana el camarero le ayudaba a vestir, se ponía colorado, y siempre estaba con los ojos bajos.

Oía Misa todos los días, y las fiestas también Vísperas. No tenía en este tiempo noticia de oración mental; sólo se ocupaba en la vocal, rezando cada día, mañana y tarde, el Ejercicio cotidiano,

SAN LUIS GONZAGA

siempre de rodillas y con grande atención. Y aunque por entonces no tenía resolución firme de dejar el mundo, tenía de, si quedaba en él, hacer una vida lo más santa y perfecta que le fuese posible.





III

En Mantua y Castellón.



ABÍA ya estado Luis en Florencia más de dos años, cuando el Marqués, su padre, fué por gobernador de Monferrato por el Serenísimo Señor D. Guillermo, duque de Mantua. Prosiguió Luis en Mantua con los ejercicios y modo de vida que en Florencia había comenzado, y añadió una resolución de no menor importancia que la pasada, que fué dejar a Rodolfo, su hermano menor, el marquesado de Castellón, del cual él, como primogénito, tenía ya la investidura del Emperador.

No le ayudó poco para esta resolución una enfermedad que le sobrevino, y como fuese en aumento, se determinó, con consejo de los médicos, a procurar consumir a pura dieta los humores que se pensaba ocasionaban aquel achaque. Tomó

SAN LUIS GONZAGA

tan a pechos este remedio, que fué harto no morir en la demanda, porque llegó a términos, que si en una comida llegaba a comer un huevo entero, que le sucedía raras veces, le parecía haber tenido un banquete muy espléndido.

Perseveró en este ayuno tan riguroso, no sólo aquel invierno en Mantua; sino el verano siguiente en Castellón, contra el parecer de los médicos y de todos los demás, no ya por la salud, como se pensaba, sino por devoción, como él mismo confesó en la religión al P. Jerónimo Plati. Que si bien al principio había tomado aquella abstinencia tan rigurosa para cobrar salud, pero después se fué aficionando poco a poco a aquel medio de vida, y hallaba ya gusto en el ayuno por la salud del alma.

Pero cuanto le fué de provecho la abstinencia para el primer mal, que al fin no le volvió más, tanto le hizo de daño para el estómago, el cual del demasiado ayuno vino a debilitársele de suerte que, después, cuando quiso comer, no abrazaba el manjar, ni mucho menos podía retener, y así, aunque hasta entonces tiraba más a grueso y jugoso, después quedó muy flaco y enjuto, y faltándole las fuerzas y el vigor que tenía, por ser de su natural muy bien complexionado, le sobrevino tanta flaqueza, que le gastó y consumió toda su buena complexión.

No dejó de sacar de este trabajo algún provecho para el alma, porque al fin le sirvió de capa

SAN LUIS GONZAGA

para ahorrar muchas salidas, que hubiera de hacer si estuviera recio. Pero ahora rara vez salía de casa, y era a visitar alguna iglesia o casa de religiosos, con quienes trataba de cosas espirituales, y tal vez iba a casa del Sr. Próspero Gonzaga, su tío, donde, en llegando, se metía en la capilla a encomendarse a Dios; después hablaba con su tío y los demás de casa pláticas de Nuestro Señor, con tan levantado espíritu, que dejaba atónitos a los presentes, y le miraban ya desde entonces como a un santo del Cielo.

El resto del tiempo se estaba solo y retirado en casa, a ratos leyendo Vidas de Santos, a ratos ocupándose en rezar el oficio y en otros ejercicios espirituales, a los cuales se aficionó tanto, que, dándole cada día más en rostro las pláticas y ocupaciones exteriores, y cobrando más amor a aquel modo de vida retirada, se resolvió últimamente a ceder el Estado a su hermano Rodolfo, y hacerse de la Iglesia, por poder solamente en aquel estado emplearse con más libertad y quietud en el servicio divino.

Tomada esta resolución, comenzó a instar al Marqués, su padre, que le desocupase de obligaciones de corte para poder atender con comodidad a los estudios, si bien no declaró por entonces la resolución que había tomado de ser eclesiástico.

* * *

SAN LUIS GONZAGA

Pasado el invierno, el Marqués escribió que Luis y su hermano se fuesen a Castellón, para probar si con el aire de allí, que, junto con ser natural, es de suyo muy saludable, le iba mejor a Luis que en Mantua. Y no hay duda, sino que, como le hizo algún provecho, por ser el puesto tan a propósito en un monte de bellísima vista, le hubiera reparado del todo si él se ayudara y quisiera remitir algo de aquel rigor de vida que había comenzado en Mantua, principalmente añadiéndose de nuevo el cuidado de la Marquesa, su madre. Pero él cuidaba más de la salud del alma que de la del cuerpo, y no aflojó un punto de sus ejercicios espirituales, antes los acrecentó, y ultra de la abstinencia que guardaba, se estaba de ordinario en un perpetuo retiramiento, huyendo toda suerte de conversación por atender con más libertad a sus devociones.

No había tenido Luis en materia de oración otro maestro sino la unción del Espíritu Santo; y así, aunque sabía meditar, no sabía el orden que había de guardar, ni la materia que había de tomar; para éste, trazó Nuestro Señor que un día se encontrase con un librito de San Pedro Canisio, de la Compañía de Jesús, en que se ponían por orden algunos puntos de meditación.

También las cartas de las Indias le aficionaron mucho a la Compañía, porque por ellas entendió lo que Dios obraba en Indias, por medio de los Padres, en la conversión de los gentiles, y venía-

SAN LUIS GONZAGA

le deseo de gastar él su vida en tales ocupaciones por la salud de las almas que tanto costaron a Dios, y aun en aquella edad hacía lo que podía por ayudarlas.

Con este fin, se iba todas las fiestas a las escuelas de la Doctrina Cristiana, y se animaba a enseñar a los otros niños las cosas de la fe y el modo de bien vivir.

Si sabía que hubiese alguna discordia entre los criados de casa, procuraba luego componerlos. Si oía a alguno blasfemar u otra palabra descompuesta, reprendíale. Si sabía que había alguno en el lugar de mala vida, avisábale con blandura y procuraba su enmienda, porque no podía sufrir que fuese Dios ofendido. Sus pláticas eran siempre de cosas de Dios, y hablaba con tanta fe y autoridad, que yendo por este tiempo con la Marquesa, su madre, a Tortona a visitar a la duquesa de Lorena, que pasaba por allí con su hija la duquesa de Brunsvich, oyéndole hablar los que acompañaban a aquella señora, quedaban atónitos, y decían que si le oyeran y no le vieran, pensarán que era un viejo muy prudente el que tan altamente hablaba de Dios.

Corría ya por este tiempo el año de 1580, en el cual era el Cardenal San Carlos Borromeo Arzobispo de Milán. Visitando la diócesis de Brescia, llegó a Castellón por el mes de julio, y aunque rogaron los Marqueses que se sirviese ir a su palacio, no se pudo acabar con él que ad-

SAN LUIS GONZAGA

mitiese el hospedaje; y así, se estuvo en casa del arcipreste, que era junto a la iglesia. Allí le visitó nuestro Luis, que entonces era de doce años y cuatro meses. Preguntóle el bienaventurado San Carlos si comulgaba. Y diciéndole que no, el Cardenal, que ya había descubierto bien la pureza de su alma, la madurez del juicio y la mucha luz que Dios le daba de las cosas del Cielo, no sólo le dijo que comulgase, pero le exhortó a que lo hiciese muy a menudo, dándole de palabra una breve instrucción de cómo se había de aparejar para llegar a aquella fuente de gracia.

Aconsejóle también que leyese el libro llamado *Catecismo Romano*, impreso por orden de Pío V, y así lo hizo en adelante, con grande gusto, porque hallaba en él doctrina santa y documentos cristianos, y también por habérselo encargado tan santo varón, a quien veneraba con tanto fundamento. Comenzó también a comulgar, y no se puede creer lo bien que se preparaba para recibir dignamente tan soberano Huésped.

Todos aquellos días precedentes a la comunión, todo cuanto pensaba y hablaba era de este soberano Sacramento. De esto leía, de esto meditaba, a esto enderezaba sus oraciones, que eran tan frecuentes, que solían decir los de su casa que parecía que tenía que hablar con las paredes, pues tantas veces le hallaban de rodillas en todos los rincones de la casa. Y de allí en adelante le quedó una tan gran devoción al Santísimo Sa-

SAN LUIS GONZAGA



SAN LUIS GONZAGA

cramento, que todos los días, cuando oía Misa, en consagrando el sacerdote, comenzaba él a llorar con tanta abundancia, que corrían las lágrimas hasta el suelo, y este afecto le duró toda la vida, pero con mucha más fuerza los días de fiesta cuando comulgaba.





IV

Determina ser religioso.



EL Marqués, a quien daba no poco cuidado la vida y la salud de este hijo, pensando que sería más fácil el remedio teniéndole a la vista, o al menos se atajaría el mal para adelante, ordenó que viniese Luis en compañía de la Marquesa, su madre, y su hermano Rodolfo, a Monferrato, donde él estaba. Partieron a fin de verano de aquel año de 1580 de Castellón, de vuelta a Monferrato.

En este camino corrió gran peligro la vida de Luis. Fué el caso que, al cruzar a vado un brazo del río Tesino, que por aquel camino se pasa, y a la sazón venía crecido con las muchas lluvias, la carroza en que iban Luis y Rodolfo con su ayo se quebró en medio del río y se partió en dos piezas.

La parte delantera, en que quedó Rodolfo, es-

SAN LUIS GONZAGA

taba atada a los caballos, y así pudieron tirar de ella, no sin gran trabajo y peligro, hasta sacarla a la ribera, donde ya las otras carrozas habían pasado.

La otra mitad, en que estaba Luis con su ayo, quedó en evidente peligro, porque luego la arrebató la corriente, y la llevó con furia grande trecho, y si se volcaba a cualquier parte, por lo menos Luis no podía escapar. Pero la providencia de Dios, que con especial cuidado le guardaba, trazó que aquel pedazo de carroza topase en el tronco de un árbol que la corriente había traído al medio del río, y allí se detuviese, mientras los que estaban en la ribera pudieron llamar a un hombre práctico en aquellos pasos, el cual en un caballo entró por el río, y asiendo de Luis, le sacó en las ancas a la ribera, y después volvió también por el ayo.

Todos los que allí iban se fueron luego a una iglesia cercana a dar gracias a Dios por haberles librado de tan gran peligro.

Estuvo Luis en Casal de Monferrato más de medio año; allí, a más de perfeccionarse en la latinidad, de que tenía ya bastantes principios, adelantó mucho en su espíritu, ayudándose de la buena comunicación con los Padres Barnabitas, así llamados por haber tenido origen su religión en la iglesia de San Bernabé, de Milán. Trataba con ellos muy de ordinario; confesaba y comulgaba en su iglesia, y por este camino granjeó en

SAN LUIS GONZAGA

breve mucha mayor luz para andar delante en el servicio de Dios.

Sus salidas eran ir muchas veces a visitar una imagen de Nuestra Señora, de mucha devoción y concurso, que se llama Nuestra Señora de Crea, y rezar allí sus devociones; ir, otras veces, al convento de los Padres Capuchinos; otras, con los Padres Barnabitas, y hablar con ellos de cosas espirituales; y como hallaba en ellos tan buena correspondencia, no parece que se sabía despedir. Admirábale aquella alegría exterior que mostraban; aquella desestima de las cosas del mundo; el tener sus tiempos señalados para orar y cantar; aquella quietud tan sin ruido que se halla en los conventos; aquel no dárseles más de vivir que de morir.

Estas cosas todas le ponían deseo de tomar para sí un modo semejante de vivir. Un día, en particular, estando en la casa de los Barnabitas, y considerando la dicha de aquellos religiosos y cómo por haber dejado el mundo y los cuidados de las cosas temporales para servir a Dios más libremente, parece que se hallaba el mismo Dios obligado a cuidar de ellos, andaba razonando consigo, como él mismo me lo contó después en Roma, y también a otros:

«—Mira, Luis, se decía, qué gran bien es el de la religión. Estos Padres están libres de los lazos del mundo, apartados de ocasiones de pecar. El tiempo que los del mundo gastan sin provecho

en procurar los bienes transitorios y los placeres vanos, ellos le emplean todo con gran mérito en procurar los bienes del Cielo, y están ciertos que sus trabajos no se pueden malograr.

»Los religiosos son verdaderamente los que viven conforme a razón y no se dejan tiranizar de sus pasiones. No pretenden las honras vanas; no hacen caso de los bienes de la tierra, caducos y frágiles; no andan en competencias; no tienen envidia de los otros, sino que están contentos con sólo servir a Dios: *Cui servire regnare est*. ¿Qué maravilla es que anden alegres y sin temor, ni aun de la misma muerte, del juicio o del infierno, si traen siempre la conciencia limpia, si de día y de noche granjean nuevos tesoros, y están siempre ocupados, o con Dios, o por Dios?

»Por más que te hagas eclesiástico y sacerdote, no consigues tu intento; antes, corriéndote mayor obligación de vivir con más perfección que a los legos, te quedas en los mismos peligros que ellos tienen, y por ventura mayores. No te libras por ningún modo de respetos mundanos, sino que quedas obligado a gastar el tiempo en cumplimientos, ya con este señor, ya con el otro. Si no tratas con mujeres ni visitas a tus parientes, serás notado; si cumples con ellas, he aquí tu propósito por tierra; si quieres aceptar dignidades y obispados, engólfaste más en el mundo de lo que ahora estás; si no las aceptas, dirán los tuyos que eres para poco y que deshonoras su

casa, y por mil caminos te apretarán para que aceptes.

»Si entras en religión, de un golpe cortas todos estos estorbos, cierras la puerta a todos los peligros, libráste de todos los respetos del mundo y alcanzas un estado en el cual goces de quietud y puedas servir a Dios con perfección.»

Pero porque a la sazón era de solos trece años no cumplidos, y no podía poner por obra su buen propósito, no quiso resolver por entonces cuál religión le convenía, ni dar parte a ninguno de su resolución, si bien aquellos Padres se persuadieron que un día se les había de quedar en casa; sólo comenzó a estrechar más su modo de vida, procurando ordenarla en palacio como si ya fuera religioso.

Estábase más tiempo retirado en su aposento, y porque solía al invierno tener fuego en el aposento a causa de ser tan delicado y sentir mucho el frío, con el cual se le hinchaban las manos y se le hacían grietas en ellas, de allí adelante no consintió que se le hiciese más fuego, ni se llegaba jamás a él por privarse de aquel alivio; y si tal vez por estar en compañía, le era fuerza estar en la lumbre, él se ponía de tal modo que no se pudiera calentar. Si los de casa le traían algún remedio para la hinchazón de las manos, tomábale y agradecíalo, pero dejábalo estar sin aplicarlo, por tener algo que padecer por Dios.

Huía grandemente de hallarse en concurso de

SAN LUIS GONZAGA

gente, y mucho más de ir a comedias, banquetes o saraos, por más que su padre le convidaba a semejantes fiestas a fin de desahogarle, y alguna vez mostraba enojo de verle tan retirado.

Llevóle una vez el Marqués, su padre, a Milán a ver la revista que se hacía de la Caballería de aquel Estado, a que el mismo Marqués, por el oficio que tenía, se había de hallar presente con los otros señores. Concurrió infinita gente a aquella revista, por ser cosa que se hace raras veces y tiene mucho que ver.

No pudo Luis, por más que lo deseó, excusar el hallarse presente, por no enojar a su padre, que con resolución mandó que fuese; pero halló otra traza equivalente, que fué no ponerse en los mejores lugares de donde se podía ver con comodidad, y a más de esto, tener, siempre que pudo, cerrados los ojos o vueltos a otra parte.

En resolución, se puede con verdad decir que nuestro Luis pasó su niñez sin ser niño, pues que en aquella edad jamás se reparó en él cosa que oliese a liviandad de niño. No leyó jamás libro deshonesto ni vano. Los libros que leía de buena gana eran las vidas de Santos; de los autores profanos, los que tratan de cosas morales, como son Séneca, Plutarco y Valerio Máximo.

Los ejemplos que sacaba de esta lectura le servían en las ocasiones para exhortar a la virtud a aquellos con quien trataba; y en esta materia hacía tan lindos discursos y decía tales razones, que,

SAN LUIS GONZAGA

atónitos, decían que la ciencia de aquel niño no podía ser sino ciencia infusa, pues excedía tanto la capacidad de un niño. De aquí era que los de su casa, si bien lo veían y reparaban en su modo de vida, y no le quisieran tan retirado y esquivo en las cosas del mundo, pero admirando y venerando tan rara virtud y prudencia, no le hablaban palabra, ni le iban a la mano en cosa ninguna.





V

Austeridad de vida en la casa paterna.



ACABADO que hubo el Marqués con su gobierno de Monferrato, dió la vuelta a Castellón con toda su casa, donde Luis, no sólo llevó adelante lo comenzado en materia de devoción y penitencias, pero añadió tanto, que es cosa de espanto que no enfermase gravemente y se acabase de destruir, y mucho más, que los suyos, que lo veían, no se lo estorbasen con efecto. Porque, a más de aquella abstinencia tan rigurosa que había comenzado en Mantua, como dijimos, y siempre la continuó, añadió de nuevo muchos ayunos ordinarios cada semana.

Los sábados ayunaba a honra de la Santísima Virgen. Los viernes ayunaba siempre a pan y agua en reverencia de la Pasión del Señor, y este

SAN LUIS GONZAGA

día tomaba a mediodía tres rebanadas de pan muy pequeñas remojadas en agua, sin otra cosa; a la noche, otra rebanada tostada mojada en agua. Los miércoles ayunaba también, unas veces a pan y agua, y otras con el ayuno ordinario de la Iglesia. A más de estos ayunos, que eran ordinarios, tenía otros extraordinarios, como ocurrían las ocasiones y le dictaba el fervor.

Su comida ordinaria era tan poca, que, maravillados algunos de palacio cómo pudiese pasar, se resolvieron un día, sin que él lo viese, pesar lo que solía comer en una comida, y deponen con juramento que, después de pesado, hallaron que entre pan y vianda no llegaba todo a cantidad de una onza.

A los últimos años pasó más adelante, y hacía, los días que no ayunaba, que se pesase primero aquello poco que comía, porque decía que para sustentar la vida bastaba aquello, y lo demás era superfluo; tan menudo andaba como esto en todas las cosas. Acompañaba estas abstinencias con otras penitencias, como era tomar disciplina tres veces, por lo menos, cada semana, hasta derramar sangre. A los últimos años que estuvo en el siglo la tomaba cada día, y después vino a tomar tres disciplinas entre el día y la noche, y todas de sangre.

No tenía al principio disciplina, y usaba de las cuerdas de los galgos que acaso se había hallado; otras veces tomaba unos cordeles, o como otros

dicen, una cadena de hierro. Muy de ordinario le hallaban los criados en el aposento, de rodillas, disciplinándose, y al hacer la cama hallaban escondidos los cordeles en la cabecera. Muchas veces llevaron a mostrar a la Marquesa las camisas que dejaba ensangrentadas; y una vez, sabiéndolo el Marqués, le riñó mucho, y volviéndose a la Marquesa, con cólera le dijo. —Señora, este nuestro hijo se quiere matar con sus propias manos.

Muy de ordinario tomaba un pedazo de tabla o algún madero, y le escondía y ponía debajo de las sábanas para dormir con pena. Y porque entre el día no faltase su tormento, no teniendo cilicio, inventó un género de penitencia nunca oído, que fué ponerse las espuelas a raíz de la carne, por la cintura, que, hincándosele las puntas de las ruedecillas por su delicado cuerpo, le atormentaban ríguosamente.

Pero no iba sola la penitencia, sino acompañada de su buena hermana la oración. Todas las mañanas, en levantándose, tenía una hora de oración mental, midiéndola más con su devoción y fervor que con el reloj; luego rezaba sus oraciones vocales. Oía Misa, una o muchas, y muy de ordinario las ayudaba con particular consuelo.

Hallábase a los Divinos Oficios en algún convento de religiosos, edificándolos no poco con su ejemplo. El resto del tiempo se estaba por la mayor parte recogido, a ratos leyendo libros espiri-

SAN LUIS GONZAGA

tuales, a ratos meditando. A la noche solía tener una o dos horas de oración antes de acostarse, y parecía que no sabía acabar en comenzando.

Si alguna vez le obligaba a salir algún negocio forzoso del aposento, no por eso se distraía de su meditación, porque se le quedaba tan impreso lo que meditaba a la mañana de la Pasión de Cristo o de otro misterio, que en cualquiera otra ocupación siempre lo tenía presente.

Con toda esta oración de la mañana y de la tarde no se contentaba, sino que buscaba sus tiempos, hurtándolos del sueño a medianoche para más oración. Levantábase a aquella hora sin que nadie le sintiese, y mientras los otros dormían, él se ponía a obscuras en medio del aposento, de rodillas, sin jamás abrigarse, con sola la camisa, y así se estaba gran parte de la noche en oración. Y esto, no sólo por el verano, sino en medio del invierno, cuando son tan rigurosos los fríos de Lombardía.

Hacíale el frío temblar todo de pies a cabeza, de suerte que el temblar le impedía algo la atención. Parecióle que ésta era imperfección, y quiso hacerse fuerza para vencerse, y fué tanta la que se hizo para no distraerse, que venía a quedar como enajenado de los sentidos, y no sentía más el frío que si no lo hiciera. Bien es verdad que quedaba tan descaecido que, no pudiéndose tener de rodillas por la flaqueza, y no queriendo, por otra parte, sentarse ni arrimarse, se dejaba caer

SAN LUIS GONZAGA

así como estaba en camisa sobre el suelo frío, y de aquel modo tendido proseguía en su oración, que es maravilla que no le diese una enfermedad, o se quedase una noche helado y muerto.

De esta violencia tan grande que se hacía para tener el pensamiento recogido en la oración se le ocasionó un dolor de cabeza que por toda la vida le dió bien que padecer.

Sucedió una vez, entre otras, por este tiempo, que, apretándole el dolor más de lo que solía, se halló obligado a acostarse algo antes de lo ordinario. Acordóse estando en la cama que no había rezado aquel día los siete Salmos penitenciales, y determinóse de no pegar los ojos sin rezarlos; mandó a un criado que le pusiese una vela junto a la cama, y despachóle. Rezó sus Salmos, y vencido de la fuerza del dolor y del sueño, se quedó dormido sin acordarse de apagar la vela, la cual se fué consumiendo, y después prendió el fuego en un lado de la cama, y cundiendo poco a poco, se apoderó de toda ella alrededor sin levantar llama.

A este tiempo despertó nuestro Luis, y sintiendo el calor, pensó que tenía calentura; persuadióse fácilmente a ello por haberse acostado con tan gran dolor de cabeza; volvióse a los otros lados de la cama, y como los halló todos tan calientes, no acababa de espantarse, ni daba en la causa de tal calor. Procuró con esto volverse a dormir, pero no fué posible. Creciendo, pues, más y más el calor y

el humo que le ahogaba, saltó de la cama y abrió la puerta para llamar algún criado.

Apenas puso el pie en la puerta, cuando, levantándose la llama, abrasó lo que quedaba de la cama, la cual arrojaron luego por la ventana al foso los soldados que acudieron, porque no se quemase la casa. Un momento más que tardara en levantarse de la cama, le hubiera, sin duda, abrasado el fuego o ahogado el humo.

Teniendo, pues, ya larga experiencia Luis de esta providencia y protección de Dios en cualquier suceso o negocio suyo o de su padre, luego ante todas cosas acudía a la oración, y se ponía en las manos de Dios, rogándole con afectuoso corazón que Él, como quien lo sabía y comprendía todo, lo enderezase y guiase de su mano para que se hiciese lo que más convenía, que estas eran las palabras con que solía encomendar a Dios los negocios.

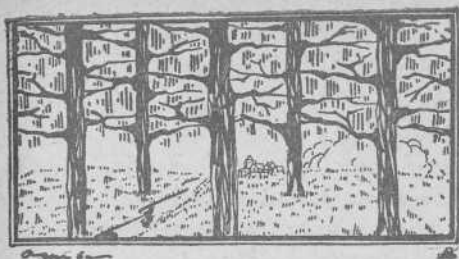
De este trato tan familiar y continuo con Dios es de creer que le nacía aquel don, que él estimaba más que los otros, que era una grandeza de ánimo con que despreciaba y se burlaba de todas las grandezas y vanidades del mundo. De aquí era que, cuando veía en las cortes y palacios de los príncipes las vajillas de plata y de oro, las colgaduras y telas, los acompañamientos de cortesanos y cosas semejantes, apenas podía reprimir la risa, según le parecían viles e indignas de la estima y precio en que los hombres las tienen.

SAN LUIS GONZAGA

De aquí también nacía que, hablando algunas veces con la Marquesa, su madre, le decía que no acababa de espantarse ni sabía qué fuese la causa por que todos los hombres no se hacían religiosos, siendo tan claros los bienes de aquel estado, no sólo para la otra vida, sino aun para ésta, y siendo tantos los inconvenientes que traen las cosas del mundo, no sólo de futuro, sino de presente, y habiéndose, al fin, de dejar tan presto. De las cuales palabras bien adivinaba la Marquesa lo que después sucedió; pero por entonces callaba, no dándose por entendida.

Lo poco que Luis trataba y comunicaba en este tiempo era con personas eclesiásticas y con algunos religiosos que estaban en Castellón, y porque de aquel lugar hay personas muy graves en diversas religiones, que, aunque no viven de asiento en Castellón, vienen de cuando en cuando a su tierra; en sabiéndolo, iba Luis a buscarles para tratar con ellos de Nuestro Señor.





VI

Reside en España y resuelve entrar en la Compañía.

POR el otoño del año 1581, viniendo de Bohemia a España la Serenísimá Señora Emperatriz doña María de Austria, hija del Emperador Carlos V, mujer del Emperador Maximiliano II, madre del Emperador Rodolfo II y hermana de Felipe II, Rey de las Españas, el dicho Rey, porque fuese con más decencia y autoridad, quiso que la acompañasen de Italia a España los príncipes y señores de Italia que tenían alguna dependencia de aquella Corona, y entre ellos convidaron para esto al marqués D. Fernando, padre de nuestro Luis, y la misma Emperatriz procuró que la marquesa doña Marta fuese en su compañía.

SAN LUIS GONZAGA

En este camino no dejó Luis sus ejercicios acostumbrados, ni aflojó un punto de su fervor. Andando, ya por tierra, ya por mar, siempre llevaba el pensamiento bien ocupado. Oyendo un día en la galera que había peligro de encontrarse con turcos, al punto con notable fervor dijo:

—¡Oh! Pluguiese a Dios que se nos ofreciese ocasión de morir mártires.

Contóme la Marquesa que, andando un día Luis por aquellos peñascos, se encontró acaso una pequeña piedra formada de tal modo, que parece que tenía esculpidas al vivo las llagas de Cristo nuestro Redentor; y como él andaba siempre pensando en sus devociones, luego creyó que Dios, con particular providencia, le había traído a las manos aquella piedra para enseñarle con ella la obligación que tenía de imitar a Cristo en los dolores de su Pasión; y llevando la piedra a la Marquesa, su madre, le dijo:

—Mire V. E. lo que me ha hecho Dios hallar; y después no querrá mi padre que yo sea religioso.

Con este pensamiento guardó aquella piedra consigo mucho tiempo con particular devoción.

Llegados a Madrid, el Marqués servía el oficio que tenía de la cámara; a Luis y Rodolfo, su hermano, hicieron meninos del príncipe D. Diego, hijo de Felipe II y hermano mayor de Felipe III.

El tiempo que Luis estuvo en España, que fué más de dos años, además de acudir a las obliga-

ciones de su oficio, atendió con cuidado a sus estudios. Y lo primero, le leyó la Lógica un sacerdote muy docto; oyó también la Esfera del maestro Dimas, matemático del Rey; junto con esto, oía todos los días, después de comer, una lección de Filosofía y Teología Natural, y aprovechó tanto, que, hallándose de paso en Alcalá, y defendiéndose unas conclusiones de Teología, que presidía el P. Gabriel Vázquez, que después fué su maestro de Teología en el Colegio Romano, convidaron a Luis, que a la sazón era de catorce a quince años, para que argumentase, y él lo hizo con notable gracia y admiración de los presentes, tomando por intento del argumento probar que el misterio de la Santísima Trinidad se podía conocer por razón natural.

Con las ocupaciones de la corte y de los estudios, reparó Luis que no hallaba la comodidad que él quisiera para atender a su espíritu; antes sucedía que tal vez le faltaba tiempo para cumplir con sus devociones, y aun las confesiones y comuniones, que no podía frecuentarlas con la puntualidad que antes.

Con esto parece que se le iban algo resfriando aquellos primeros fervores y deseos de despreciar las cosas del mundo, y que se hallaba algo más tibio, sin aquellas ansias tan vivas que solía. Reparó en ello, y ayudado de Dios, se determinó de romper con respetos mundanos y vivir en la corte y en el palacio como si estuviera en la reli-

SAN LUIS GONZAGA

gión. Para esto, lo primero tomó por confesor al P. Ferdinando Paterno, siciliano, de la Compañía de Jesús, que a la sazón residía en Madrid, y prosiguió en la frecuencia de Sacramentos, como solía.

La inocencia y pureza de su vida en aquella corte, tan ocasionada a distracciones, se puede rastrear de lo que aquel Padre, su confesor, escribió en una carta el año 1594, donde en el principio pone estas palabras: «Conocí en España a Luis, que a la sazón era bien niño, y noté en él una pureza rara de conciencia; tanto, que en todo aquel tiempo, que fué de algunos años, no sólo no hallé en él pecado mortal, que le aborrecía sumamente y jamás le había cometido, pero muchas veces no le hallé materia de absolución.»

De estas palabras de su confesor, y de algunas otras que después añadiremos, se echa bien de ver cómo en medio de las ocupaciones de palacio hacía una vida de ángel. Por las calles iba con tanta compostura y modestia, que no alzaba jamás los ojos del suelo; de donde pudo después decir con verdad en la religión a cierto Prepósito, que ni en Madrid, donde había vivido algunos años, ni en Castellón, donde había nacido y se había criado, no hubiera podido andar por las calles si no tuviera quien le guiase; y siempre llevaba alguno que le ahorrara de este trabajo, por tener ocasión de distraerse, y por poder, como el decía, gastar bien aquel rato en sus meditaciones.

SAN LUIS GONZAGA

Una cosa diré rara, sin duda, de su modestia y del recato que tenía en los ojos; y es que Luis hizo esta jornada de Italia a España en compañía de la Emperatriz, como dijimos, y después, en Madrid, iba casi cada día con el príncipe D. Diego a visitar a la Emperatriz, y tuvo otras mil ocasiones de verla de lejos y de cerca, y con todo eso fué tan grande su modestia, que él mismo confesó que jamás, ni una vez sola, la había mirado a la cara. Lo cual es tanto más de espantar, cuanto es mayor y más ordinario el deseo y curiosidad de ver, y conocer, y mirar muy de propósito a semejantes personas, y el correr todos por la calle por verlas cuando pasan.

Holgábase aun en aquel estado de traer los vestidos viejos y gastados, y las medias remendadas sobre las rodillas, cosa de que un pobre oficial se corriera; pero como Luis hacía tan poco caso del mundo, no curaba de lo que el mundo podía pensar ni decir de él. Antes, cuando le hacían algún vestido nuevo, por mandarlo así su padre, él dilataba lo más que podía el vestírselo, y ya después, habiéndoselo puesto una o dos veces, con disimulación lo dejaba, y se volvía a sus vestidos viejos.

No quería ponerse cadenas de oro al cuello, ni otras joyas y aderezos al uso de la corte, porque decía que aquel fausto era cosa del mundo, al cual él no quería servir, sino sólo a Dios. Por esta causa padeció algunas reprensiones de su pa-

SAN LUIS GONZAGA

dre, que no lo podía sufrir, pareciéndole que resultaba en deshonor suyo y de su casa; pero, al fin, vencido de la constancia de su hijo, comenzó a venerar y admirar lo que no podía aprobar por otros respetos.

Sus pláticas y conversaciones con los señores de la corte eran tan graves y religiosas, que en llegando Luis, todos se componían en su presencia; y como no le oían jamás palabra, ni le veían acción que no fuese más que honesta, y por otra parte sabían que ni en veras ni en burlas no sufría que en su presencia se hablase cosa menos decente, era lenguaje común entre ellos que el marquesito de Castellón no era de carne como los demás.

No perdía ocasión en que pudiese ayudar a sus prójimos sin aprovecharse de ellas. Estaba un día el príncipe D. Diego a una ventana donde soplabá un viento muy recio que le daba pesadumbre; volvióse con un modo de enfado, propio de aquella edad, y dijo: —Viento, yo te mando que no me des pesadumbre.— Hallóse Luis allí, y aprovechándose de la ocasión, le dijo con gracia: —Señor, V. A. tiene poder para mandar a los hombres, y que ellos le obedezcan; pero no a los elementos, porque esto es de sólo Dios, a quien Vuestra Alteza también ha de reconocer vasallaje y obedecer sus mandamientos.

A este tiempo le vino a las manos un librito del P. Fr. Luis de Granada, que trata de la ora-



ARRIBAS

SAN LUIS GONZAGA

ción mental y de los medios para procurar la atención en ella. Con esta ocasión se determinó a tener cada día una hora, por lo menos, de oración sin ninguna distracción. Poníase para esto de rodillas, como solía, sin arrimarse jamás, y comenzaba su oración; y si a la mitad de la hora, o los tres cuartos, pongamos por ejemplo, le venía a la imaginación un pensamiento de distracción, por mínimo que fuese, no tomaba en cuenta de la hora lo que había pasado, sino que desde entonces comenzaba de nuevo a contar otra hora, y así se estaba hasta continuar una hora entera sin distracción alguna.

De esta manera estuvo algún tiempo teniendo cinco horas cada día, y a veces más, de oración, y porque no le interrumpiesen, se escondía en algún camaranchón donde se guardaba la leña, y allí, si bien con grande incomodidad, pero con notable consuelo, tenía su oración y cumplía con sus devociones.

El lugar era tan oculto, que por más que le buscaban, especialmente cuando le venían a visitar algunos señores, nunca fué posible hallarle. Advirtiéronselo sus deudos, diciéndole que caía en falta por esta ocasión; hasta que, conociéndole la condición aquellos señores, se dejaron de andar en cumplimientos con él, y él quedó con esto más libre para atender sin esos embarazos a sus devociones.

SAN LUIS GONZAGA

Hacia ya casi un año y medio que estaba Luis en España, cuando movido del espíritu de Dios, que cada día iba labrando en su alma y alentándole a mayor perfección, le pareció ser ya tiempo de entrar en alguna religión, conforme a la resolución que había tomado en Italia.

Al principio, como era tan inclinado a penitencias y rigores, se inclinó a entrar fraile descalzo; pero después, o bien conociendo su delicada complexión, enflaquecida con las penitencias pasadas, y temiendo que cuando no pudiese con la carga se ponía en peligro que le obligasen a salir, o bien porque le parecía que estando acostumbrado a ayunar y disciplinarse, y tomar otras penitencias en medio de palacio, podía fácilmente prometerse que las continuaría teniendo salud, y aun las aumentaría sin peligro en cualquier religión, comenzó a pensar que sería bien entrar en alguna otra donde la observancia regular estuviese algo caída, porque se prometía de sus fervorosos deseos que podría ayudar a la reforma, no sólo de aquel convento donde entrase, sino de toda la religión; lo cual le parecía que sería un gran servicio de Dios y de su Iglesia. Pero, por otra parte, dudando de sus fuerzas que bastasen para tan difícil empresa, temía no fuese que, en vez de ayudar a otros, se hallase él desayudado y relajado como los demás. Por esta razón se determinó a entrar en religión en que la observancia regular no hubiese vuelto atrás de

SAN LUIS GONZAGA

sus primeros fervores. Entre las muchas que tiene la Iglesia, dejando aparte las que sólo atienden a la vida activa y se ocupan en solas obras de misericordia corporales, por no parecerle conforme a su inclinación, se le ofrecían algunas que, totalmente apartadas del trato y comunicación, gozan de una santa quietud, atendiendo sólo a sí, en cantar las alabanzas de Dios en el coro, en lección santa, en contemplación de las cosas del Cielo con un santo silencio y caridad perfecta.

Pero como él tenía la mira, no sólo en su quietud y en la gloria de Dios como quiera, sino en la mayor gloria de Dios, y veía que en la vida retirada tenía enterrado algún talento recibido de Dios, que en otra parte pudiera emplear en su servicio y en bien de las almas, y porque había ya leído en Santo Tomás, que, entre las religiones, aquellas tienen el supremo grado que se ordenan a enseñar y predicar y a procurar la salvación de las almas, porque las tales, no sólo oran y meditan, sino que tratan de comunicar a otros la luz que sacan de la oración y meditación, y con esto imitan más el modo de vida que tuvo en la tierra el hijo de Dios, se resolvió, al fin, de privarse por Dios de aquel gusto y consuelo espiritual que en la vida monástica se podía prometer, y entrar en alguna religión de vida mixta, que profesase letras y que atendiese, no sólo a sí, sino también a la ayuda espiritual de los prójimos.

Después de larga deliberación y de haberlo en-

SAN LUIS GONZAGA

comendado mucho a Dios, se resolvió de escoger la Compañía de Jesús, y en ella dedicarse al divino servicio, pareciéndole que para ella le llamaba Dios, y que hallaba su instituto ajustado del todo a sus intentos. Entre las otras razones que le hicieron escoger la Compañía más que otra religión, cuatro principalmente, como él decía, le daban particular consuelo.

La primera, porque le parecía que en ella la observancia estaba en su primer vigor y pureza, sin haberse alterado ni faltado de sus primeros principios. La segunda, porque en la Compañía se hace voto de no pretender dignidad eclesiástica, y de no aceptarla, aun cuando a uno se la ofrecen, si no es obligado con precepto del Sumo Pontífice; la tercera, por ver en la Compañía tantos medios de estudios y congregaciones para ayudar a la juventud, para que se críen en temor de Dios y con estima de la pureza y castidad, en lo cual le parecía que se hacía un gran servicio a la Iglesia de Dios; la cuarta razón era por ver que la Compañía se ocupaba particularmente en la reducción de los herejes y también en la conversión de los gentiles en las Indias, en el Japón y Nuevo Mundo, y esperaba que algún día le tocase a él quizá la buena suerte de que le enviasen a aquellas partes a convertir las almas a la fe de Jesucristo.

Tomada, pues, esta resolución, procuró el santo mozo asegurarse todo lo posible que ésta fuese

SAN LUIS GONZAGA

la voluntad de Dios. Para esto, se determinó comulgar a esta intención alguna fiesta de la Virgen nuestra Señora, y ponerla por intercesora para que Dios le diese a entender si era esta su voluntad. Estando, pues, en Madrid, y cerca la fiesta de la gloriosa Asunción de la Virgen del año de 1583, teniendo él ya quince y medio de edad, se dispuso con mucha oración, y llegado el día de aquella solemne fiesta, comulgó.

Retiróse después, como solía, a dar gracias, pidiendo instantemente a aquel Señor que tenía en el pecho, por intercesión de su Madre, que le descubriese su voluntad en aquel negocio que trataba. Orando, pues, delante de la imagen de la Virgen del Buen Consejo, que hoy se venera en la Catedral de Madrid, oyó como una voz clara y expresa, que le dijo que entrase en la Compañía de Jesús, y que cuanto antes diese parte de todo a su confesor.

Asegurado con esto de la voluntad de Dios, se fué a casa con increíble consuelo y no menores ansias de poner luego por obra lo que sabía ya ser voluntad de Dios; y en cumplimiento de lo que se le había dicho, el mismo día se fué a su confesor y le dió cuenta de todo lo que le había pasado, rogándole que le ayudase con los superiores para que le recibiesen con brevedad. El confesor, examinando bien el principio y progreso de aquella resolución, le dijo que le parecía la vocación ser de Dios; pero que para su ejecución era

SAN LUIS GONZAGA

necesario el beneplácito del Marqués, su padre, sin el cual los Padres por ningún caso le recibirían; por tanto, convenía ayudase él de su parte descubriéndose a su padre y solicitándole con ruegos y con razones para que le diese licencia.

El mismo día se fué a la Marquesa, su madre, y le descubrió sus intentos; la cual tuvo ésta por nueva tan alegre, que dió muchas gracias a Dios, y quiso ser la primera de cuya boca lo supiese el Marqués, que fué bien necesario para sosegar la cólera y primeros ímpetus que causó en él una nueva como ésta.

Poco después, Luis, personalmente, con la mayor humildad y reverencia que pudo, dió cuenta a su padre de sus deseos, diciéndole con eficacia que él estaba ya resuelto, y que en todo caso había de ser religioso.

Púsose el Marqués como un fuego oyendo esto, y con palabras ásperas le echó de su presencia, amenazándole que le haría desnudar en carnes y azotar. Respondió Luis humildemente:

—Pluguiese a Dios, señor mío, que yo mereciese padecer algo por su amor—y con esto se fué.

Quedó el Marqués con increíble enojo, y revolviendo la cólera contra el confesor ausente, hizo y dijo lo que la pasión y enojo le traía a la boca y al pensamiento. Por algunos días no pudo reposar ni un punto; después, haciendo llamar al confesor de Luis, le dió grandes quejas de haber puesto tal cosa en el pensamiento a su hijo ma-

yor, en quien tenía puestas todas las esperanzas de su casa.

El Padre le respondió que hacía muy poco que había llegado esto a su noticia por haberle dado el señor D. Luis parte de su resolución, de que él mismo podía ser buen testigo, si bien de su modo de vida se podía fácilmente sospechar que no podía tener otro paradero sino éste.

Aplacóse el Marqués con esto, y vuelto a su hijo, que estaba presente, le procuró persuadir que, por lo menos, escogiese otra religión, porque en eso vendría con menos dificultad. Respondióle Luis tan bien a sus razones, que no tuvo más que replicar.

Ido, pues, el confesor, no pudiendo el Marqués echar del pensamiento este negocio, vino a sospechar si era traza de su hijo el darle aquel sobresalto para apartarle del juego, a que se daba con demasía, y pocos días antes había perdido muchos millares de escudos, y aun aquella misma tarde que Luis le habló la primera vez sobre este punto había jugado otros seis mil escudos. Y a la verdad, a Luis le desagradaba harto el juego de su padre, y hartas veces sucedía estar el padre jugando y el hijo llorando en su aposento, no tanto por la pérdida de la hacienda, como él decía a sus criados, cuanto por la ofensa de Dios y el daño de la conciencia.

Perseverando él en sus intentos, y solicitando cada día de nuevo la licencia para ejecutarlos,

SAN LUIS GONZAGA

protestando que no le movía otro fin que el servir a Dios, vino, al fin, el Marqués a desengañarse y creyó que su hijo hablaba de veras y que aquella era inspiración de Dios, acordándose principalmente de la pureza de ángel con que siempre había vivido desde la cuna, con santo ejemplo de devoción y santidad.

Confirmóse en esto con el testimonio que le dió el Ilmo. y Rvmo. P. Fr. Francisco Gonzaga, General que entonces era de la Observancia de San Francisco, pariente suyo y amigo muy estrecho, el cual se hallaba a la sazón visitando las provincias de España; y habiendo, a instancia del Marqués, examinado a Luis por dos largas horas con mucha diligencia, quedó tan satisfecho, que dijo al Marqués que por ningún camino se podía dudar de que aquella fuese vocación de Dios.

Ya tenía el Marqués convencido el entendimiento de que Dios llamaba a su hijo, pero todavía dificultaba el darle la licencia por la repugnancia que sentía en la voluntad a hacer suelta de tal hijo, y así, le andaba entreteniendo con buenas palabras. Echólo de ver Luis, y quiso abreviar las cosas; principalmente, que era ya muerto el príncipe D. Diego, su señor, cuyo cuerpo él acompañó con toda la corte a El Escorial, donde se enterró, y por este respecto, quedaba ya libre de obligaciones de palacio.

Quiso, pues, probar una traza a ver cómo le salía, y habiendo ido un día al Colegio de la Com-

pañía, dijo a su hermano Rodolfo y a los demás que le acompañaban que se volviesen a casa, porque él no pensaba volver más, sino quedarse allí. Ellos, al verle tan resuelto y que lo tomaba con tantas veras, después de haber porfiado un rato, se hubieron de volver y dar cuenta de lo que pasaba al Marqués, que por causa de la gota estaba en cama. Sintiólo grandemente, y envió al punto al doctor Salustio Petroceni, de Castellón, su auditor, para que de su parte le hiciese volver a casa.

A este primer recado respondió Luis, que lo que se había de hacer mañana, bien se podía hacer hoy, y que pues sabía S. E. el gusto que sería para él quedarse allí, le suplicaba no le obligase a perderlo. Oída esta respuesta, al Marqués todavía le pareció que era menos autoridad suya que las cosas fuesen por aquel camino y que daría que decir en toda la corte; y así, le volvió de nuevo a mandar que, en todo caso, volviese: y él, viendo que no había otro remedio, hubo de obedecer y volver.

Otro día, viéndose el Marqués con el Padre General de San Francisco que dijimos, alegándole el deudo y amistad que había entre los dos, le rogó insistentemente que, pues veía lo mucho que perdía su casa y Estado en perder un hijo tan cuerdo y que tan cristianamente sabría gobernar sus vasallos, se encargase de esta empresa, divirtiéndole de aquellos intentos y persuadiéndole que,

SAN LUIS GONZAGA

quedando en el siglo y en su Estado, podría hacer mucho servicio a Nuestro Señor.

El Padre General le respondió que le perdonase, porque ni decía bien con su profesión hacer aquel oficio, ni podría con buena conciencia. Instóle de nuevo el Marqués que, por lo menos, hiciese que lo dilatase hasta la vuelta a Italia, que sería presto, y que le daba palabra que allá le daría licencia para hacer lo que gustase.

El buen Luis, prometiéndose que el Marqués le cumpliría la palabra al punto que llegasen a Italia, respondió al Padre General que él venía de muy buena gana en dar aquel gusto a su padre, en lo cual no hallaba ninguna dificultad, pues por la gracia de Dios se hallaba tan firme en sus propósitos, que no temía mudanza en ellos. El Padre General dió esta respuesta al Marqués y quedaron de acuerdo, pasando ambas partes por este concierto.





VII

Vuelve a Italia, y contradicciones que allí tuvo por causa de su vocación.

EL año de 1584, habiendo de pasar de España a Italia con las galeras Juan Andrea Doria, a quien a la sazón había hecho General del mar el Rey Católico, pareció al Marqués don Fernando embarcarse en ellas con la Marquesa y sus hijos.

Llegaron a Italia por el mes de julio del mismo año, teniendo ya Luis diez y seis años y cuatro meses. Esperaba él que luego su padre le daría la licencia para cumplir sus buenos deseos, y comenzó a acordárselo y apretarle sobre ello con muchas veras. Excusóse el Marqués por entonces con decir que era fuerza primero enviarle con su hermano Rodolfo para que, en su nombre, cum-

SAN LUIS GONZAGA

pliese con todos los príncipes y duques de Italia, y que, así, se aparejase para aquella jornada. Hacía esto el Marqués con esperanza que en el ínterin se divertiría y entibiaría algo de aquellos deseos.

Púsose Luis en camino con su hermano y mucho acompañamiento, y visitó todos aquellos señores de Italia. Iba su hermano Rodolfo, que era menor, vestido ricamente, como parecía convenía a su calidad; pero el buen Luis llevaba un vestido de estameña negro, sin otro adorno ni gala; antes, habiéndole hecho por orden del Marqués un vestido tan lleno de guarniciones que estaba casi todo cubierto de oro, para que fuese con él a visitar a la señora Infanta de España, Duquesa de Saboya, cuando vino a Italia, no se pudo acabar con él que se lo pusiese siquiera una vez.

En Castellón sucedió un día, entre otros, que traía las medias rotas, y cubríalas con el herreuelo porque no las vieses y se las quitasen; cayósele el rosario bajando por la escalera, e inclinóse para tomarlo; entonces el ayo, que iba detrás, vió las medias tan rotas, que se veía la carne, y díjole con sentimiento:

—¡Oh, señor don Luis! ¿Qué es esto? No ve Vuestra Señoría Ilustrísima que se deshonra a sí y a su casa andando de esta manera?

Con esto hizo que al punto se quitase aquellas medias y se pusiese otras; y él hubo de obedecer, temiendo, quizá, que se lo dijeran a su padre.

SAN LUIS GONZAGA

Estando en Turín aposentado en el palacio del Ilmo. Sr. Jerónimo de la Róvere, su pariente, que después fué Cardenal, había en una sala, hablando con muchos caballeros mozos, un caballero viejo de setenta años, el cual comenzó a meter algunas pláticas menos honestas.

Luis, indignado, se volvió contra él, y con gran libertad le dijo estas palabras:

—¿No se corre un viejo de la calidad de vuestra señoría de tratar estas cosas con estos caballeros mozos que están presentes?

Dicho esto, tomó un libro espiritual y se retiró a otra pieza, distante de aquella conversación, mostrando con esto el disgusto que le había dado, dejando no poco mortificado al viejo, pero muy edificados a los otros.

Habiendo tenido noticia de su venida a Turín el Sr. Hércules Tani, su tío, hermano de la Marquesa, su madre, fué a Turín a visitarle y pedirle que se llegase con su hermano a Chieri, para que los demás deudos, que nunca le habían visto allí, le pudiesen ver y gozar. Aceptó Luis el convite, y fué allá con su hermano. Había el Sr. Hércules, por festejar a aquellos señores sus sobrinos, prevenido un sarao, en el cual se había de danzar como es uso.

Hizo cuanto pudo Luis por no hallarse en él. Pero obligado de la instancia que le hicieron diciendo que aquella fiesta se hacía sólo por él y a su contemplación, al fin se dejó llevar a la sala,

SAN LUIS GONZAGA

donde habían concurrido muchos señores y señoras; pero protestó primero que él sólo iba a hallarse presente, no a danzar ni hacer cosa ninguna, y con este concierto entró. Apenas se sentó, cuando una de aquellas señoras se fué hacia él para sacarle a danzar.

Viendo él lo que pasaba, sin hablar palabra, se salió de la sala fingiendo alguna necesidad, y no volvió más. Fué de allí a un rato el Sr. Hércules a buscarle y no le pudo descubrir. Al cabo de un rato, yendo a otra cosa, le vió en un aposento de criados que estaba escondido, metido en un rincón, detrás de una cama, hincado de rodillas, puesto en oración; de lo cual quedó tan espantado y edificado, que no se atrevió a interrumpirle y le dejó estar.

Concluídas todas sus visitas, volvió a Castellón, teniendo por cierto que el Marqués le había de cumplir la palabra y darle la licencia; pero engañóse mucho, porque su padre no quería que se le hablase palabra en esta materia, sino buscaba nuevas trazas para divertirle, no acabando de persuadirse que era vocación bien pensada, sino algún fervor de muchacho, que con el tiempo le pasaría. Otros personajes, grandes también, parte por el deudo, parte por la afición que le tenían, le dieron diferentes asaltos cuando él menos pensaba.

No se cansaba el Marqués de echarle personas graves que le hablasen; y estando un día él mis-

SAN LUIS GONZAGA

mo en la cama con la gota, hízole llamar y preguntóle qué pensaba hacer de sí.

Respondió Luis con mucho respeto, pero con libertad y llaneza, que él pensaba lo que antes había pensado, de servir a Nuestro Señor en la religión que había dicho.

Encolerizóse el Marqués, y con un rostro airado y palabras pesadas le echó de la cámara, mandándole que se le quitase de delante de los ojos. Tomó Luis estas palabras por mandato de su padre, y fuese al convento de los Padres que llamaban de Santa María, que está casi una milla de Castellón. Aquí se retiró Luis; y haciéndose llevar la cama y libros, y otros muebles de su aposento, comenzó a hacer una vida muy retirada, tomando mucha disciplina al día, y gastándole todo en oración.

Nadie se atrevía a decírsele al Marqués por no darle pesadumbre, pero al cabo de algunos días, que la gota no le dejaba levantar, preguntó por Luis; dijéronle lo que pasaba, y al punto mandó que le llamasen. Recibióle con palabras graves, riñéndole mucho la libertad que había tomado en irse de casa, diciendo que lo había hecho por darle pesadumbre.

Luis, con mucha paz y respeto, respondió que no lo había hecho sino por cumplir mejor lo que le había mandado cuando le dijo que se le quitase de delante de los ojos. Prosiguió el Marqués con su cólera y amenazas; después le mandó que

SAN LUIS GONZAGA

se fuese a su cuarto; bajó Luis la cabeza, y dijo: —Yo voy por obediencia.— En entrando en su aposento, cerró la puerta, arrodillóse delante de un crucifijo, y comenzó a derramar arroyos de lágrimas, pidiendo a Dios le diese fuerzas y constancia en tantos trabajos; luego se desnudó y tomó una larga disciplina.

En el ínterin, el Marqués, en quien peleaban el amor de padre y la conciencia, porque por una parte no quisiera ofender a Dios, y por otra no podía acabar consigo de privarse de un hijo tan querido y de tantas prendas; temiendo, pues, si acaso le había amargado con las palabras que le había dicho, pasada ya la cólera, hizo llamar al gobernador del lugar, que estaba en la antecámara, y le mandó que fuese a ver qué hacía Luis.

Fué el gobernador, y halló un criado afuera, que le dijo cómo el señor D. Luis se había cerrado y no quería que entrase nadie. Replicó él que llevaba orden del Marqués para ver lo que hacía; y con esto llegó a la puerta, y no pudiendo entrar, hizo con la daga un resquicio pequeño en la puerta, y por allí vió a Luis desnudo y arrodillado delante de un crucifijo, llorando y disciplinándose fuertemente.

Movido con este espectáculo y enternecido, se fué al Marqués, y con las lágrimas en los ojos, le dijo: —¡Ah, señor! Si V. E. viera lo que hace el señor don Luis, sin duda que no tratara de estorbarle sus buenos intentos.

SAN LUIS GONZAGA

Preguntóle el Marqués qué había visto, que así lloraba.

—¡Oh, señor!—dijo él—, que he visto a vuestro hijo tal, que hará llorar las piedras—; y con esto le refirió lo que había visto, con tanto espanto del Marqués, que apenas lo acababa de creer.

El día siguiente aguardó a la misma hora, teniendo espía que le avisase; y haciéndose llevar en una silla al aposento de Luis, que estaba en el mismo piso que el suyo, acechó por aquel agujero que el día antes se había hecho en la puerta, y le vió del mismo modo, llorando y disciplinándose. Quedó con esta vista por un rato como fuera de sí; después, disimulando lo que había visto, hizo llamar a la puerta, y entrando con la Marquesa, halló el suelo rociado de sangre de la disciplina, y el puesto donde estaba de rodillas tan bañado de lágrimas como si hubieran echado agua por allí.

Por esto que vió, y por la instancia tan grande que le hacía, se resolvió el Marqués últimamente a darle la licencia, y en orden a eso escribió a Roma al Ilmo. Sr. Scipión Gonzaga, su primo (que a la sazón era Patriarca de Jerusalén, y después fué Cardenal de la Santa Iglesia), para que, de su parte, hablase al Padre General de la Compañía, que entonces era el P. Claudio Aquaviva, hijo del Duque de Atri, y le ofreciese su hijo primogénito, que, como el decía, era la cosa más querida y de mayor esperanza que tenía en el

SAN LUIS GONZAGA

mundo, y juntamente dónde quería Su Paternidad que fuese a tener el noviciado.

El Padre General respondió como era razón a aquel recado; y en lo que tocaba al noviciado, dijo que por muchas razones le parecía conveniente que le tuviese en Roma. No es creíble lo que Luis se holgó cuando supo esta buena nueva.

Luego se comenzó a tratar la renunciación que había de hacer del Estado, por haber ya (como dijimos) dado el Emperador la investidura de él a Luis; y queriendo el Marqués que le cediese en favor de Rodolfo, que era el hijo segundo, Luis venía en ello de buena gana, con tal que se abreviase y concluyese luego, y fuese con las condiciones y modo que quisiesen, que todo lo dejaba en manos de su padre y aprobaba lo que él hiciese, pero que fuese luego, porque pudiese irse a su religión.





VIII

En Milán y Mantua, y nuevas dificultades.



MIENTRAS se aguardaba la licencia del Emperador para renunciar el Estado, se le ofrecieron al Marqués algunos negocios de grande importancia en Milán, para cuyo despacho, por no poder ir él en persona por hallarse tan impedido de la gota, se determinó de enviar a Luís, de cuya prudencia y juicio fiaba grandemente, y con razón, porque habiéndole varias veces encargado el tratar negocios graves con diferentes príncipes, siempre los había tratado y concluído con notable satisfacción.

Fué Luís a cumplir su obediencia, y hallóse obligado a detenerse en Milán casi ocho o nueve meses, en el qual tiempo se dió tan buena maña en los negocios, tratándolos con tanta prudencia, que si bien eran harto dificultosos y enredados,

al fin tuvieron la salida que el Marqués deseaba. No fué tiempo perdido para Luis el que estuvo en Milán, porque habiendo, como dijimos, oído la Lógica en España, prosiguió en Milán la Física en el Colegio de Breda, de la Compañía de Jesús; y como tenía tan buen ingenio y tan maduro juicio, aprovechóse mucho en aquel estudio. Asistía todos los días por la mañana y tarde a las lecciones, y si alguna vez le estorbaban sus negocios, hacía que le escribiesen la lección para estudiarla en casa.

Oía, fuera de eso, en el mismo Colegio una lección de Matemáticas cada día, y porque el lector no le dictaba, él, por no olvidarse, en volviendo a casa la dictaba luego a un criado con tanta facilidad, claridad y puntualidad, que cuando me las mostró el criado que las escribía, y las tenía guardadas todas como por reliquia, yo quedé espantado que nunca se hubiese olvidado de la demostración ni variado el número, la medida, el cómputo, los puntos, las líneas y otros términos propios de aquella facultad, que es casi todo lo que allí se dice y escribe. Cuando iba al Colegio guardaba grande compostura; su vestido era negro, de raja de Florencia, y sin espada; por la calle nunca hablaba con los que le acompañaban; iba de ordinario a pie, aunque tenía bastante comodidad de caballos en casa.

Todo su entretenimiento en Milán era tratar con los Padres de la Compañía, y así, buena parte

del tiempo que le quedaba de sus negocios lo gastaba en el Colegio, hablando ya con este Padre, ya con el otro, de cosas de estudios o de espíritu, y reparó su maestro que cuando hablaba con religiosos, y aun con seglares de alguna autoridad, les tenía tanto respeto, que estaba siempre con los ojos bajos, no mirándolos a la cara sino rara vez. Sus pláticas, no sólo eran con los Padres o Hermanos estudiantes, sino también con los coadjutores, especialmente con el portero de aquel Colegio, teniendo por gran favor si alguna vez, mientras iba a llamar a algún Padre, le dejaba las llaves, engañándose con aquello y entreteniendo las ansias que tenía de verse ya en la Compañía.

Un día de Carnaval, se hacía en Milán un famoso torneo, a que concurrió toda la ciudad, en especial los caballeros mozos, que aquel día salieron de gala en hermosos caballos ricamente enjaezados, lo mejor que cada uno podía.

Luis, aquel día, por hollar el mundo y hacer una pública mortificación, quiso ir hacia allá, y aunque tenía caballos en la caballeriza, y de ordinario, aunque fuese a pie, le solían llevar uno detrás con su gualdrapa de terciopelo, aquel día salió en un machuelo (que en Italia se tiene por cosa muy baja), y todo de viejo, con sólo dos criados, y de esta manera pasó por las calles donde estaba el concurso de todos aquellos caballeros, que si bien se podían reír de él, él también se reía del mundo y sus vanidades: notaron mucho esta acción algu-



ARRIBAS

nos religiosos que la vieron, y quedaron no poco edificados.

Siguiendo en este tenor de vida, llegó la licencia del Emperador para renunciar el Estado; era ya Luis de diez y siete años cumplidos, y estaba esperando por horas que su padre le llamase a Castellón para concluir sus cosas e irse ya libre y suelto a gozar el bien que deseaba, cuando se levantó otra nueva tormenta; porque el Marqués, o bien que pensase que su hijo, cansado ya de esperar, se habría quizá resfriado de aquellos fervores, o movido todavía del afecto natural que no le dejaba resolver en dar la licencia, o por otros respetos y fines humanos, al fin se determinó a ir en persona a Milán a dar otro tiento a Luis en este negocio y hacer que otros se le diesen, y se examinase de nuevo si esta era o no era la voluntad de Dios.

Llegó de improviso a Milán, y preguntó a Luis qué pensaba hacer. Hallóle más firme que antes. Dióle notable pena; mostróse de nuevo sentido y enojado.

Después volvió con blandura a hablarle en este punto, diciéndole que no era él tan mal cristiano que había de querer oponerse a la voluntad de Dios con ofensa suya; pero que la razón le dictaba que éste más era un humor y tema de mozo que vocación de Dios; porque el amor de los padres, que tanto encarga Dios, y otros muchos respetos de servicio divino, obligaban a no tomar aquel estado.

Alegaba el buen natural que Dios le había dado, tan seguro de mudanza, que no había que temer ese peligro aunque se quedase en el siglo, en donde podía vivir tan bien como religioso y ser bueno, no sólo para sí, sino para otros, haciendo que sus vasallos sirviesen a Dios y guardasen sus mandamientos, obligándoles a ello con su buen ejemplo, que a ellos sería de grande importancia y a él de grande merecimiento delante de Dios.

Acordábale el gran concepto que tenían ya de él sus súbditos, el amor y respeto que le habían cobrado, y que no deseaban cosa tanto como tenerle por señor; la gracia y afición de los príncipes, que con su buen trato y apacible conversación había ganado, de suerte que todos le amaban y estimaban mucho; el natural de su hermano Rodolfo, en quien había de renunciar, que, por ser muy vivo y por la falta de experiencia y de edad, no era tan a propósito como él para el gobierno, antes se podía temer no hiciese algunas travesuras hallándose mozo y sin freno.

—Mira, finalmente—le dijo—, cuál estoy, tan enfermo y apretado continuamente de la gota, sin poderme menear, y que tengo necesidad forzosa de que me alivien de las cargas del gobierno. Tú lo puedes hacer desde luego con tanta satisfacción. Si te entras religioso y me dejas, mañana se ofrecerán cosas forzosas a que yo no pueda acudir, y juntándose las ocupaciones, el mal y la pesadumbre, será, sin duda, ocasión de mi muerte.

Dicho esto, soltó la rienda a las lágrimas, mezclando con ellas algunas palabras llenas de dolor y ternura.

Oyóle Luis, y agradeciéndole con humildad el amor y afecto que le mostraba, le respondió que todas aquellas razones, o gran parte de ellas, había ya pensado muy despacio, y echaba de ver la obligación que tenía, y que a no ser Dios el que le llamaba, tuviera por una grande sinrazón no atender a todos aquellos respetos y en especial al gusto de su padre, a quien, después de Dios, se reconocía sumamente obligado; pero que él no se movía a entrar en religión por antojo o gusto suyo; sino por obedecer a Dios, que le llamaba; y que, así, debía esperar que este mismo Señor ordenaría las cosas a su mayor gloria y en bien y provecho de la casa y Estado, porque él no podía presumir otra cosa de la divina Bondad.

Viéndole el Marqués tan firme en este punto, de que aquella era vocación de Dios, parecióle necesario derribarle este principio, donde se fundaba toda su resolución, y persuadirle lo contrario, porque todo lo demás era perder tiempo. Para esto procuró otra vez que diferentes personas seglares y religiosas le examinasen de nuevo y le persuadiesen que sería mayor servicio de Dios atender al gobierno de su Estado. Hiciéronlo ellos así por dar gusto al Marqués, y en diferentes ocasiones cada uno de por sí le hablaron y pusieron las dificultades de la religión lo mejor que supie-

SAN LUIS GONZAGA

ron, y habiéndole probado de mil maneras, quedaron todos tan satisfechos y admirados, que aseguraron al Marqués que la vocación era de Dios, añadiendo mil cosas en alabanza de su hijo.

Oyendo el Marqués tantos votos contra su gusto, todos tan conformes, por asegurarse más de sí aquella era la voluntad de Dios, se hizo un día llevar en una silla, porque la gota no le dejaba ir de otra suerte, a la Casa Profesa de la Compañía, y haciendo llamar a un cierto Padre que tenía mucho nombre en aquella ciudad, le dijo que en cosa de tanto momento, como era perder un hijo primogénito, y un hijo tal, quería fiarse de su juicio y tomar su consejo; pero que antes que se le diese, deseaba que en su presencia examinase a Luis en su vocación y juntamente le propusiese lo más viva y eficazmente que supiese las razones todas en contrario, porque si esto hacía, él le daba palabra de hacer lo posible por quietarse.

Aceptó el Padre el partido, por satisfacer a aquel príncipe, y llamando allí a Luis, le estuvo examinando una hora entera con mucha seriedad, y le puso los argumentos más fuertes que se pueden poner para probar el espíritu de uno y ver si la vocación es buena o no; y en el particular de la Compañía, le dijo tanto y le puso tan grandes dificultades, cuanto jamás se han puesto a nadie para entrar en ella; y lo que es más, lo decía con tantas veras, que no parecía que le quedaba otra

cosa; de suerte que Luis comenzó a sospèchar que hablaba de veras. Con todo esto, respondió con tanto señorío y soltó los argumentos y dudas, no sólo con razones, sino con autoridad de la Sagrada Escritura y de los Doctores; de suerte que el Padre quedó, no sólo edificado, sino espantado de verle tan bien fundado en su vocación y tan versado en la Escritura y en los Doctores sagrados, y así, le pareció que debía de haber leído lo que de aquella materia escribe Santo Tomás en sus obras. Tan propias y ajustadas eran las respuestas y razones que daba. Al fin, el Padre, maravillado, prorrumpió con estas palabras:

—Señor D. Luis: V. S. Ilma. tiene mucha razón; la verdad en todo cuanto ha dicho, no se puede dudar; yo quedo bien edificado y satisfecho.

Que no poco le consoló a Luis, por ver que en lo pasado, el Padre no había hablado de veras, sino sólo por probarle.

El Marqués, enviando a su hijo, confesó que quedaba convencido de que aquélla era una grande vocación de Dios, y luego se puso a contar la santidad grande con que Luis había vivido desde niño, y dijo que él no quería impedirle, sino dejarle en buena hora que entrase religioso. Poco después se volvió a Castellón y dejó orden que en concluyendo Luis con cierto negocio, se volviese también para efectuar la renunciación. Con esto él se dió la prisa posible por concluirle, pa-

SAN LUIS GONZAGA

reciéndole cada hora mil años, por verse ya fuera del mundo y libre de sobresaltos.

De Milán, antes de ir Castellón se fué a Mantua, donde, parte por su consuelo, parte por confirmarse en su vocación y armarse contra los asaltos que temía, quiso hacer los ejercicios espirituales del santo Padre Ignacio en el Colegio de la Compañía; era esto por el mes de julio del año de 1585.

Dos o tres semanas se estuvo encerrado en un aposento bien pequeño, gastando todo el tiempo en oración y meditación con tanto fervor, que no perdía ni un momento que no orase vocal o mentalmente, o leyese algún libro espiritual. Su comida fué tan poca aquellos días, que casi se puede decir que no comió nada; y los que le llevaban de comer no sabían cómo podía pasar con tan poco sustento.

Estando aquí, quiso ver las Constituciones y Reglas de la Compañía; y habiéndolas visto y leído, dijo que no hallaba dificultad en todas ellas. A tiempo de irse, pidió una copia de los ejercicios de la Pasión para poder usar de ellos en su casa más a menudo.

Al fin, se fué a Castellón, con intento, en llegando, de dar priesa al Marqués sobre su negocio; pero después, por no desabrirle, se estuvo algunos días sin hablarle en este punto, esperando a ver si metía él la plática. En el ínterin hacía una vida santísima y estrechísima, con espanto de los

SAN LUIS GONZAGA

del palacio y de todo el pueblo. Si alguna vez salía de la fortaleza, iba siempre con los ojos bajos, levantándolos sólo para saludar a los vasallos que le hacían reverencia, porque en esto era muy cortés, llevando de ordinario el sombrero en la mano.

Cuando iba a Misa a la iglesia, aunque siempre le ponían sitio con tapete y almohada de terciopelo, y lo mismo a su hermano, el cual, conforme a su calidad lo tomaba; pero él jamás en la iglesia usó de almohada ni tapete, sino con ambas rodillas se arrodillaba en el mismo suelo, y allí se estaba inmóvil las horas enteras, con los ojos bajos, oyendo Misa, después rezando el oficio, o teniendo oración mental.

Aumentó también por este tiempo las penitencias, de suerte que, de pura flaqueza, no parecía que se podía tener en pie.

No hay duda sino que en esta materia se excedió, llevado de su fervor, el cual le hacía pensar que podía hacerlo; y como no tenía otra guía ni superior, gobernábase por el dictamen de su fervor y soltaba la rienda a sus deseos.

Por este mismo tiempo puso nuevo cuidado en encaminar y aficionar a sus hermanitos los más pequeños a cosas de devoción y virtud; enseñábalos cómo habían de orar, y para que lo hiciesen con más gusto, dábales después de la oración algunas conservas y hacía les otros regalos. Entre todos sus hermanos, mostró siempre más amor a

SAN LUIS GONZAGA

D. Francisco (que después fué Marqués de Castellón, y sucedió por muerte de su hermano Rodolfo, el día 3 de enero de 1593), ahora fuese porque por la edad era ya más capaz de sus buenos consejos y daba muestras de más reposo y asiento, o quizá porque (como algunos piensan) sabía ya Luis el bien grande que le había de venir a su casa y Estado por medio de aquel señor.

Habían ya pasado algunos días sin que el Marqués le hablase palabra en el negocio de la religión; por lo cual, con la gana que tenía de concluirlo, se determinó él a hablar, y un día, con buena ocasión, le pidió la palabra, acordándole que ya era tiempo de cumplir sus deseos. El Marqués, viéndose obligado al sí o al no, apretado de la priesa que le daba, dijo que no sabía que le hubiese dado jamás tal palabra, ni pensaba darla hasta que la vocación madurase con el tiempo y él tuviese edad y fuerzas para ejecutarla, como sería a los veinticinco años, poco más o menos. Antes, dijo que si se quería ir, que se fuese en buen hora; pero que entendiese que no sería con su licencia, ni le miraría más como a hijo.

El pobre Luis, con esta respuesta tan diferente de la que él esperaba, quedó medio muerto; y comenzó de nuevo, ya con quejas, ya con plegarias, a hacer instancia y pedir a su padre no le hiciese tal agravio. El Marqués se estaba en sus trece y decía que no le daría tal licencia. Luis, viendo la cosa en tan mal estado, tomó tiempo para pensar-

lo; fuése a su aposento a hartarse de llorar, con intento de encomendarlo a Dios de nuevo y escribir al Padre General pidiéndole consejo.

Pero fué tanta la priesa que le dió el Marqués a que se resolviese, que no pudiendo aguardar el consejo del Padre General, hubo de resolverse a contestar de esta manera: —Que si bien en esta vida no le podía suceder cosa que más sintiese y que más le perturbase la paz de su alma como el dilatarle la entrada en la religión a servir a Dios, pero para dar gusto al Marqués, su padre, a quien después de Dios deseaba sumamente servir y agradecer, venía de buena gana en que se dilatase por dos o tres años, pero con dos condiciones: la primera, que en este tiempo que se dilataba su entrada en religión había de residir en Roma, donde mejor pudiese conservarse en su vocación y atender con más comodidad a sus estudios; la segunda, que el Marqués desde luego diese la licencia para aquel plazo y se lo escribiese al Padre General de la Compañía, porque no hubiese después nuevas dificultades.

Mucho se alteró el Marqués con estas condiciones, y por dos días estuvo rehacio, no queriendo atar ni señalar plazo, ni salir a cosa de lo que pedía; al fin, vencido de la constancia de Luis y de la justificación de su causa, y temiendo de irritarle y darle ocasión de hacer alguna novedad más costosa, se dejó doblar y vino en todo lo que se le pedía.

SAN LUIS GONZAGA

Andaba aquellos días el santo mozo triste y desconsolado; lloraba amargamente su desgracia de haber nacido tan noble y mayorazgo. Tenía una santa envidia a los que, en menor fortuna, se hallaban sin esos estorbos para entrar en la religión y servir a Dios. Pero aquel Señor que es consuelo de los afligidos y oye los ruegos de los atribulados, cuando menos se esperaba abrió camino al consuelo, cortando de un golpe los estorbos para que su querido Luis alcanzase ya el fin de sus deseos.

Porque, comenzándose a tratar de cómo había de estar en Roma, el Marqués deseaba que viviese en casa del Cardenal Vicencio Gonzaga, y trató con el duque Guillermo que escribiese al Cardenal, que estaba en Roma, y el Duque, por la afición tan grande que tenía a Luis, se ofreció muy de gana a hacer aquel oficio; pero naciendo después no sé qué diferencias entre el Duque y el Marqués sobre cuál de los dos había de escribir primero, no queriendo ninguno comenzar por algunos respetos, la cosa quedó así y no se hizo nada.

Deshecha, pues, esta traza, dió el Marqués en otra, de que estuviese su hijo en el Seminario Romano con vivienda aparte para sí y para algunos criados, como convenía a la calidad de su persona, y allí, con el cuidado y enseñanza de la Compañía, podría atender a sus estudios hasta el tiempo señalado. Por ser esto contra las reglas

SAN LUIS GONZAGA

de aquel Seminario y cosa que hasta entonces no se había hecho con nadie, por poder mejor alcanzarlo, envió persona propia a Roma con cartas para el Ilmo. Señor Scipión Gonzaga, para que él lo tratase con el Padre General y lo procurase recabar de él.

Hizo aquel señor el oficio que se le encargaba con muchas veras; pero oyendo las razones que había para no concederlo, quedó convencido y se lo escribió al Marqués. Esta segunda traza tampoco pudo cuajar.

Mientras se buscaba otra, Luis, cobrando alguna esperanza, aumentó las penitencias, ayunos y oraciones; comulgaba siempre a esta intención, pidiendo a Dios con instancia que se sirviese de quitar de una vez tantos estorbos. Un día, en particular, habiendo estado con estas ansias cuatro o cinco horas en oración, se sintió movido interiormente con particular fuerza para ir a su padre, que estaba en la cama por la gota, y hacerle instancia de nuevo por la licencia.

Pareciéndole que aquella fuerza interior que sentía, era de Dios, con instinto especial del Espíritu Santo, cobró ánimo, y levantándose de la oración, vase derecho al aposento del Marqués; puesto allí con grande seriedad y eficacia, le dijo estas palabras:

—Padre y señor mío, yo me pongo totalmente en manos de V. E. para que disponga de mí a su gusto; pero yo le protesto que Dios me llama a la



ARRIBAS

Compañía, y que en resistir a esto, resiste a la voluntad de Dios.

Dichas estas palabras, sin detenerse ni aguardar respuesta, se salió al punto, dejando atravesado al Marqués, de suerte que no pudo hablar palabra. Revolvió luego en su imaginación lo mucho que hasta entonces había resistido a su hijo, y vínole escrúpulo si acaso había ofendido en ello a Dios. Por otra parte, arrancábase el alma en privarse de un hijo tal.

Con estos afectos contrarios y tan fuertes, se comenzó a turbar y congojar, de suerte que, vuelto a la pared, derramaba ríos de lágrimas, sin poder por un gran rato hacer otra cosa que llorar y suspirar tan recio, que todos los del palacio estaban a la mira, deseando saber la causa de aquella novedad.

Al cabo de un gran rato, hizo que llamasen a Luis, y venido que fué, le dijo estas palabras:

—Hijo, tú me has atravesado el corazón, porque yo te quiero, y siempre te he querido como tú mereces, y en tí tenía fundadas todas mis esperanzas y las de toda nuestra casa. Pero, pues Dios te llama, como tú dices, yo no te quiero estorbar. Ve, hijo mío, donde quisieres, que yo te doy licencia y te hecho mi bendición.

Dijo esto con tal ternura y sentimiento, que de nuevo volvió al llanto, sin que le pudiesen acallar y consolar. Luis, después de haberle dado brevemente las gracias, se salió del aposento por

SAN LUIS GONZAGA

no desconsolarle más con su presencia, y vuelto a su cuarto, se encerró a solas. Allí, postrado en tierra, con los brazos abiertos y los ojos en el Cielo, dió gracias a Dios por la inspiración que le había dado y por el buen suceso de ella. Allí se ofreció a Dios todo en holocausto con tanta dulzura, que no se podía hartar de alabarle y bendecirle por tantas mercedes.





IX

Renuncia el Estado y entra en la Compañía.



APENAS había dado el Marqués la licencia tan deseada de Luis, cuando corrió la voz por todo Castellón, y causó en los vasallos el sentimiento y dolor que era razón, como se veía por las lágrimas que abundantemente lloraban.

Algunos que tenían más entrada en palacio, llegándosele un día con lágrimas en los ojos, le dijeron:

—Señor D. Luis, ¿por qué nos deja V. S. I? Tiene un Estado tan bueno, unos vasallos tan rendidos, que a más del amor ordinario que se tiene al príncipe natural, tienen particular devoción y afecto a su persona; de ella teníamos todos pendiente nuestro gusto y nuestras esperanzas, y cuando ya íbamos a gozar el fruto y aguardába-

mos que tomase el gobierno, ¿nos deja de esta suerte?

Luis, medio riendo, les respondió:

—Sabed que voy a conquistar una corona en el Cielo y que es muy difícil cosa salvarse un señor en palacio; no se sirve bien a dos señores, a Dios y al mundo; yo quiero asegurar mi salvación; haced vosotros otro tanto.

No veía ya la hora de salir de casa de su padre para irse a la de Dios; pero fuéle forzoso detenerse algunas semanas, parte por aguardar a la Marquesa, su madre, que volviese de Turín, donde había ido a visitar a la Serenísima Infanta Duquesa de Saboya; parte también para concluir con el negocio de la renunciación, porque era orden del Emperador que no se otorgase sin hallarse presentes los parientes más cercanos de la Casa de Gonzaga, que, a falta de la línea del Marqués, podían tener derecho por algún título a suceder en aquel Estado; y por estar estos señores en Mantua, el Marqués, aunque no estaba del todo bueno, por no desacomodarles, quiso ir allá.

Al salir de Castellón con Luis, no sólo hubo lágrimas de los criados que quedaban en palacio, sino un llanto común en todo el lugar, de hombres y mujeres que lloraban a gritos viendo pasar la carroza, sabiendo que se iba ya para no volver y no teniendo esperanza de verle más en su vida.

En Mantua se detuvo Luis casi dos meses, yéndose de ordinario ese tiempo al Colegio de la

Compañía a tratar con los Padres, confesando y comulgando a menudo con edificación de toda la ciudad.

El día 2 de noviembre de 1535, por la mañana, allí en Mantua, en el palacio que llaman de San Sebastián, donde posaba el Marqués, se juntaron el Ilmo. Sr. Próspero Gonzaga, como pariente más cercano, y otros señores cuya presencia era necesaria en aquel acto; allí se otorgó la renunciación en presencia de testigos y otra mucha gente; y refieren aquellos señores que todo el tiempo que duró de leer el notario la escritura, que era muy larga, no cesó el Marqués de llorar por la pena que sentía; y al contrario, Luis, viéndose ya en lo que tan deseado tenía, estaba tan lleno de júbilo y contento, que el Sr. Próspero testifica que jamás le vió tan alegre como en aquel día.

Viéndose ya Luis descargado de hacienda y de Estado, se retiró solo a su aposento, donde, hincado de rodillas se estuvo una hora larga y más dando gracias a Dios por la merced que le había hecho en ponerle en posesión del tesoro de la santa pobreza, que tanto había deseado. Llenóle Dios en esta ocasión de una dulzura y consuelo tan extraordinario, que solía él contar ésta entre las visitas y favores más señalados que había recibido de la divina mano.

Habiendo, pues, dado gracias a Dios, se levantó de donde estaba e hizo llamar a su aposento un

venerable sacerdote llamado D. Luis Cataneo, que había traído de Castellón, e hizo que le bendijese un vestido de paño, como de la Compañía, que secretamente se había hecho cortar aquí en Mantua; y luego él mismo se desnudó de todos sus vestidos, hasta de la misma camisa y de las medias de seda, y se vistió aquel otro hábito clerical, con el cual pareció en la sala donde estaban todos aquellos señores, que se habían quedado a comer, los cuales con aquella vista no se pudieron dejar de enternecer y llorar; pero sobre todos, el Marqués, su padre, que por más fuerza que se hacía, no le fué posible reprimir las lágrimas todo el tiempo que duró la mesa.

El día siguiente, que fué el 3 de noviembre, se despidió del Duque de Mantua, del Príncipe y de aquellos señores. Después, a la tarde, hincado de rodillas en tierra, con profunda humildad pidió a su padre la bendición, y juntamente a su madre, que ya había vuelto del Piamonte. Las lágrimas que ellos derramaron en esta ocasión, especialmente el Marqués, cada uno lo podrá considerar.

La mañana siguiente se puso en camino para Roma con el acompañamiento que el Marqués le dió. Iba con él en la carroza su hermano Rodolfo, a quien dejaba renunciado el Estado, que le acompañó hasta el río Po, donde se embarcó para Ferrara, pero en el camino y en la despedida apenas le habló dos palabras. Diciéndole después uno de aquellos señores en la barca: —Pienso que

SAN LUIS GONZAGA

el Sr. Rodolfo se habrá holgado mucho de hallarse ya sucesor del Estado—, respondió Luis: —Yo estoy cierto que no se ha holgado él tanto en sucederme como yo en dejárselo.

Llegado a Ferrara, visitó al duque Alfonso de Este y a la duquesa Margarita Gonzaga, deuda suya. Luego, sin detenerse, tomó el camino para Bolonia.

De Bolonia se fué por la Romanía derecho a Loreto, en donde no se puede decir el consuelo que Dios nuestro Señor y la Virgen Santísima le comunicaron.

Oyó la primera mañana en la capilla de la Virgen cinco o seis Misas, una tras otra; luego comulgó con grandísima devoción, y considerando el gran bien que en aquel lugar había venido al linaje humano, y la majestad y santidad que allí estaba encerrada, todo se deshacía en lágrimas, y parecía que no podía apartarse de allí.

La mañana siguiente, antes de partir, volvió otra vez a la capilla de la Virgen a oír Misa, comulgar y estarse otro rato en oración.

Después tomó el camino de Roma; la distribución que guardaba en aquel viaje era ésta: En levantándose, tenía un cuarto de hora de oración mental; luego rezaba las horas canónicas: Prima, Tercia, Sexta y Nona; luego decía el itinerario y subía a caballo. En saliendo de la posada, se iba muchas millas solo, apartado de los demás, un rato rezando el ejercicio cotidiano y otras devo-

ciones, otros en su oración mental, de suerte que por el camino atendía tanto a su recogimiento y aprovechamiento como otros cuando más retirados están en su celda.

Al mediodía tomaba una colación o almuerzo, luego rezaba Vísperas y Completas y continuaba su camino, gastándole, parte en pensar las penitencias que en la religión había de hacer, a que era grandemente inclinado, parte en discursos que hacía, ya de las Indias y conversión de los gentiles (con esperanza que algún día le enviarían allá con los otros Padres y Hermanos que cada año van a aquella Misión), ya echando sus trazas en otras semejantes materias.

A la noche, en llegando a la hostería, aunque estuviese helado, por ser, como era, en el rigor del invierno, no se calentaba, sino al punto se encerraba en su aposento, y sacando un crucifijo que llevaba consigo, se ponía delante de él en oración, gastando cada noche dos horas continuas en ella, con tantas lágrimas y suspiros y con tal fuerza de afectos, que oyéndolos desde fuera los que le servían, se miraban unos a otros, movidos a compunción y devoción.

Remataba cada noche esta oración con tomar una larga disciplina; rezaba Maitines y Laudes, y en acabando, iba a cenar, lo cual hacía templadísimamente, sin querer cosa de mucha sustancia.

Llegados a Roma, se apeó en casa del ilustrísimo señor Patriarca Gonzaga, y habiendo descan-

SAN LUIS GONZAGA

sado un poco, luego se fué a la casa profesa en busca del Padre Claudio Aquaviva, General de la Compañía. Bajó el Padre General al jardín a recibirle; allí se le echó Luis a los pies, ofreciéndosele por hijo y por súbdito con tanta humildad y devoción, que no le podían hacer levantar del suelo.

En saliendo de allí comenzó a visitar algunos Cardenales, en especial a los Ilmos. Farnesio, Alexandrino, Este y Médicis, que luego fué gran Duque de Florencia. Todos le recibieron con mucha honra y muestras de amor, especialmente los Cardenales Farnesio y Médicis, que cada uno de ellos le hizo mucha instancia para que se hospedase en su palacio.

En concluyendo con estas visitas de obligación, y visitadas las iglesias, fué a besar el pie al Papa, que a la sazón era Sixto V, y darle unas cartas de su padre; en llegando a la antecámara del Pontífice, sabiéndose ya en palacio quién era y a qué venía, le cercaron algunos de los que allí estaban, mirándole como a cosa de milagro.

Hízole el Papa muchas preguntas sobre su vocación, y en particular si había pensado bien los trabajos de la religión; respondió él que sí, que mucho tiempo había que los tenía pensados y ponderados.

Con esto Su Santidad, alabando su resolución y fervor, le dió su bendición y le despidió con muchas muestras de amor.

SAN LUIS GONZAGA

Era esto un sábado, y ahora fuese por haber ayunado el día antes a pan y agua, y no desayunándose aquel día hasta las tres y media de la tarde, aguardando la audiencia del Papa, o por otra causa, en volviendo a casa se sintió mal dispuesto, y temió no le viniese de nuevo algún impedimento o dilación; pero fué Dios servido que no pasó adelante.

Al día siguiente fué a la Casa Profesa, oyó Misa y comulgó en la capilla de los Santos Abundio y Abundancio, debajo del altar mayor; después subió a una tribuna a oír el sermón, y en compañía del señor Patriarca Gonzaga se quedó a comer con los Padres en el refectorio, convidado del Padre General, el cual por ese respeto hizo que en el refectorio hubiese otro sermón en vez de la lección ordinaria.

Estaba el Patriarca atónito de la modestia y compostura de Luis; pero mucho más de sus palabras y respuestas, y decía:

—Rara cosa es que no se le ha de soltar a este mozo una palabra desmandada; todas han de ser tan pesadas y tan ajustadas.

Los criados del Patriarca no estaban menos edificadas; en particular le habían reparado lo que arriba dijimos, que todas las mañanas, oyendo Misa en la capilla de su casa, en llegando a alzar, derramaba ríos de lágrimas, y por más que procuraba encubrirlas, no podía.

Finalmente, el lunes por la mañana, día de

SAN LUIS GONZAGA

Santa Catalina, virgen y mártir, a los 25 de noviembre del año 1585, teniendo él ya diez y siete de edad, ocho meses y diez y seis días, con increíble gozo y júbilo de su corazón, subió a aquel barrio de Roma que llaman Montecavallo, donde está el noviciado de la Compañía llamado San Andrés; allí entró acompañado de toda su familia y del Sr. Scipión Gonzaga, que le dijo Misa y le comulgó de su mano, y se quedó allí a comer con el Padre General, que con este intento había ido allá, siendo a la sazón Rector y Maestro de novicios el P. Juan Bautista Pescador, varón de gran santidad.

Cuando Luis llegó a aquella santa casa, volviéndose a los que le habían acompañado desde Mantua les acordó que cuidasen mucho de su salvación; dió las gracias a todos, y preguntándole qué quería que dijese al Sr. Rodolfo, su hermano, respondió: Decidle de mi parte: *Quien teme a Dios, obra bien*. Con esto los dejó, y ellos volvieron llorando la pérdida de tan buen señor.

Despedido ya Luis de todas las personas y cosas del mundo, el Padre Maestro de novicios le llevó a un aposento donde había de estar algunos días a solas sin comunicar con los otros novicios, haciendo la primera probación conforme la costumbre de la Compañía.

En quedando a solas, se arrodilló, y lleno de celestial dulzura, con amorosas lágrimas dió gracias a Dios por haberle sacado de Egipto y traído

SAN LUIS GONZAGA

a la tierra de promisión, que está manando leche y miel de consuelos del Cielo. Allí se dedicó y ofreció a Dios en sacrificio y holocausto perfecto, y le pidió gracia para vivir dignamente en su casa y perseverar hasta la muerte en su santo servicio. Después, toda la vida le duró la memoria de este día, celebrándole todos los años con particular devoción y tomando por su abogada a la virgen Santa Catalina, cuya fiesta se celebraba aquel día.





X

Su noviciado.



QUIENES con los ojos limpios y luz de Dios consideraren la vida que tuvo Luis en la religión, echarán de ver los muchos grados de perfección que le aumentó la dirección de la santa obediencia, y de cuánto más precio haya sido lo que hizo en la religión que lo que hizo en el siglo. Obraba en la religión con mayor luz y conocimiento, y acompañaba sus obras con el ejercicio de muchas virtudes desnudas totalmente de voluntad propia y vestidas de la divina; realizábalas y subía de quilates las más íntimas acciones con la intención que siempre tenía en la mayor gloria de Dios y con el afecto continuo de perfectísima caridad, de que siempre las vestía.

Entre las otras muchas virtudes, dos cosas en particular es bien que se reparen en esta parte.

SAN LUIS GONZAGA

La una es que, habiendo nacido y criándose en estado de príncipe, y siendo tan flaco y delicado de complexión, luego en entrando en la religión se acomodó de suerte al modo común de vivir y a la disciplina religiosa, que no había en nada diferencia de él a los demás. No consintió jamás particularidad ni favor que los superiores le ofrecieran, especialmente a los principios; antes, se aplicaba con tanto gusto a los ejercicios domésticos, por bajos y viles que fuesen, como si toda su vida estuviera hecho a servir y no a ser servido.

La otra cosa es que se persuadió muy de veras que aquel es verdadero y perfecto religioso que guarda con exacción y puntualidad las reglas de su Instituto y pone sumo cuidado en hacer con perfección las obras ordinarias, por mínimas que sean, a que obliga la distribución de cada día. Y así, tomó con grandes veras estas dos cosas: la perfecta y exactísima guarda de todas las reglas, y el hacer con perfección y diligencia grande las obras ordinarias y comunes de la religión.

Comenzó, pues, Luis en el noviciado a echar las zanjias y sacar los cimientos muy hondos para el edificio espiritual de su alma. Aquellos primeros días se estuvo recogido y solo, como dijimos, gozando de una paz y alegría extraordinarias; unas veces orando, otras leyendo, si bien su leer se podía llamar orar, por estar, como estaba siempre, con su mente tan puesta en Dios. Vínole en este

SAN LUIS GONZAGA

tiempo no sé qué indisposición, ocasionada, quizá, o por la mudanza del aire, o del modo nuevo de vida, o de las penitencias que proseguía, o, finalmente, por la demasiada atención y fervor con que tomaba los ejercicios; por esta razón se hallaron obligados los superiores a sacarle de aquel encerramiento antes de lo ordinario; en lo cual tuvieron menos dificultad, viendo que tenía menos necesidad que otros de aquella probación, pues ya había hecho los ejercicios pocos meses antes en Mantua y leído las Reglas y Constituciones; y en cuanto a la vocación, poca necesidad tenía de exámenes y pruebas el que había pasado por tantas y salido tan bien de todas. Sacáronle, pues, de allí, y pusieronle en cura hasta que volvió en sí de aquel achaque; cuando llevaron a lavar la ropa sucia que traía del camino, hallaron las camisas llenas de sangre de las disciplinas que tomaba cada día.

Comenzó a tratar con los otros novicios, y su Maestro reparó que andaba con la cabeza muy baja, y, parte por quitárselo, y parte también por mortificarle, le mandó hacer un cuello de cartón aforrado por defuera de lienzo, y que lo trajese muchos días atado a la garganta, de suerte que no pudiese bajar la cabeza, porque el cartón se la hacía tener siempre derecha. Traíalo él con notable alegría, riéndose de verse con aquella invención.

A los otros novicios tenía tanto respeto y reve-

SAN LUIS GONZAGA

rencia, como si de hecho él fuera el mínimo de toda la casa; luego comenzó a pedir ayunos, disciplinas, cilicios y otras penitencias y mortificaciones, y porque vió que los novicios no usaban de bonete cuadrado como el que él traía del siglo, y que el paño era más grosero que el que habían comprado en Mantua para el vestido que allí le hicieron, luego al punto hizo instancia al Superior hasta que trocó bonete y vestido por otro de los ordinarios y comunes. Lo mismo hizo con el Breviario, porque la encuadernación estaba dorada, trocándolo por otro usado y pobre, y de esta suerte poco a poco se fué despojando de todo cuanto había traído, no queriendo tener consigo cosa que le oliese a Egipto.

Es doctrina de los Santos, confirmada con la autoridad de la Escritura, que Dios Nuestro Señor, con altísimos fines y particular providencia, suele ejercitar a los que con más afecto y fidelidad le sirven.

No quiso Su Divina Majestad sacar de esta regla ni privar de este favor a su siervo Luis, el cual, en estos principios de su noviciado, padeció extraordinario desconsuelo espiritual; que aunque no le inquietaba ni turbaba, y mucho menos le incitaba a mal por ningún modo, pero privábale de aquella alegría y dulzura espiritual que solía gozar en el siglo, y pesábale de haberla perdido.

Un consuelo le quedaba, y era que, en ponién-

SAN LUIS GONZAGA

dose en oración, hallaba su alegría, y al fin se deshizo del todo aquella niebla y aquel desconsuelo; y Dios, que sólo se había escondido por probarle y por hacerse desear, volvió a descubrirse y consolarle con nuevas visitas, y él volvió a su primera paz y serenidad. Otra vez le trajo el demonio este pensamiento para hacerle caer en pusilanimidad: ¿Qué ha de hacer de tí la Compañía? Conoció él que ésta era tentación, y armóse al punto contra ella, y en media hora la dejó de todo punto vencida.

Estas dos tentaciones solas confesó él que había tenido en todo su noviciado: lo demás fué una continua paz y quietud. Y no hay que espantarse, porque era superior con el corazón a todas las mudanzas y sucesos humanos, reduciéndolos todos al gusto de Dios, y con esto parece que era incapaz de turbación.

Vióse bien esto en la muerte del Marqués, su padre, que sucedió a los dos meses y medio de su noviciado, lo cual admiró más a los que conocían a Luis y sabían la reverencia y amor grande que le había tenido siempre, que era de suerte que, dejada aparte la salvación, de tejas abajo solía él decir que no tenía cosa que más quisiese; y así confesó él mismo a una persona, que si él mirara la muerte de su padre a solas, sin duda hubiera sentido; pero viendo que venía de la mano de Dios, no le parece que podía tener pena de lo que sabía que era gusto de Dios; que es lo que decía-

SAN LUIS GONZAGA

mos poco ha, que el estar tan dependiente del gusto de Dios le hacía superior a todas las mudanzas y acontecimientos humanos.

Este mismo caso y muerte de su padre tan al principio de su noviciado, le descubrió más el amor grande que Dios le tenía y la particular providencia con que le gobernaba; porque si el Marqués muriera dos o tres meses antes, a tiempo que no estaba hecha la renunciación del Estado; o si su entrada en la religión se hubiese dilatado tres meses, corría gran riesgo que el Padre General no le quisiese recibir por no privar a aquella casa de persona tan a propósito para el gobierno; o que los vasallos, que tanto le querían, le obligaran a no dejarlos; o que a él mismo, viendo a su hermano de tan pocos años y tan falta de experiencia, se le hiciera de mal entregarle el gobierno, y se determinara de quedarse algún tiempo con él, y después sabe Dios lo que sucediera; y por eso trazó Dios las cosas de suerte que entrase primero en la religión, y ya que lo vió puesto en salvo y libre de las obligaciones de su casa y Estado, quiso llevarse a su padre, con lo cual no se descubrió menos la providencia de Dios en esta muerte; porque habiendo sido siempre el Marqués un caballero muy dado a pretensiones de honras y grandezas mundanas para sí y para sus hijos y casa, con ocasión de haber entrado Luis en la religión hizo tal mudanza de vida, se dió a cosas de devoción, de suerte que po-

SAN LUIS GONZAGA

nía admiración a los que le veían. Dejó totalmente el juego, a que tenía tanta inclinación; todas las noches hacía que delante de la cama, en que estaba por la gota, le pusiesen un crucifijo que había dejado Luis, y allí rezaba los siete Salmos penitenciales, con las letanías, en compañía de uno que había sido camarero de Luis, y el Marqués le había recibido en su servicio.

A la letanía hacía que viniesen la Marquesa y sus hijos, y en estas oraciones eran tantas sus lágrimas y suspiros, que mostraban bien la moción y compunción interior de su alma. Después tomaba el Cristo en las manos, e hiriéndose el pecho, decía con muchas lágrimas: «Señor, misericordia; pequé, Señor, ten misericordia de mí.»

Después, llamando a D. Luis Cataneo, le llevó consigo a Nuestra Señora de Mantua, y allí hizo con él una confesión general de toda su vida con mucha exacción y dolor, como el mismo D. Luis me refirió, prosiguiendo de allí adelante en aquel fervor y devoción que había comenzado.

Viéndose después más apretado cada día de su enfermedad, se hizo llevar a Milán a ver si los médicos le hallaban remedio. Allí empeoró, de suerte que a pocos días llegó a lo último, y fué necesario que el P. Fr. Francisco Gonzaga (que todavía era General de su Orden y a la sazón estaba en Milán) fuese una tarde, ya después de anochecido, a visitarle y avisarle que se moría.

El Marqués, en viéndole venir en aquella hora,

SAN LUIS GONZAGA

adivinó lo que era, y le dijo que enviase un Padre de su casa, el que le pareciese más a propósito, porque se quería confesar; envióselo y confesóse aquella misma noche; el día siguiente volvió el Padre General a acordarle que hiciese testamento; hizolo, y habiendo cumplido con sus obligaciones, consolando a los suyos, que lloraban, y diciéndoles que antes debían alegrarse por la merced que Dios le hacía en llevarle en tan buena sazón, murió a los 13 de febrero de 1586, y su cuerpo fué llevado a Mantua, como él lo ordenó, y enterrado en la iglesia de San Francisco.

Guardaba Luis sus sentidos con tanto cuidado, que se puede decir de él con verdad que teniendo ojos no veía, y teniendo oídos no oía, y estando acá con el cuerpo, con el alma no estaba acá, sino en el Cielo. Cuando iba a los hospitales a servir los enfermos (que lo solía pedir muy a menudo), de ordinario se llegaba a los más asquerosos, y pasaba aquella hediondez sin hacer asco ni dar muestra ninguna de pesadumbre.

Mortificaba el sentido del tacto y castigaba su carne con disciplinas, cilicios, ayunos a pan y agua y otras penitencias y asperezas, que aunque eran muchas, no eran tantas como él quisiera, porque atendiendo a su flaqueza y delicadeza, no se le concedía todo lo que pedía, y no era poca mortificación y pena para él el no poder en esta materia hacer lo que deseaba. Hablando un día de esto con un Padre, le dijo que él en la religión

SAN LUIS GONZAGA

no hacía penitencia ninguna respecto de la que hacía en el siglo, pero que se consolaba con pensar que la religión es como una galera en la cual tanto andan los que por obediencia se están mano sobre mano, como los que trabajan y reman.

Un día de vigilia pidió licencia para ayunar a pan y agua; diéronselas, y sentándose a la mesa, reparó el Maestro de novicios que no había comido casi nada; quísole dar segunda mortificación, y mandóle que se volviese a sentar a segunda mesa y comiese lo que se diese a los demás; volvió por obediencia e hizo lo que se le había mandado. Acabada la mesa, uno que lo había reparado díjole por broma: —Dios sea en su alma, Hermano Luis; no me parece mala la traza del ayuno: comer poco la primera vez, para comer dos veces.— El, sonriéndose, respondió: —¿Qué quiere que haga? Como jumento soy ante Dios; pero siempre en su compañía, dice el Profeta.

La guarda de los oídos le hacía que nunca los diese a nuevas o pláticas inútiles, porque en tales ocasiones, si buenamente podía, metía otra plática; si por ser personas de respeto no podía, componíase y callaba de modo que se echaba de ver que no le daba gusto la plática.

En la guarda de los ojos fué extremado aun siendo seglar, como se ha visto, pero mucho más en la religión. Iban los novicios algunas veces al año a una viña por recreación, y Luis había ya ido a ella con los demás algunas veces. Sucedió

SAN LUIS GONZAGA

que, por no sé qué ocasión, fueron un día a otra diferente. A la vuelta preguntáronle en casa cuál de las dos viñas le contentaba más. Espantóse él mucho de la pregunta, porque había pensado que era la misma que las otras veces, siendo bien diferente el camino, el sitio, la casa y todo lo demás; después hizo reflexión y se acordó que en ésta había hallado una capilla que no había visto en la otra.

Tres meses había ya comido en el refectorio del noviciado, y aún no sabía el orden de las mesas; y así, enviándole un día el Padre ministro por no sé qué libro que se había dejado en el asiento del Padre rector, tuvo necesidad de informarse dónde era el asiento del Padre rector, porque no sabía ni aun donde se sentaban los sacerdotes.

Otra vez, habiendo ya estado algunos meses en el noviciado, fué a su Maestro de novicios con un escrúpulo que le daba mucha pena, y era que, acaso o sin querer, se le habían ido los ojos dos o tres veces a mirar lo que hacía uno que estaba junto a él, y temía no hubiese sido curiosidad.

El sentido del gusto parece que totalmente le había perdido, porque no hallaba sabor en los manjares, ni reparaba en que fuese bueno o malo, sabroso o desabrido. Lo que procuraba era echar mano de lo peor que le ponían, y en el ínterin que comía, tener el alma ocupada con algún buen pensamiento; y así, a más de atender a la lección

SAN LUIS GONZAGA

del refectorio, a mediodía pensaba en la hiel que le dieron a Cristo en la cruz; a la noche pensaba en la última cena, tan llena de misterios, que el Señor celebró con sus discípulos.

Sobre todo, fué notable el rigor que tuvo en la guarda de la lengua; tanto, que a quien no considerare los muchos daños que de ella nacen, y cuán fácil cosa es deslizarse en esta materia, le podría parecer que en ella nuestro Luis, no sólo había sido recatado, sino demasíadamente escrupuloso.

En las mortificaciones de la honra puso tanto mayor cuidado, cuanto le parecía más útil y necesario a las personas de entendimiento que las penitencias corporales; y así, con el ejercicio continuo de estas mortificaciones llegó a tal punto, que no tenía necesidad ninguna de vencerse para hacerlas.

Pedía muy a menudo ir por las calles de Roma con un vestido roto y su talega al hombro, pidiendo limosna; preguntándole si sentía vergüenza o repugnancia alguna en aquello, dijo que no; lo uno, porque ponía delante de los ojos el ejemplo de Cristo, el merecimiento y premio eterno que le corresponde, y esto bastaba para hacerlo sin repugnancia y con grande gusto; lo otro, porque, aun de tejas abajo, no hallaba allí materia de mortificación, porque los que me encuentren (decía él), o me conocen, o no me conocen; si no me conocen, no me importa lo que puedan pensar

de mí no siendo conocido; si me conocen, ellos se edifican y yo estoy tan lejos de perder, que gano mucho en su concepto, y puedo temer más el peligro de vanagloria, que el de mortificación, pues la pobreza tomada, no por necesidad, sino por voluntad, es cosa tan alta, que aun los mismos del mundo la tienen en gran veneración.

De aquí también nacía, cuando en las fiestas le enviaban por las calles de Roma a enseñar la Doctrina a los pobres y labradores, hacer aquel ministerio con tal gusto y tanta caridad, que edificaba grandemente, y algunas veces sucedía que Prelados grandes hacían parar los coches por verle y oírle. Una vez, entre otras, se encontró con un hombre que había estado seis años sin confesarse, y pegósele de suerte y hablóle con tal espíritu, que le redujo a hacer una buena confesión, y le envió a un Padre de la Casa Profesa que le confesase; y no fué éste sólo, porque otras veces envió otros a lo mismo.

Viéndole el Maestro de novicios tan circunspecto en todo, quiso una vez probarle sin que él lo supiese; hizole para esto compañero del refitolero por algunos días, mandándole que cuidase de barrer, limpiar y preparar el refectorio; juntamente ordenó al refitolero, que de propósito le mostrase mala condición, disgustándole y riñéndole a menudo, y ejercitándole todo el día la paciencia. El refitolero hizo con mucho cuidado lo que se le mandó; pero no fué posible que

SAN LUIS GONZAGA



SAN LUIS GONZAGA

Luis jamás se excusase o diese razón de lo que había hecho; de suerte que el compañero, espantado de tanta humildad y paciencia, apenas podía creer lo que veía con los ojos.

* * *

Los novicios de la Compañía en Roma, después que han estado algún tiempo en el noviciado de San Andrés y han comenzado a entrar en camino y acostumbrarse a la disciplina religiosa, suelen los superiores enviarlos por una semana, o por un mes, a la Casa Profesa, en donde tienen su habitación aparte, y se ocupan en ayudar las Misas, en leer en el refectorio y en otras cosas a este tono, como las hicieran en el noviciado.

Había ya estado Luis casi tres meses en el noviciado, cuando el Padre rector le envió a la Casa Profesa, que fué para él de grande consuelo. Porque era tanta la devoción que tenía al Santísimo Sacramento, por la cual, aun cuando estaba en el siglo en casa de su padre, tenía particular gusto en ayudar a Misa, que viendo ahora que le daban esto por oficio tan de propósito, túvolo a muy buena dicha, y como tal se alegró mucho con esta obediencia.

La devoción que tuvo al Santísimo Sacramento fué cosa tan sabida de todos los que le trataron, que cuando en Roma se trató de pintar su imagen, fué parecer de muchos que se debía pintar

SAN LUIS GONZAGA

adorando el Santísimo Sacramento. Nacióle esta devoción de los consuelos y sentimientos particulares que recibía al tiempo de comulgar, lo cual no se le hará nuevo a quien considere la pureza de aquella alma santa y el cuidado y diligencia que ponía en prepararse para la Comunión.

Tomaba una comunión por preparación para otra, y demás de otras devociones que usaba, tenía distribuídos los días de la semana de esta manera (1): los tres primeros, conviene a saber, el lunes, martes y miércoles, los repartía en las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad, agradeciendo a cada una de por sí la merced recibida en haber comulgado el domingo pasado; los otros tres siguientes, jueves, viernes y sábado, repartía del mismo modo entre las mismas Personas, pidiendo a cada una de por sí que le diese la gracia para llegar dignamente al domingo siguiente a aquella divina Mesa. Además de esto, todos los días, a sus horas señaladas, se iba muchas veces a la iglesia o al coro a visitar al Santísimo Sacramento y tener un rato de oración en su presencia.

La víspera de la Comunión todas sus pláticas y conversaciones eran de este misterio, del cual hablaba con tal espíritu y fervor, y era ya ésta cosa tan sabida, que siempre que alguno deseaba comulgar entre semana con particular devoción, buscaba traza el día antes de hablar con Luis y

(1) Recuérdese que entonces no era costumbre comulgar diariamente.

meterle buenamente en pláticas de esta materia. Con este pensamiento se acostaba el sábado, y la mañana, en despertando, continuaba al punto con el mismo; luego tenía una hora de meditación de la misma materia; al cabo de ella iba a la iglesia a oír Misa con notable reverencia.

En comulgando se retiraba a un rincón, y por un gran rato parecía que estaba totalmente abstracto, y que con gran dificultad se podía levantar y dejar aquel puesto; allí se le bañaba el corazón de dulzura y se le llenaba el alma de fervorosos afectos de amor. El resto de la mañana pasaba en santo silencio y en oración, ya vocal, ya mental, y a ratos leyendo algún punto devoto de San Agustín o de San Bernardo.

Viéndole el P. Jerónimo Plati tan dado a la oración y a los ejercicios espirituales, mandóle, por distraerle algo, que a mediodía y a la noche, después de primera quiete, se quedase otra media hora con los que habían comido a segunda mesa, aunque él fuese de primera; obedeció él, pero el ministro, que no sabía nada de esta orden, hallándole a segunda quiete, le dió una penitencia pública en refectorio, haciéndole decir su culpa de haber quebrado la regla que manda guardar silencio fuera de aquella hora que se señala para recreación después de comer.

Cumplió él su penitencia sin excusarse ni decir la orden que tenía del Maestro de novicios, y prosiguió cumpliéndola de la misma manera, que-

dándose a segunda quiete como se lo habían mandado. Hallóle el ministro segunda vez, y espantado, dióle otra penitencia de nuevo; la cual él cumplió sin decir más que la primera vez.

Después de comer llamóle el P. Plati y díjole que había escandalizado a los Padres viendo a un novicio dos veces seguidas penitenciado por la misma falta; preguntóle por qué no había dicho al ministro que tenía licencia y orden para hacer lo que hacía.

Respondió a esto, que ya se le había ofrecido que callando quizá se escandalizarían de su falta; pero que, por otra parte, temía que en el excusarse se escondiese algo de amor propio y que con aquella capa quería huir la penitencia, y así se había resuelto en callar aquellas dos veces, con intento de excusarse a la tercera, si volviese el ministro, por no causar más escándalo con su silencio.

A las tardes solía ir a acompañar algún Padre algunas veces a las cárceles, otras a los hospitales; y mientras los Padres confesaban los enfermos o los presos, él estaba catequizando y disponiendo otros. Si se quedaba en casa, se ocupaba en barrer o en otros oficios bajos.

Una vez, entre otras, estaba con los otros novicios en una solana cogiendo la ropa blanca y doblándola; habiendo estado allí un rato, acordóse que aquel día no había leído en San Bernardo, como solía todos los días. Vínole deseo de ir

SAN LUIS GONZAGA

a cumplir con su devoción, y aunque podía ir libremente después de haber estado un rato en aquel oficio, no se quiso ir, diciendo a su pensamiento: si vas a leer en San Bernardo, ¿qué otra cosa sacarás de la lección sino que es bueno obedecer? Pues haz cuenta que lo has leído, y estáte más tiempo obedeciendo. De las Reglas era tan observante, que por ningún respecto se dejó vencer a faltar en ninguna, por mínima que fuese.

Un día, estando en la sacristía, fué allá el señor Cardenal de la Róvere, su pariente, a hablarle; él se excusó humildemente, diciendo que no tenía licencia; de que quedó el Cardenal grandemente edificado, y no quiso hablarle hasta tener licencia del Padre General. Finalmente, procedió en todo tan ejemplarmente, con tanta edificación y perfección, que de toda la casa era amado con particularidad y tenido por santo; estuvo allí cerca de dos meses, y al cabo volvió al noviciado de San Andrés.

* * *

Al tiempo que San Luis era novicio en el noviciado de San Andrés de Roma, era Rector de aquella casa, y juntamente Maestro de novicios, el P. Juan Bautista Pescador, persona de rara virtud y perfección.

A este Padre tenía San Luis particular respeto y amor, no sólo como a su superior, a quien tenía

SAN LUIS GONZAGA

en lugar de Dios, sino también como a persona en quien hallaba tan sumo grado de perfección religiosa, y como a tal, le había tomado por dechado a quien imitar; y así, le observaba sus acciones y palabras todas, y le descubría todo el interior de su alma para que le enderezase y enseñase.

El Padre también gustaba mucho de tratar y comunicar con aquella alma tan pura de Luis, hallándola tan capaz de cualquier semilla y tan llena de Dios y de sus gracias, que si el buen Padre antes de morir nos hubiera podido decir lo que sabía en esta parte, supiéramos, sin duda, mucho más de San Luis de lo que sabemos.

Sucedió, pues, que por el otoño de 1586 enfermó este Padre y comenzó a echar sangre por la boca. Por esta razón el Padre General se resolvió de enviarle a Nápoles, pensando que la mudanza del aire le haría volver en sí. Estando ya resuelta su ida, preguntó el Padre a Luis un día, como se suele, si iría de buena gana con él. Luis, sin más reparar, dijo que sí. Después, cuando el Padre se hubo de partir, quiso el Padre General que se llevase consigo tres novicios que eran los más achacosos del noviciado, para ver si la mudanza del aire les aprovechaba; uno de éstos fué Luis, a quien deseaban hallar algún remedio para los dolores de cabeza.

Cuando él supo que había de ir a Nápoles, desconsolóse grandemente por temer si había dado

SAN LUIS GONZAGA

él alguna ocasión de su parte a aquella jornada por haber respondido al Padre que sí y dicho que iría de buena gana, habiendo de responder, como él decía, que haría lo que le mandasen, sin mostrar inclinación ni aversión; si bien el Padre General no se había movido por su dicho, sino sólo por juzgar que convenía para su salud.

Escarmentado de este caso, se determinó de allí adelante, no sólo mostrarse siempre indiferente en todo, sino de aconsejarle a todos que nunca dijese de sí, ni de no, sino remitirse a la obediencia; y así contó a muchos en diferentes ocasiones su escrúpulo y la pena que le había dado, añadiendo que sentía notable desconsuelo en hacer su voluntad.

Partieron de Roma a los 27 de octubre del mismo año, despidiéndose Luis de su vista desde un montecillo, con la antífona y oración de San Pedro y San Pablo, que dijo con gran devoción. Iba el Padre en una litera, por orden de los médicos, por el achaque del pecho, y habiendo de ir uno de los novicios dentro y los otros dos a caballo, hizo Luis cuanto pudo por ceder aquella comodidad a otro compañero, queriéndose él privar de la comunicación espiritual de su maestro, que estimaba en mucho, por acomodar a sus compañeros; pero como él era el más necesitado de todos, no le cumplieron su deseo, antes le obligaron a ir en la litera con el Padre.

Allí supo hallar traza de mortificarse, porque

SAN LUIS GONZAGA

tomando la ropa, la cogió a modo de bola, hizo de ella un bulto y se sentó encima, de suerte que iba en la litera mucho más desacomodado que si fuera a caballo; rezaba siempre el Oficio divino con el Padre por el camino, platicaba con él de cosas espirituales largamente, y proponíale diferentes dudas, procurando enriquecerse de avisos y reglas que le sacaba.

En las posadas, todo su cuidado era acomodar a sus compañeros, dándoles lo mejor y tomando para sí lo peor. Al fin de la jornada dijo a sus compañeros llanamente que más le habían valido aquellos pocos días y más había aprendido con la comunicación de aquel Padre y con ver el trato que tenía con los seglares, que en muchos meses de noviciado.

Llegaron a Nápoles a 1 de noviembre, y porque entonces se da principio a los estudios, les pareció a sus superiores que después de haber descansado Luis algunos días oyese el tercer año de Artes, porque el primero y segundo ya los había oído en el siglo, como dijimos.

Aquí cayó Luis enfermo de una erisipela, con calentura, que le tuvo en la cama más de un mes, con peligro grande de la vida. En esta enfermedad se descubrió bien su paciencia, teniendo siempre, en medio de gravísimos y continuos dolores, el rostro alegre, hablando con los que le visitaban con apacibilidad y humildad grande. Después que convaleció de aquel accidente y se echó

SAN LUIS GONZAGA

de ver que no le hacía provecho aquel aire, antes se le aumentaba cada día el dolor de la cabeza, mandó el Padre General que volviese a Roma, adonde se partió a los 8 de mayo de 1587, habiendo estado en Nápoles sólo medio año.





XI

Estudiante en el Colegio Romano.

PROSIGUIÓ Luis en Roma el tercer año de Artes, y a pocos días se vió lo bien que estaba en la Lógica y Filosofía, y a más de eso, se adelantó tanto en la Metafísica, que juzgaron los superiores que podía muy bien defender un acto general de toda la Filosofía y Metafísica en público, como se suele hacer.

Imprimiéronse las conclusiones universales, y a seis meses que estuvo en el Colegio Romano, las defendió. Quisieron hallarse presentes los Ilustrísimos Cardenales de la Róvere y Mondeví y Gonzaga, con otros Prelados y señores de Roma, y por esto no se tuvieron en el general de Teología, como las otras de los nuestros, sino en la sala grande de las Escuelas. Defendiólas con aplauso

SAN LUIS GONZAGA

universal de todos y con particular aprobación de aquellos ilustrísimos señores, que se espantaban grandemente de que se hubiese adelantado tanto en tan poco tiempo y con tantos achaques y enfermedades.

Ya que hemos tocado estas conclusiones, dos cosas en particular podemos añadir de ellas. La una es que antes de defenderlas se halló muy perplejo en si sería bien responder aposta mal para humillarse y mortificarse en aquella ocasión. No se atrevió a resolver por sí mismo esta duda, y así se aconsejó con el P. Mucio de Angelis (que era uno de los lectores de Arte de aquel Colegio, y junto con ser muy docto, era persona muy espiritual y con quien Luis comunicaba mucho en semejantes materias); éste procuró divertirle y disuadirle con buenas razones, pero cuando vino la ocasión, se le hacía muy de mal perder la que se le ofrecía de mortificarse, y le volvió con nuevos ímpetus aquel deseo; pero, al fin, no se quiso guiar por su juicio, sino dejarse gobernar por el ajeno y rendirse a las razones que aquel Padre le había traído, y con eso se determinó de responder lo mejor que supiese.

La otra cosa fué que, sintiendo él sumamente el verse alabar, un cierto doctor que entre otros le argüía, hizo antes del argumento no sé qué arenga alabando su persona y la antigüedad de su casa y otras cosas a este tono; corrióse el pobre Luis, de suerte que los que le veían y co-

nocían la condición, le tenían hasta compasión del mal rato que pasaba. El señor Cardenal de Mondeví, en particular, notó cuán colorado y vergonzoso se había puesto, y lo alabó grandemente. Luis respondió al argumento de aquel doctor con mucho disgusto y medio enojado consigo mismo.

Acabado el curso de Artes, entró luego a oír su Teología, en la cual, en el discurso de los cuatro años que oyó, alcanzó diversos maestros italianos y españoles, todos lectores antiguos y de muchas letras. Teníales Luis grande respeto; hablaba de ellos con grande estima; no se le vió jamás juicio contrario a sus opiniones o al modo de leer y de dictar, ni tratar de si eran largos o breves, o cosas semejantes, sino estimando y alabando todas sus cosas.

Tenía San Luis muy buen ingenio y muy claro, junto con madurez de juicio, como todos lo veíamos y sus mismos maestros lo confesaban, y vez hubo que alguno de ellos dijo que ningún estudiante le había dado que pensar para responderle sino el Hermano Luis Gonzaga con una dificultad que le había puesto. Añadíase al ingenio el cuidado con que estudiaba, cuanto las fuerzas y los superiores le permitían.

Antes de ponerse a estudiar se hincaba siempre de rodillas y tenía un poco de oración. Su modo de estudio no era leer muchos autores o cartapacios, sino tener muy vistos los de sus maestros y

pensar despacio sobre ellos. Las dificultades que se le ofrecían, si no las podía soltar por sí mismo, apuntábalas y proponíalas al maestro en las conferencias después de haber argüído los otros y propuesto las suyas. O bien, ya que tenía cantidad de dudas, aguardaba a tiempo que no estorbaba a los maestros, e íbase a sus aposentos y preguntábaselas. Hacía esto hablando siempre en latín y con el bonete en la mano, si no le obligaban a cubrirse; en habiéndole respondido, al punto se volvía a su aposento.

Argüía y defendía siempre que el bedel le avisaba, y él se ofrecía de suyo para que le avisase siempre que le faltase el arguyente; en argüir y responder se echaba de ver su ingenio, porque en uno o dos silogismos tocaba el punto de la dificultad sin dar una mínima señal de ostentación o de querer parecer más que los otros.

Argüía con modestia y eficacia, sin picar, sin alterarse, sin voces; dejaba al respondiente hablar y declararse sin interrumpirlo, y en viendo suelto el argumento, luego lo dejaba. Iba siempre antes que se tocase a lección a visitar al Santísimo Sacramento, y lo mismo hacía a la vuelta por la mañana y por la tarde.

Su modestia y compostura al ir y volver de las escuelas era singularísima; tanto, que muchos estudiantes seculares se paraban en el patio de las escuelas por verle pasar, y se edificaban grandemente. Nacióle esto de aquel exterior tan com-

SAN LUIS GONZAGA

puesto, que movía a devoción y compunción a los que le miraban.

Al ir y venir de las escuelas y en las lecciones y disputas, jamás le oyeron hablar ni una palabra con ninguno, ni seglar ni de casa, guardando siempre con suma exacción el silencio.

Viéndole los superiores tan flaco y enfermo, no quisieron permitir que escribiese las lecciones en el General, principalmente que, no estando acostumbrado, no podría seguir al paso y priesa con que dictaban; por esto, le ordenaron hiciese que algún escribiente le escribiese las lecciones, y él obedeció. Pero porque no le parecía bien que los que, por estar achacosos, usaban de escribientes pagasen ellos por su mano al escribiente, lo cual decía que podía tener algunos inconvenientes contra la puridad de la pobreza, él jamás le quiso pagar, sino enviábale al depositario común del Colegio, sin quererse meter en más embarazos. Prestaba de buena gana estos cartapacios al primero que se los pedía, y hasta que se los volvían no hablaba palabra sobre ellos.

A los últimos años de sus estudios, temiéndose que el usar de escribiente parecería quizá a alguno que nacía más de entonamiento o demasiada comodidad que de necesidad, hizo instancia a los superiores para que le dejasen escribir sus lecciones en el General, y supo alegar tantas razones y congruencias para ello, que al fin sacó la licencia.

Pero, porque no podía alcanzar a los demás

SAN LUIS GONZAGA

por la priesa con que se dictaba, usó de esta traza: que atendía un rato a lo que decía el maestro, y luego, reduciéndolo a menos palabras, lo escribía, y después veía por los cartapacios de los discípulos si se le había quedado algo en la substancia, queriendo pasar todo este trabajo sólo por dar buen ejemplo y edificación a los demás. No consentía ni quería en su aposento libro ninguno de que no tuviese ordinariamente necesidad, pareciéndole no decir bien con un religioso pobre tener consigo libros de que no se hubiese de servir sino raras veces, pudiendo ésas ir con alguna incomodidad a verlos a la librería común.

Había ya estado dos años enteros en la Compañía, y estando bien satisfecha de él la religión, y él también de ella, habiendo hecho algunos días de ejercicios espirituales, hizo sus votos de pobreza, castidad y obediencia a los 25 de noviembre, día de Santa Catalina, de 1587, en la capilla de la nueva habitación, que cae sobre los estudios; diciéndole la Misa el Padre Vicencio Bruno, que a la sazón era Rector, y le comulgó y recibió sus votos.

En los primeros meses del siguiente año de 1588, recibió las Ordenes menores y prosiguió siempre con una vida ejemplar, llena de todas las virtudes que en un clérigo religioso se pueden desear.

Con una profunda humildad, juntaba una perfectísima obediencia, de la cual basta decir que



SAN LUIS GONZAGA

no se acordaba jamás haber ido en cosa ninguna contra, la voluntad de los superiores, ni contra sus órdenes, y lo que es más, ni haber tenido voluntad, ni inclinación, ni primer movimiento en contra, si no era acaso alguna vez cuando le quitaban sus devociones, que aunque, de ordinario, ni aun entonces tenía movimiento contrario, pero si alguna rara vez le venía en tal ocasión, lo reprimía luego con suma diligencia y presteza.

Nacióle esta perfección de la obediencia de tener siempre a los superiores en lugar de Dios y mirarlos con esos ojos; y así, decía que, corriéndonos obligación de obedecer a Dios, y no pudiendo saber su voluntad ni recibir las órdenes inmediatamente de su boca, ponía Dios en la tierra sus vicarios e intérpretes, que son los superiores, por cuyo medio nos intima sus órdenes, y así quiere que les miremos como a nuncios y embajadores suyos que nos traen sus recados.

De esta persuasión que tenía, le nació el respeto y reverencia con que trataba a los superiores todos y la devoción que les tenía, por mirarlos como a mensajeros de Dios e intérpretes de su divina voluntad; de aquí le nació el gusto que hallaba en sus órdenes, siendo para él todos los superiores iguales, ahora fuesen ínfimos, ahora supremos, doctos o indoctos, santos o imperfectos, calificados o faltos de todas calidades, porque a todos los miraba con los mismos ojos de mensajeros y criados de Dios.

Cuando el superior le reprendía, luego se componía y se estaba descubierto, los ojos bajos, oyendo lo que le decía, sin excusarse ni contradecir en nada. Reprendiéndole una vez un superior por no sé qué descuido en que caía por andar tan abstracto de los sentidos, él se avergonzó de manera que se desmayó. Apenas volvió en sí, cuando se hincó de rodillas y comenzó a pedir perdón de aquel descuido de que le reprendían, con tantas lágrimas y tal humildad, que no había remedio de hacerle levantar del suelo.

A la misma virtud de la obediencia pertenece la observancia de la Reglas, en la cual fué Luis tan exacto, que a alguno le pareciera quizá demasía, porque no se acordaba de haber jamás quebrado regla ninguna voluntariamente por mínima que fuese; todas las guardaba con tanto rigor y puntualidad como si en la falta de cualquiera temiera algún peligro y daño notable.

Procedía en este punto con gran libertad con todos, ahora fuesen religiosos, ahora seglares, por más autoridad que tuviesen. Envióle el Superior un día a visitar al señor Cardenal de la Róvere, su pariente; convidóle el Cardenal a que se quedase con él a comer; respondió Luis: «Señor Ilustrísimo, no puede ser, porque es contra una regla nuestra.» Quedó el Cardenal muy edificado de la respuesta, y de allí en adelante no le pedía cosa que no añadiese la condición: si no es contra regla; y decía el mismo Cardenal al Padre rector

del Colegio Romano, que hablaba con este recato y advertencia por no ofender la delicada conciencia de Luis y por cooperar a la gracia del Espíritu Santo, que estaba en él.

Estaba un día con otro en un aposento, y queriendo el compañero escribir una carta, y faltándole el papel, pidió a Luis medio pliego; acordóse él de una regla que prohíbe dar o prestar sin licencia, e hizo del que no había entendido. Salió luego del aposento y fué a pedir licencia al Padre ministro, y volviendo, con buena gracia dijo a su compañero: — Paréceme que me pidió antes papel; vele aquí. — Esto le sucedió muchas veces.

Finalmente, no se puede encarecer más el cuidado que tuvo en guardar las Reglas, que con decir que en todos los años que estuvo en la religión no quebrantó jamás la regla del silencio ni la del hablar latín el tiempo que fué estudiante, siendo tan ordinario y tan fácil el faltar en la una y en la otra.

De la pobreza era grandemente enamorado, hallando en ella más gusto que los avarientos hallan en las riquezas; y si estando aún en el siglo la estimaba tanto que gustaba de andar vestido pobremente, como vimos, bien se deja entender lo que se perfeccionaría en la Compañía, a quien él solía llamar la casa propia de la santa pobreza.

Aborrecía como la muerte cualquier cosa que pudiese oler a propiedad. Sus vestidos eran siempre de los que estaban para uso común de todos;

no tenía libro para el uso con licencia de llevarle a otro colegio; mucho menos reloj, estuche, ni aun cosas de devoción quería tener, ni para dar ni que se las diesen a él.

No quiso jamás tener relicario de ningún modo, ni rosario de precio, ni imagen o cuadro particular; sólo tenía las imágenes que hallaba en el aposento, o cuando mucho, una estampa de papel de Santa Catalina, virgen y mártir, por haber entrado en su día en la religión, y otra, también de papel, de Santo Tomás de Aquino, cuya doctrina estudiaba, y éstas a pura fuerza que le habían hecho para que las tomase con licencia del Superior.

Holgábase grandemente de tener siempre lo peor, y cuanto era de su parte, siempre que podía lo hacía.

Muchas veces contó a su confesor por privilegio y merced grande de Dios, que, en la distribución de las cosas de ordinario le tocaban las peores, y éste contaba él entre los favores más particulares que Dios le hacía por el afecto grande que tenía a la santa pobreza; vivía en la religión con tanto recogimiento como si de hecho hubiera sido algún pobre mendigo que de pura compasión le hubieran recogido en casa, y con eso tenía por gran caridad cualquiera cosa que se hiciese con él. En la mesa, si había algo que le hiciese mal, dejábalo con tal arte que no lo echasen de ver los que le servían, porque no le trajesen otra cosa.

En lo que toca a su castidad, no es menester decir más de que conservó la joya de su virginal pureza con aquella excelencia y prerrogativas tan grandes como vimos.

En sus palabras era sumamente amigo de verdad, claro y sencillo, que todos estaban ciertos que su sí era sí, y su no era no, sin peligro de equivocación o disimulación; porque solía él decir que el usar de equivocación en las palabras, los artificios, las dobleces, las disimulaciones, en el siglo destruyen el comercio humano, y en la religión son el veneno de la simplicidad religiosa y la única peste de la juventud, y añadía que tales cosas dificultosamente se juntan con verdadero espíritu de religión.

En lo que toca a la mortificación, era tan inclinado y tenía tantas ansias por hacer penitencias, que si los superiores no le hubieran tirado el freno, hubiera acabado mucho más presto consigo, porque el fervor le llevaba donde no alcanzaban las fuerzas.

Espantábanse algunos que sabían su poca salud, de que no hiciese escrúpulos de importunar tanto a los superiores por más penitencias; excusábase él con decir que el Superior sabía sus fuerzas, y que, con eso, lo que él le concediese sería voluntad de Dios, y lo que no lo fuese, el Superior lo negaría.

Añadía que algunas veces bien sabía él que le había de negar lo que pedía, pero ya que no

podía hacerlo como deseaba, quería a lo menos ofrecer a Nuestro Señor su deseo y representarlo al Superior, pues aquel acto no podía hacerle daño, sino mucho provecho; y, entre otros, era éste de humillarse a las veces, porque algunos, maravillados de él, juzgaban que le faltaba conocimiento de sus fuerzas; y tal vez permitía Dios que le concediesen cosas que nadie pensara que se las habían de conceder.

Solía decir que él era como un hierro torcido, que había venido a la religión a enderezarse con el martillo de las mortificaciones y penitencias. Y porque algunos decían que la perfección consiste en lo interior, y que más importa disciplinar la voluntad, que no el cuerpo, él respondía: Que todo es menester, y que así lo habían hecho los Santos antiguos y nuestros primeros Padres, especialmente su Santo Padre Ignacio, que fué tan dado a estas penitencias y se trató con tanto rigor, como se lee en su Vida; y dejó escrito en sus Constituciones que a los profesos e incorporados en la Compañía no se les señalaba regla determinada de vigiliias, ayunos, disciplinas, oraciones y penitencias, porque se suponía que habían de ser tales y tan inclinados a estas cosas, que más tuvieran necesidad de freno que de espuelas, cuando no entendiesen que las penitencias corporales les habían de estorbar las otras del espíritu.

Añadía más: que el tiempo mejor para estas

SAN LUIS GONZAGA

penitencias, es el de la juventud, cuando hay salud y fuerzas para ellas, porque después crecen los achaques y faltan las fuerzas; y así los Santos, en la vejez, cuanto añadían de ejercicios mentales, quitaban de penitencias, si bien nunca las dejaban del todo.

Cuando el Superior le negaba alguna penitencia, recompensábala con otra obra espiritual, como era leer un capítulo del Kempis, visitar el Santísimo Sacramento, u otra cosa semejante; no perdiendo ocasión en el andar, en el sentarse, o estar en pie, en que no buscase alguna incomodidad para mortificar el cuerpo. Y porque a las veces los Superiores, viéndolo tan flaco, le quitaban los cilicios, las disciplinas y ayunos extraordinarios, él procuraba hallar otras mortificaciones que no hiciesen daño a la salud ni fuesen contra la voluntad de los superiores, y se las proponía él.

Basta decir de sus mortificaciones y penitencias, que eran tantas y con tan poco cuidado de su salud, que muchos le dijeron que temían que a la hora de la muerte había de tener escrúpulo de haber tratado con tanto rigor su cuerpo, y que quizá lo pagaría en el Purgatorio; pero él dió satisfacción de esto en su última enfermedad, como veremos.

En la mortificación de las pasiones no tenía necesidad de mucho cuidado, pues las tenía tan rendidas, que parecía carecer totalmente de ellas. El estudio y cuidado suyo era examinar los mo-

SAN LUIS GONZAGA

vimientos todos de su alma, y cuando hallaba falta en alguno, no se congojaba demasiado, sino humillábase luego delante de Dios y pedía perdón a la divina misericordia, proponiendo de confesarse, y con aquello no le daba más pena.

Su cuidado era examinar la raíz y fuente de sus pensamientos y deseos, para ver si era culpable, y esto le daba pena hasta hallar la verdad para poderse confesar bien. Su confesión era clara, breve y sin escrúpulos, y como refiere el Padre Roberto Belarmino (que era su confesor), sabía decir el punto y término a que había llegado el pensamiento, la acción, el deseo, tan clara y distintamente como si lo estuviese viendo con los ojos: tanta era la luz para conocer lo interior de su alma.

Deseaba mucho que le diesen reprensiones públicas, y para eso daba al Superior una lista de sus faltas; pero viendo que, en vez de reprenderle, le alababa, y que aquellas faltas no le parecían faltas, antes de allí tomaba ocasión de decir sus virtudes, se resolvió a lo último de no pedir reprensiones, diciendo que por aquel camino más era lo que perdía que lo que ganaba.

Hacía grande estima de los Ejercicios espirituales del Santo Padre Ignacio, no sólo como de medio utilísimo para convertir pecadores, sino también como de instrumento muy eficaz para renovar el fervor y adelantarse en espíritu las personas religiosas. Y así, cada año, por vacacio-

SAN LUIS GONZAGA

nes, se recogía algún tiempo a hacer estos Ejercicios.

Amaba ternísimamente a Dios nuestro Señor; y en hablándose de Él en su presencia, se enternece de suerte que se le veía en la cara, y esto en todo tiempo y en todo lugar. De aquí le nacía una encendida caridad con sus prójimos; ésta le hacía ir muy de ordinario a los hospitales a servir los enfermos hasta hacerle morir en la demanda, como veremos; cuando allá iba, hacía las camas, dábales de comer, lavábales los pies, barría la enfermería, exhortábales a tener paciencia y confesarse.

No paraba su caridad en ayudar los cuerpos; con más fervor deseaba ayudar las almas, de cuya salvación tenía ardentísimo celo, y si a los superiores les pareciera, fuera con grande gusto a Indias para emplearse en la conversión de los gentiles, que era lo que en el siglo y en la religión siempre deseó.

Y porque en el tiempo de sus estudios no podía atender tan de propósito al trato de los prójimos, él en este tiempo procuraba ayudar siquiera a las almas de sus discípulos y hermanos de las puertas adentro de la religión; ayudándose para eso de muchas trazas y de la prudencia grande que Dios le había dado.

Con este fin, además del buen ejemplo que daba a todos con su santa vida y el fruto que con él hacía, preguntó al Padre rector si le parecía

SAN LUIS GONZAGA

que se encargase de procurar que en las quietes del mediodía y de la noche se hablase siempre de cosas espirituales y se atajasen las otras pláticas, no digo de cosas ociosas e impertinentes (que éstas nunca se permiten), sino también de cosas indiferentes y de estudios; y teniendo la aprobación del Superior, dió parte de este su deseo al Prefecto de las cosas espirituales, rogándole que él de su parte ayudase este intento, y finalmente, lo encomendó mucho a Nuestro Señor.

Cuando se hallaba con Padres y personas graves, solía preguntarles alguna duda espiritual, con deseo de aprender; con esto metía plática de Nuestro Señor en el corro, y los presentes echaban de ver que él no gustaba de otras pláticas, y por darle gusto la continuaban, cortando todas las otras, aunque estuviesen comenzadas, y aunque fuesen superiores los que allí se hallaban; si se juntaba con personas iguales, si éstos eran de los que había metido en el concierto, no había dificultad; si eran los otros, él buscaba ocasión con que introducir cosa espiritual o alguna materia devota; y como todos eran buenos religiosos, deseosos de su aprovechamiento, fácilmente se dejaban llevar y seguían el hilo de la conversación.

Cuando venía alguno de nuevo a estudiar al Colegio, del noviciado o de otra parte, procuraba mucho, por sí mismo o por medio de otro que hubiese sido compañero o connovicio del recién



ARRIBAS

SAN LUIS GONZAGA

venido, conservarle en el fervor y buen espíritu que traía del noviciado; de manera que la recreación y la quiete era como una conferencia espiritual, y muchos confesaban que sacaban tanto fruto de ella, y a veces mayor que de la misma oración, principalmente que algunos con llaneza se comunicaban allí los sentimientos que Dios les daba en la oración, y con eso los unos participaban de la luz de los otros.

Hacíase todo esto con tanta suavidad y gusto de todos, que no venía contento a su aposento el que aquel día con alguna ocasión no había tratado en la quiete de estas materias. Estas eran las pláticas cuando iban al campo a hacer ejercicio, cuando iban a la viña los días de asueto, y no parece que podían tener mejor rato que cuando se apartaban dos, o tres, o cuatro juntos para hablar de Dios y de las cosas del Cielo.

Por las vacaciones de septiembre y octubre, cuando se dejan las lecciones y los estudiantes del Colegio Romano van algunos días a Frascati para desahogarse de los estudios, juntamente pedían licencia y se llevaban consigo, quien a Kempis, quien la Vida de San Francisco y la de Santa Catalina de Sena, o la de nuestro santo Padre Ignacio; unos leían la Crónica de Santo Domingo, otros la de San Francisco; éstos gustaban de las Confesiones y Soliloquios de San Agustín, aquéllos de los Cantares de San Bernardo; algunos más espirituales, gustaban más de la Vida de la Beata

SAN LUIS GONZAGA

Catalina de Génova; otros que eran más inclinados al desprecio de sí mismos, leían la del Beato Jacopone y la del Beato Juan Columbino. Llena el alma de esta lección, se salían a la mañana y a la tarde, de dos en dos o de tres en tres, a hacer ejercicio por aquellas montañas, platicando lo que habían leído.

Tal vez se encontraban diez o doce juntos por aquellos bosques y selvas, y se paraban a tener una conferencia espiritual, con tanto gusto, con tanta devoción y fervor, que parecían otros tantos ángeles del Cielo; de suerte, que la ida a Frascati no menos restauraba las fuerzas del alma que las del cuerpo, y los unos servían a los otros de ejemplo y de espuelas para servir a Dios.

De todo esto, después de Dios, se debía la gloria a Luis, como a principal motor; por eso todos con razón le amaban y veneraban con particular devoción; todos le seguían y buscaban para hablarle y oírle, y cuando no le podían haber, lo sentían por lo que perdían. Esta fué la vida de Luis en el Colegio Romano los primeros dos años y medio que allí estuvo, y estos son los efectos que con ella obraba.



XII

Es enviado a su tierra por asuntos graves de familia.



HABIENDO sucedido en Mantua la muerte del señor Horacio Gonzaga, Señor de Solferino, aquel feudo venía a su sobrino el Marqués Rodolfo, como a pariente más cercano por legítima sucesión. Pero habiendo aquel señor en su testamento dejado por heredero al Serenísimo Sr. Duque de Mantua, S. A. tomó posesión de aquel señorío. Con esta ocasión, la Marquesa de Castellón, doña Marta, fué a Praga, dejando el gobierno de Castellón al Marqués Rodolfo, y llevó consigo otros tres hijos pequeños que tenía.

Envió el Emperador un comisario suyo, que en su nombre embargase y administrase aquel feudo hasta que S. M. declarase por sentencia definitiva

a quién pertenecía de derecho. Vióse la causa y salió la sentencia en favor del Marqués Rodolfo, declarando pertenecerle como a pariente más cercano. Pero en el ínterin no faltaron algunos que con siniestras informaciones atizaron el fuego, haciendo que cuanto había sido mayor el amor entre aquellos señores, fuese mayor la enemistad presente.

Pusiéronse de por medio para reconciliarlos algunos personajes de mucha importancia. Viendo la cosa reducida a tales términos, deseosos de paz y de evitar escándalos, se pensó que no podía haber mejor medianero en aquel caso para pacificar aquellos señores que el Hermano Luis, sabiendo, por una parte, lo mucho que el Duque le amaba, y por otra, la autoridad que tendría con el Marqués, su hermano, pues le había dado todo lo que tenía.

Al principio, Luis no salió a ello por no meterse en aquellos enredos y perder su paz y el hilo de la observancia regular, con que tan bien se hallaba. Después lo pensó más, encomendólo mucho a Dios nuestro Señor, y pidió a otros que hiciesen lo mismo; y aconsejóse con el Padre Roberto Belarmino, que era su confesor.

Había oído ya Luis dos años de Teología, y por ser vacaciones, estaba a la sazón en Frascati con otros muchos, cuando fué allá el Padre Belarmino con la orden del Padre General en que le mandaba volver a Roma, para irse luego a

Mantua y a Castellón; en recibiendo esta orden, no tardó más de un cuarto de hora en partirse.

Llegado a Roma, y recibida la orden de partirse, fué primero a despedirse de los Cardenales sus parientes; estando con el Cardenal de la Róvere, por la gran flaqueza de cabeza y extenuación de cuerpo, se desmayó, y le hubieron de echar en la cama del Cardenal, el cual le reprendió por tanta mortificación y penitencia, exhortándole a que tuviese más cuidado de su salud; pero él respondió que no hacía todo lo que debía para cumplir con su obligación.

Diéronle por compañero un Hermano coadjutor muy cuerdo, a quien los superiores encargaron mucho que cuidase de la salud de Luis, y a él le mandaron que obedeciese a su compañero en todo lo que tocase a ella.

El Padre Ludovico Corbinelli, sabiendo lo mucho que Luis padecía de la cabeza, hizo cuanto pudo porque llevase un quitasol; pero no fué posible acabarlo con él.

La mañana que se había de ir le trajeron al aposento unas botas que habían sido de una persona principal; cuando se las quería poner, dijo uno acaso: Estas botas fueron de tal señor. Oyendo esto Luis, se puso muy melancólico, pensando que quizá por esto se las daban a él; con esto no hacía sino darles una vuelta y otra, a ver si les hallaba algún achaque para dejarlas. El compañero cayó en la cuenta y díjole: —¿Qué tienen

estas botas? ¿No le vienen bien?— Y no respondiendo él nada, le volvió a decir: —Quíteselas y déjelas, que yo iré por otras que le vengan bien.— Con esto las tomó, y yéndose a un aposento donde se guardaba el recado de camino, sin tomar otras, dobló las mismas de otro modo, y volvió diciendo: —Ahora pruébese éstas; quizá le vendrán bien.— Luis no las conoció, y con eso se las puso, y dijo: —Estas sí, éstas me vienen bien.— Y con ellas se fué.

Partió de Roma a los 12 de septiembre de 1589, en compañía del Padre Bernardino de Médicis, su grande amigo, que iba a leer Escritura a Milán. En todo el camino no dejó jamás sus tiempos de oración, exámenes, letanías y las otras devociones; en las posadas y por el camino no habló sino de Nuestro Señor o de cosas espirituales.

En Sena no quiso aceptar no sé qué agasajo, que le pareció más que lo ordinario, y que le hacían por la calidad de su persona; gustó de pasar por Florencia, como madre antigua de su primera devoción y fervor. Allí dejó al Padre Bernardino de Médicis, y él se fué a Bolonia, donde, en llegando, le rodearon los Padres de aquel Colegio, que habían oído decir mucho de su santidad, y él les comenzó luego a hablar de cosas de Nuestro Señor. Detúvose allí un día, en el cual el Rector le envió a ver la ciudad, dándole el sacristán por compañero.

Al salir de la casa, le rogó que no le llevase sino

a alguna iglesia o lugar de devoción, porque él no gustaba de ver otras cosas. Con esto, le llevó a dos o tres iglesias de más devoción, y le volvió a casa. Llegados a una hostería, entre Bolonia y Mantua, que está en el Estado de Ferrara, el huésped les dió a él y a su compañero un aposento en que no había más que una cama. Tomó el compañero al huésped aparte, y le dijo que mirase que eran religiosos, que le hiciese caridad de darle otra cama.

El huésped dijo que no quería, porque había de guardar las otras por si venían aquella noche algunos caballeros a la posada; hizo instancia de nuevo el compañero con más fervor, e iba levantando la voz; oyóle e hízole callar; respondió el compañero: —Este buen hombre dice que quiere guardar las camas para los caballeros, como si aquí fuésemos labradores, y, en verdad, H. Luis, que, llevándolo por ahí, fuera razón atender a su persona y tenerle más respeto.— Entonces Luis, con gran sosiego y paz, le dijo: —Hermano mío, no se enoje, que no tiene razón. Nosotros hacemos profesión de pobres, y tratándonos él conforme a nuestra profesión, no nos hace agravio ni tenemos de qué quejarnos.— A la noche quiso Dios que no llegaran más huéspedes, y con eso tuvo el compañero lo que deseaba.

En llegando a Mantua se avisó de su llegada al Marqués, su hermano, que envió luego por él. No quiso enviar delante quien diese la nueva hasta que

llegó a Castellón, y dijo a uno que encontró que avisase al Marqués cómo había llegado; aquél echó luego a correr y lo fué diciendo por las calles, y en un momento se llenaron de gente, que salían a las puertas a verle; recibieronle con extraordinaria devoción y alegría, tocando las campanas y haciéndole una hermosa salva de artillería, hincándoseles de rodillas cuando pasaba por las calles: tanto era el concepto que tenían de su santidad, de que Luis se corría y afligía harto.

El Marqués bajó a recibirle al pie de la fortaleza. Entró después con él y mortificóse mucho porque algunos de palacio y del lugar le hablaban de Ilustrísimo y de Excelencia como antes que fuese religioso.

No halló en Castellón a la Marquesa, su madre, que estaba en otro lugar suyo, que se dice San Martín, doce millas de allí. Envióle luego a avisar, y con eso al día siguiente se vino a Castellón con sus dos hijos pequeños. Llegada a su palacio, que era distinto y algo apartado del que habitaba el Marqués, envió a avisar a Luis de su llegada. Fué luego allá Luis con su compañero, y ella lo recibió más como a santo que como a hijo, y así no se atrevió a abrazarlo ni besarle (como el afecto de madre lo pedía, y, no habiendo personas de respeto delante, nadie se lo estorbara); pero venciendo la reverencia al amor, le recibió hincada de rodillas, haciéndole una profunda inclinación hasta el suelo; y no es maravilla que esto hiciese, pues

SAN LUIS GONZAGA

aun cuando era niño le miraba como a santo, y le solía llamar su ángel.

Estuvo Luis con su madre todo aquel día y tratando largamente de sus cosas.

No es creíble la edificación que dió en todo tiempo y en todas ocasiones; nunca salía sino a pie, si bien su madre y su hermano le hacían tener siempre la carroza a punto; por la calle siempre había de ir sin bonete, para responder al afecto de tantos como le saludaban. Con todos trataba indiferentemente con tanta humildad y sujeción como si fuera el mínimo del lugar.

No quiso aceptar ningún género de servicio de los seglares; si de algo tenía necesidad, antes se ayudaba de su compañero, aunque ni éste quería que le acudiese, sino a más no poder, y entonces obligándole y forzándole el compañero a aceptar; porque aunque tuviese necesidad de algo, no quería pedirlo, sino aguardar a que Dios les moviese a dárselo. Y si por él fuera, no hubiera posado en casa de su hermano ni de su madre, sino en la del arcipreste, si los superiores no le hubieran ordenado lo contrario.

Todo el tiempo que allí estuvo, fué grande el rigor y entereza que tuvo en no tomar cosa de las que le ofrecían para su uso. Entrando el invierno y los fríos, que en aquella tierra son rigurosos, no consintió que le hiciesen de vestir, sino que envió a pedir al Padre rector de Brescia vestido de invierno para sí y para su compañero, con

condición que no fuese nuevo, porque no lo tomaría. La Marquesa le hizo instancia que por lo menos tomase dos armillas de Mantua, para sí y para su compañero, y no pudiéndolo acabar con él, porque decía que no había de tomar nada de lo que ya una vez con tanto gusto había dejado, rogó al compañero que se la hiciese tomar; él fué una mañana a la cama con la armilla cuando se quería levantar, y no queriendo Luis ponérsela, le dijo:

—Póngasela, Hermano, que su madre le da esta limosna por amor de Dios, y pues tiene necesidad de ella, yo le ordeno que la tome.— Diciendo esto, se la comenzó a poner por fuerza, y él, al fin, viendo que se la daba de limosna y que se lo ordenaba el compañero, hubo de callar.

Lo mismo le sucedió con la ropa blanca, porque, estando ya rota la que había sacado de Roma, no quiso tomar una poca que su madre, por devoción, le había hecho, sino que hizo remendar la que estaba rota, y apenas el compañero, por necesidad, y con el mismo título de limosna, le hizo tomar una cosa muy poca de lo que le daba su madre.

Cuando había de negociar con el Marqués, su hermano, estabase aguardando audiencia en la antecámara, sin permitir que le quitasen su comodidad ni le avisasen para que dejase la que tenía entre manos.

En la mesa del Marqués dejábase servir como

los otros sin hablar palabra; pero en la de su madre procedía con más libertad, especialmente que ella se desvelaba en darle gusto; y así, porque no le sirviesen con salvilla, hacía que le pusiesen la bebida en la mesa, como se usa en el refectorio de la Compañía. En la comida guardaba su modo ordinario de abstinencia, no cuidando nada de la cualidad de los manjares o del vino, porque con el largo ejercicio de mortificación parece que había perdido el sentido del gusto. Cuando su madre le decía: «Tomad esto, Hermano Luis, que es bueno; comed de esto, que es mejor», tomábalo él y agradecíalo, y después lo dejaba en el plato.

En casa de su madre, y aun las veces que podía en casa de su hermano, él mismo se hacía su cama, y aun procuraba ayudar a su compañero a hacer la suya, si bien los criados cuando lo advertieron procuraban prevenirse porque no les tomase su oficio.

De la salud no cuidaba más que si no le tocara, ni se acordaba de esto sino cuando se lo decía el compañero. Gustaba mucho de estarse solo, si bien con su madre, como con persona tan espiritual, hablaba de buena gana y la procuraba consolar. Por la mañana, en levantándose, tenía una hora de oración, oía Misa, rezaba cada día el Oficio mayor, rezaba el Rosario, y éste a veces con el compañero, respondiéndose uno a otro. Si podía hurtar entre día algún tiempo, decíale a su compañero: —Hermano, vámonos a tener un poco

SAN LUIS GONZAGA

de oración.— A las noches se estaba siempre tres horas retirado, y antes de irse a dormir decía las Letanías y hacía su examen de conciencia. Confesábase con el arcipreste, y las fiestas todas iba a oír Misa y a comulgar a la iglesia principal de Santos Nazario y Celso, donde concurría mucha gente a verle por la devoción que le tenían, con gran pena de haber perdido tan santo señor.

La primera fiesta que allí hubo estaba la iglesia tan llena de gente que había concurrido a verle, que le vino gana de hacerles una plática exhortándoles a bien morir y a la frecuencia de Sacramentos; pero dejólo, porque quiso primero componer las cosas de su hermano para que comenzase la reformatión o buen ejemplo de su misma casa. Al compañero jamás le dijo palabra desabrida ni le mostró disgusto de cosa que hiciese; rendíasele en todo y conformábase con su parecer, obediéndole muy puntualmente en lo que tocaba a su salud.

El compañero veneraba su santidad, y no acababa de espantarse de aquella pureza tan grande en todas las materias, aquel desprecio de las cosas del mundo, y haberse como si fuera muerto en todas ellas. Hicieron muchos caminos juntos a Brescia, a Mantua y a otras partes, según lo pedían los negocios. Por el camino comenzaba Luis la plática de las cosas que veían; y luego se metía en Dios y hablaba largamente de Él con el compañero, el cual, a veces, si se cansaba y quería

SAN LUIS GONZAGA

meter otra plática, Luis no la admitía si no llevaba la suya adelante.

Un día hubieron de ir a Castelgrofe, a no sé qué negocio, con el señor Alfonso Gonzaga, su tío, Señor de aquel lugar (a quien Luis había de heredar si no entrara en la Compañía); dióle el Marqués algunos criados que le acompañasen, pero él no los quiso llevar, y porque en presencia del Marqués no pudiera salir con ello, dejólos salir de Castellón y luego les hizo volver a todos. Perdió el camino el cochero, y llegaron a Castelgrofe a dos horas de noche, a tiempo que estaban ya las puertas cerradas.

Por ser lugar de presidio y que no se abría en aquella hora, fué necesario dar cuenta a los centinelas de las personas que eran y a lo que venían, y aguardar que se diese cuenta al Señor del lugar. Al cabo de un gran rato sintieron abrir las puertas y bajar el puente, y luego vinieron muchos caballeros con hachas, y en entrando, halló un gran escuadrón de soldados con sus armas, que le hicieron calle por ambas partes desde allí hasta el palacio del Señor, el cual salió también a recibirle con grandes muestras de alegría, honrándole y acompañándole hasta llevarle a un cuarto ricamente aderezado de camasot y colgaduras costosas; allí le dejó para que pudiese reposar.

El pobre Luis, cuando se vió en tanta honra y en aquellas piezas tan ricas, afligióse grandemente, y vuelto al compañero, le dijo:

—¡Oh, Hermano! Dios nos ayude esta noche, pues nuestros pecados nos han traído a esta posada. ¡Qué aposentos y qué camas éstas para nosotros! ¿Cuánto mejor estuviéramos en nuestro Colegio, en nuestros pobres aposentos y camas, sin este aparato y comodidad?

Parecíale mil años cada hora que allí estaba, no pudiendo sufrir tanta honra, y así al día siguiente se volvió a Castellón, de donde, estando bien informado de todo, se fué a Mantua a negociar con el Duque.

Aquellos días y semanas que a las veces estuvo en el Colegio de la Compañía, parecíales a los Padres ver un dechado vivo de todas las virtudes; con sola su vista se sentían movidos y alentados a toda devoción, y solían decir que en la cara se le echaba de ver que era santo, y que parecía un retrato del bienaventurado San Carlos Borromeo.

Comenzó luego a tratar de sus negocios con el Sermo. Sr. Duque de Mantua, si bien antes de tratarlos con los hombres los tenía ya tratados y concluídos con Dios, que tiene las llaves de los corazones de los príncipes, y había ya alcanzado de Su Divina Majestad el buen suceso de todo; y aunque el Duque estaba enojadísimo por las malas relaciones que le habían dado del Marqués, y tocándole a Luis más de cerca el Marqués que el Duque, parece que, hablando humanamente, podía ser sospechoso y había ocasión de tenerle por

SAN LUIS GONZAGA

parcial, y no faltaban muchas para negarle lo que pedía, por haberlo negado el Duque a los príncipes y señores que se habían puesto de por medio; pero halló tanta santidad en Luis y tan buena intención en todo, que se dió por vencido, sin poderle negar cosa de cuantas le pidió, y fiado de su bondad y entereza, dijo que haría cuanto quisiese.

Tomó Luis por escrito todos los puntos de las quejas que había del marqués Rodolfo, y llevándolas a Castellón, hizo que el Marqués en todas ellas se justificase y respondiese punto por punto, satisfaciendo al Duque; al cual volvió con la respuesta, y quedando el Duque satisfecho, volvió a Castellón, y llevó consigo al Marqués a verse con el Duque, el cual le recibió con mucho amor, convidándole a comer consigo y festejándole todo aquel día.

Hizo S. A. mucha instancia en que se quedase también Luis a comer; pero él la hizo mayor para no quedarse, y así, se volvió a su Colegio. Dijo el Duque que, por lo menos, era fuerza que volviese a la tarde a la comedia; respondió Luis, sonriéndose, que no gustaría de eso su compañero. En esta ocasión restituyó también el Duque y le cedió al Marqués el castillo y señorío de Solferino, que desde entonces acá han poseído y poseen los herederos y hermanos de San Luis.

Habiendo concluido el Hermano Luis tan bien este negocio, no sólo con edificación, sino con es-

SAN LUIS GONZAGA

panto de todos, que le tenían por desahuciado, puso la mano en otro de no menos importancia, que era un escándalo público ocasionado del marqués Rodolfo, su hermano.

Verdad es que, aunque por una parte la afición y la edad, acompañadas del poder y dominio absoluto, le hicieron olvidar de sus obligaciones, pero, por otra parte, el temor de Dios y la buena sangre y educación le hicieron acordar de ellas y mirar por su conciencia; de manera que se resolvió a no tener la compañía con ofensa de Dios, sino casarse con ella, queriendo antes hacer aquel agravio a sí y a su casa, que vivir en desgracia de Dios con tanto riesgo de su alma y del honor de aquella señora.

Habida, pues, licencia del Obispo para casarse en secreto, a los 25 de octubre de 1588, en presencia del arcipreste de Castellón y de los testigos necesarios, se desposó con ella, y de allí adelante la tuvo por su legítima mujer.

Pero temiendo que de este matrimonio se habían de agraviar mucho todos sus deudos, y en particular el Sr. Alfonso, su tío, hermano de su padre, a quien él había de suceder en el Estado de Castalgofre, quiso por entonces encubrirlo, no sólo a su tío, pero aun a la Marquesa, su madre.

Parecióle a Luis que si esto no se remediaba en su presencia no podía prometerse seguridad del remedio para después de oído; y así, apretó al Marqués, de suerte que le dió palabra y seguridad

SAN LUIS GONZAGA

de satisfacerle en todo; y porque estaba Luis ya de camino para Milán, ofreció el Marqués que iría allá a verse con él y tratar del remedio, tomando en todo su consejo.

Con esta palabra, se fué Luis a Milán a los 25 de noviembre de 1589, en donde se entretuvo en sus ordinarios estudios y ejercicios de devoción. Por enero fué el Marqués a Milán, en cumplimiento de su palabra; llegó al Colegio un día de fiesta, por la mañana, a tiempo de que Luis acababa de cumular y estaba dando gracias en el coro.

Llegó el portero a él con gran priesa, diciéndole: —Aquí está su hermano el Marqués con mucha gente, y no puede esperar.

Oyóle Luis, y sin responderle palabra, se estuvo casi dos horas de rodillas fijo en oración; después fué a la portería a verse con su hermano, el cual se descubrió y le dijo llanamente todo lo que pasaba, y cómo él estaba casado con aquella señora tanto tiempo había.

Holgóse mucho Luis de ver que su hermano no estaba en el mal estado que se pensaba, sino que tenía cuidado de su alma, y por este respeto había hecho lo que había hecho. Díjole que deseaba comunicar el caso con algunos Padres graves y doctos para ver la obligación que había. El Marqués vino en ello, y así se escribió a Roma, y se consultó también en Milán, y muchos fueron de parecer que el Marqués tenía obligación de manifestar aquel matrimonio.

SAN LUIS GONZAGA

Habló luego al Marqués sobre el escándalo que había, por pensar todos que estaba amancebado, con tanta fuerza, que le rindió, y él tomó a su cargo el quietar y aplacar a sus deudos.

Concluído esto, dijo al Marqués que se preparase e hiciese una confesión general en Milán de toda su vida; después le hizo comulgar, y volviéndose el Marqués a Castellón, Luis también fué allá con otro compañero; llegó a los 20 de febrero, poco más o menos, diciendo que la primera vez había venido por cosas del mundo, y ahora venía por cosas de Dios y de la Iglesia.

Hizo que el Marqués se descubriese a su madre y a otras personas a quien tocaba, y él mismo lo publicó al pueblo para quitar el escándalo, y exhortó a su hermano a tratar cristiana y honradamente a aquella señora como a su legítima mujer. Escribió también al Duque de Mantua y a los dos Cardenales Gonzagas que vivían, y a otros deudos, rogándoles que no se sintiesen, sino que tuviesen por bien lo que el Marqués había hecho, pues había sido por descargo de su conciencia y por satisfacer a la reputación y honra de aquella señora.

Todos respondieron como deseaba, y con esta ocasión de publicarse este matrimonio hizo Luis que otros muchos que de hecho estaban amancebados se casasen, y otros que estaban enemistados se compusiesen.

Rogóle su madre que predicase un día en la

SAN LUIS GONZAGA

iglesia; aconsejóse él con su compañero, y al fin lo hizo un sábado en una iglesia que estaba cerca de la de San Nazario, que se llamaba la Compañía de la Disciplina; procuró que fuese con todo secreto, y no consintió que se tocase la campana; pero cuando fué, halló la iglesia que no cabía la gente. En ella hizo un gran sermón con mucho espíritu; exhortóles en él a comulgar el día siguiente, que era domingo de Carnestolendas; aceptaron el convite con tanto fervor, que hubieron de estar los clérigos y frailes confesando toda aquella noche.

A la mañana comulgó la Marquesa, su madre, y el Marqués con su mujer, y otras setecientas personas; Luis ayudó a la Misa y les dió el lavatorio con gran consuelo suyo y edificación de ellos; y a la tarde fueron todos a la Doctrina cristiana.

Compuestas de esta forma las cosas de su casa y de su hermano, se volvió a Milán a los 22 de marzo de 1590, habiendo cumplido veintidós de edad a los 9 del mismo mes.





XIII

Perfección de San Luis. Su última enfermedad.



LEGADO a Roma, me dijo: —Ya yo he enterrado mis muertos y no tengo que acordarme de ellos; ya es tiempo que pensemos en la otra vida. Poco después que llegó al Colegio se fué al Padre rector y le llevó todos sus papeles, los espirituales y los de Teología, y entre ellos algunos apuntamientos muy buenos que él había hecho por sí mismo sobre Santo Tomás. Preguntóle el Padre rector por qué se deshacía de aquellos papeles de Teología que le eran tan necesarios, principalmente de aquellos que había hecho con estudio propio.

Respondió que lo hacía porque sentía en sí algún afecto a aquellos papeles, como a parto de su

ingenio e hijos de su entendimiento; y pues en esta vida no tenía afecto a otra cosa, no quería tenerle a aquella, sino estar descarnado y deshecho de todas ellas, y por eso quería deshacerse de aquella, que era la última.

Había, a más de esto, llegado a una delicadeza de perfección digna de ser sabida e imitada de los Religiosos, y es que, siendo cosa tan ordinaria el hólarnos cuando vemos que las personas graves, y en especial los superiores, nos aman y nos muestran afecto, por ser indicio de la satisfacción que tienen de nosotros, y así lo preciamos y estimamos, y tal vez nos alabamos de ello, Luis, al contrario, aborrecía que le amasen y le mostrasen afecto, aunque fuesen los superiores; y si en alguno veía alguna muestra de ello, no le respondía, antes mostraba disgusto particular.

Tan muerto estaba al amor propio; tanto huía, no sólo de tener afecto a criaturas, sino de que lo tuviesen a él. Los superiores, como le conocían la condición, ya que no podían darle otro gusto, dábanle aquel, no mostrando en cosa ninguna que tenían más cuenta de él que de los otros.

En su trato, aunque siempre había sido tan apacible, este último año lo fué mucho más, y agradable sobremanera a todos, abrazando a todos igualmente con un amor y caridad universal; y así, parece que andaban a porfía por llegarse a él en las quietes, a oírle hablar de Dios y de las cosas del Cielo y de la perfección tan altamente.

SAN LUIS GONZAGA

Yo sé, por dicho de otros y por experiencia propia, que salían muchos de sus pláticas más encendidos y fervorosos que de la misma oración.

Cuando se hallaba a solas con algunos con quien le parecía que podía hablar con más confianza, descubría algunos afectos de su alma tan divinos, que los dejaba atónitos, y les daba ocasión de confundirse y de venerar juntamente una tan levantada comunicación con Dios.

Comenzó el cuarto y último año de su Teología por noviembre de 1590, y el Superior le obligó a tomar aposento solo: él, ya que no lo pudo excusar, hizo instancia porque le diesen un tabuco viejo que caía sobre una escalera, negro, bajo y estrecho, con una ventanilla sobre un tejado, y tan pequeño, que no cabía sino una sola cama y una silla de palo y un reclinatorio para orar, del cual se servía también para estudiar, en lugar de mesa; y así, más parecía cárcel muy estrecha que aposento, y por eso nunca se daba a ningún estudiante. Allí se metió Luis, y visitándole un día el Padre rector, le halló más contento y alegre que si estuviera en un rico palacio; y así, por vía de gracia, le solíamos decir que, como San Alejo se había metido debajo de una escalera, él, con el mismo fin, se había metido, no debajo, sino encima de otra en aquel rincón.

En suma: su vida era tan perfecta, que no había quien pudiese notarle de cosa que llegase a pecado venial, como lo han testificado con jura-

mento diferentes personas que fueron sus superiores, compañeros o condiscípulos. Más decía su confesor: que jamás le confesaba que no quedase alumbrado interiormente con ocasión de haberle confesado.

Otro Padre, que fué su compañero de aposento casi dos años en el Colegio Romano, depone con juramento que, habiéndoles ordenado el Padre rector a los dos que se avisasen las faltas el uno al otro con claridad, en todo aquel tiempo no reparó en Luis cosa ninguna, grande ni pequeña, que de mil leguas oliese a falta, aunque lo tenía siempre tan a la vista y era testigo de todas sus acciones y se trataban con tanta llaneza y confianza; finalmente, era este santo Hermano madurísimo en sus afectos y vigilantísimo en la guarda de los sentidos, muy unido con Dios, celosísimo del bien de sus prójimos y de la perfección de sus compañeros y hermanos, y, por decirlo en una palabra, era un retrato de santidad y perfección, y por tal era tenido de todos dentro y fuera de la religión.

Pocos meses antes que le diese la última enfermedad, sintió en sí vivos deseos de verse ya en el Cielo, y así, trataba muy a menudo y con gran gusto de la muerte. Entre otras cosas, decía que cuanto más iba su vida avanzando, más se recelaba de su salvación, y que si llegase a ser sacerdote y con la edad se fuese embarazando en ocupaciones más hondas, crecerían mucho más sus temo-

SAN LUIS GONZAGA

res. Y daba la razón, porque los sacerdotes, por el Oficio divino que rezan y por la Misa que dicen, tienen mucho de que dar cuenta a Dios, y mucho más los que tienen por oficio el ayudar las almas confesando y predicando y administrando Sacramentos, cargándose del gobierno de otros; pero que en aquel estado en que al presente se hallaba, sin haberse ordenado de orden sacro, tenía mayor seguridad de su salvación por no haberse hasta ahora metido en ocupaciones de tanto momento, y no sentir en su alma esos remordimientos. Por esto decía que, si Dios fuese servido, tomaría de buena gana morir en aquella sazón. Concedióselo Dios con la ocasión que diremos.

Fuë aquel año de 1591 trabajosísimo por las muchas enfermedades y muertes que hubo en toda Italia, ocasionadas de la hambre grande que había en todas partes. En Roma, especialmente, murió gran número de personas que de todos los lugares concurrían allí con esperanza de hallar algún remedio y limosna.

Los de la Compañía, parte con limosnas propias, parte con las que juntaron de otros, procuraron con todas sus fuerzas ayudar lo más que podían en aquel común trabajo y necesidad. Para esto, no sólo fueron a servir en diferentes hospitales de Roma, sino, obligados de la gran necesidad que se padecía, el Padre General Claudio Aquaviva (el cual en aquella ocasión iba también

SAN LUIS GONZAGA

personalmente a asistir a los leprosos) ordenó que se abriese también por algún tiempo otro hospital de nuevo. En esta coyuntura se descubrió bien la caridad de Luis, el cual muchas veces anduvo por Roma pidiendo limosna para los pobres enfermos, con tanto consuelo y alegría, que era cosa de espanto.

Una vez, en particular, sabiendo que había venido a Roma un príncipe de mucha calidad que venía a tratar ciertos negocios con el Papa Gregorio XI, que a la sazón gobernaba la Iglesia, Luis, que había tenido conocimiento y trato con aquel señor cuando era más mozo, y conocido en él buenos deseos en materia de su salvación, pidió licencia al Padre Provincial para irle a ver con un vestido remendado y con la talega al hombro, diciendo que lo hacía por sacar de él alguna limosna para los pobres del hospital, y también porque el afecto que aquel señor le había siempre mostrado le obligaba a procurar ayudarle en su espíritu, y para eso importaba visitarle en aquel hábito para imprimirle mejor con eso el desprecio de las cosas del mundo.

Alcanzó licencia, y fué allá, y por lo que después entendí del mayordomo de aquel señor, alcanzó ambos fines, porque sacó una buena limosna para los pobres, y aquel príncipe quedó muy edificado y muy movido, y habló después con mucho sentimiento de lo que había visto.

Demás de esto, deseó Luis ir en persona a ser-

SAN LUIS GONZAGA

vir a los enfermos en el hospital; repararon los superiores en darle licencia, pero él instó alegando el ejemplo que se debía dar a los otros que iban, y al fin alcanzó la licencia y fué muchas veces con otros compañeros.

Daba, por una parte, horror el ver tantos que se estaban muriendo y andaban desnudos, y se caían muertos por los rincones y por las escaleras, con un hedor intolerable; pero, por otra parte, parecía un retrato de la caridad del Cielo ver a Luis con sus compañeros cómo andaban tan alegres sirviendo a los enfermos, desnudándolos, acostándolos, lavándoles los pies, haciéndoles las camas, dándoles de comer, disponiéndolos para confesar, exhortándoles y animándoles a llevar aquel trabajo con paciencia.

Advirtiése que, de ordinario, Luis se llegaba a los enfermos más asquerosos sin saberse apartar de ellos en todo el día, ocupándose en obra de tanta caridad; como el mal era contagioso, se le pegó a muchos de los compañeros de Luis; alguno de los cuales murió en breve, con no poca envidia de Luis, que viendo a su compañero ya a la muerte, dijo a un Padre discípulo suyo:

—¡Oh, de cuán buena gana trocara yo con el Hermano Tiberio y muriera en su lugar, si Dios fuera servido de hacerme esa merced!

Y replicándole no sé qué, él respondió:

—Dígolo, porque al presente tengo alguna probabilidad de que estoy en gracia, y después

SAN LUIS GONZAGA



SAN LUIS GONZAGA

no sé lo que será; por eso muriera ahora de buena gana.

No tardó Dios en cumplirle su deseo, porque si bien los superiores, viendo los muchos que enfermaban de los que iban a servir al hospital, no quisieron que volviese Luis allá, pero él volvió a instar de nuevo y a rogar que le dejarasen proseguir, y al fin le dejaron que fuese al hospital de la Consolación, donde de ordinario los enfermos no suelen ser de mal contagioso.

Con todo eso, muy en breve le dió la misma enfermedad que a sus compañeros, y se echó en la cama a los 3 de marzo de 1591. Habiéndose aquel día que enfermó abrazado con un enfermo contagioso, se entiende que con el anhélito corrupto le inficionó. De donde se ve con cuánto fundamento los reverendísimos auditores de la Rota, en la relación que hicieron al Papa de San Luis, entre otras cosas dijeron que le tenían por mártir de la caridad.

Volviendo, pues, a nuestra historia, luego que se sintió malo, pareciéndole que aquélla sería la última enfermedad, se llenó de un gozo extraordinario, mostrándolo en el rostro y en todo lo que hacía.

Confesóse con mucha devoción, recibió con la misma el Viático y la Extremaunción de mano del Padre rector, respondiendo él a todas las oraciones con grande afecto, y no menor sentimiento y lágrimas de los presentes, que lloraban la pérdida

SAN LUIS GONZAGA

de tan querido y santo Hermano, y porque cuando en salud hacía tanta penitencia, que con ella y con la continua mortificación parecía que se abreviaba la vida, no faltaron muchos Padres y Hermanos amigos suyos que, por el amor que le tenían, le iban a la mano, diciéndole que, si no antes, a lo menos a la hora de la muerte, tendría escrúpulo, como se cuenta de San Bernardo que le tuvo de haber excedido en el mal tratamiento de su cuerpo; él, porque no quedase duda a ninguno en esta parte, habiendo recibido el Viático, y estando el aposento lleno de Padres y Hermanos, pidió al Padre rector les dijese a todos que en aquel punto no sentía escrúpulo de lo que había hecho, sino de lo que no había hecho, porque quizá hubiera podido hacer otras cosas que si las representara a los superiores le hubieran quizá dado licencia, con la cual él iba muy seguro en todo lo que hacía; dijo más: que nunca había hecho cosa por su voluntad, sino siempre con licencia de los superiores; y añadió que no tenía escrúpulo de haber jamás quebrado ninguna regla, y esto dijo porque no quedase alguno quizá escandalizado si le hubiese visto hacer alguna cosa extraordinaria o diferente que los otros. Todo esto aumentaba el llanto y la ternura de los presentes.

Entró allí el Padre Provincial, y Luis, en viéndole, le pidió licencia para tomar una disciplina; respondióle que no podía azotarse estando tan flaco. Replicó él: —Por lo menos, que me la dé

otro de pies a cabeza.— Dijole el Padre que no podía ser en aquella ocasión, porque el que eso hiciese se pondría a peligro de quedar irregular. Viendo que ni esto se le permitía, hizo instancia de nuevo que por lo menos le dejaran morir en la tierra. ¡Tan amigo fué, hasta la última boqueada, de la cruz de la penitencia y mortificación! Pero ni esto le concedieron.

Teníase por cierto que moriría aquel día, que era el seteno, en que cumplía veintitrés años de edad; pero quiso Dios que se le aplacase la fuerza del mal y se le alargase, para que tuviese más tiempo de edificarnos con los ejemplos de las virtudes que dió estando mucho tiempo en aquella cama.

En el interin, corrió la voz que ya era muerto, y llegó a Castellón, donde la santa Marquesa, su madre, y su hermano, le hicieron las exequias solemnemente; después, cuando llegó nueva que no era muerto, fué el contento doblado, y el Marqués Rodolfo, su hermano, quitándose una cadena de oro que tenía al cuello, la hizo piezas y la repartió entre los que estaban presentes.

Pasado aquel primer apretón y furia del mal, le quedó una calenturilla lenta, que poco a poco le fué consumiendo por espacio de más de tres meses; en los cuales sucedieron muchos casos de edificación.

Cuando cayó enfermo, le llevaron a la enfermería y le pusieron en una cama sobre la cual

SAN LUIS GONZAGA

estaba un toldo de lienzo muy basto con una estera, que se había puesto para un viejo que había estado allí enfermo.

Luis se afligió y pidió al Superior que se la dejase quitar y tener la cama como los demás enfermos; respondiéronle que no se había puesto para él, y que la cosa era tal, que no había peligro que se menoscabase por esto la pobreza, y con eso se quietó.

Al principio de su enfermedad recetó el médico, para él y para otro que tenía el mismo mal, una misma purga, muy difícil de tomar. El otro procuró tomarla lo más aprisa que pudo, por no sentirla y excusar las bascas, usando para ello de los otros medios y preparativos que se suelen dar en semejantes ocasiones; pero Luis, aprovechándose de aquella ocasión para mortificarse, tomó el vaso en la mano y la comenzó a beber muy despacio, como si fuera una bebida muy regalada, sin dar muestra ninguna del desabrimiento grande que había sentido.

Había puesto el enfermero sobre una mesa de aquel aposento un poco de azúcar piedra y un poco de zumo de regaliz que trajese en la boca algunas veces por el catarro; díjole un Hermano por qué no quería el azúcar, que era mejor. Respondió él: —Porqué esto es cosa más de pobres.— Oyó decir, estando en la cama, que había miedos de que aquel año hubiese peste en Roma; él, no sólo se ofreció, si mejoraba, para ir a servir a los

SAN LUIS GONZAGA

apestados, sino que, viniendo un día a verle el Padre General, le pidió licencia para hacer voto de ello, y habiéndola alcanzado, le hizo con grande gusto suyo y edificación de los que lo supieron y conocieron su gran caridad.

Vinieron muchas veces a visitarle en aquella enfermedad el Cardenal de la Róvere y el Cardenal Scipión Gonzaga, con los cuales hablaba siempre de cosas espirituales y de la gloria de los Santos, con grande edificación de aquellos señores, a los cuales el Padre rector pidió que no tomasen aquel trabajo, porque él les haría saber del estado de la enfermedad; pero ellos respondieron que no podían menos de venir por el gran provecho que sacaban para sus almas.

Estaba por el mismo tiempo enfermo el Padre Ludovico Corbinelli, florentino, viejo de muchos años, con quien Luis tenía mucha correspondencia, y muy a menudo se enviaban recados el uno al otro. Agravándose cada día más el mal del Padre Ludovico, ocho días antes de morir pidió con muchas veras al enfermero que le trajese a su aposento al Hermano Luis, el cual, por su flaqueza, no podía ya venir por su pie; deseaba esto el Padre por el concepto que tenía formado de su santidad; el enfermero le quiso hacer aquel regalo: vistió a Luis y llevólo al aposento del Padre.

No se puede encarecer el consuelo que recibió el buen viejo en esta visita, y la ternura y devo-

ción con que le habló. Después que estuvieron un rato hablando y animándose el uno al otro a la paciencia y resignación en la voluntad de Dios, díjole el viejo: —Ahora, pues, Hermano Luis, yo me moriré presto y no le volveré más a ver; por tanto, quíérole pedir una gracia por despedida, y no me la ha de negar, y es que antes de irse de aquí me eche su bendición.

Quedó atónito y mortificado el pobre Luis con esta petición, diciendo que antes había de ser al contrario, porque el Padre era viejo y él era mozo, el Padre sacerdote y él no; y pues es oficio del mayor el bendecir, al Padre le tocaba, y no a él.

El buen viejo, por la devoción que le tenía, le hizo nueva instancia, pidiéndole que no le dejase desconsolado en aquella despedida, y al enfermero rogó que no lo llevase de allí hasta que le hiciese aquella caridad; el santo mozo resistía, pero, al fin, obligado del enfermero, que le pedía lo mismo, halló un medio para no desconsolar al Padre y juntamente conservar su humildad, y fué: levantando la mano, se santiguó a sí mismo, diciendo: —Dios nuestro Señor nos bendiga a entrambos.— Y tomando agua bendita, se la echó al Padre, diciendo: —Padre mío, Dios nuestro Señor le llene a V. R. de su santa gracia y de todo lo que desea a gloria suya, y ruegue a Dios por mí.— Con lo cual el Padre quedó muy consolado y él se hizo volver a su aposento y a su cama.

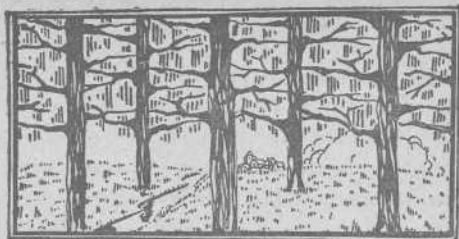
Algunos refieren que Luis dijo cómo aquel

SAN LUIS GONZAGA

Padre había de morir antes de él, como sucedió, porque el Padre murió el primer día de junio, la vigilia de Pentecostés, hacia la medianoche, y Luis murió veinte días después, como veremos.

Procurábamos todos, por este tiempo, traerle muchas razones para persuadirle que pidiese a Nuestro Señor le dejase acá, para poder aumentar los merecimientos, y también para poder ayudar a sus prójimos y a su religión; pero él a todos respondía: «Mejor me está ser desatado»; y decíalo con tanto sentimiento y afecto, y con tal alegría y serenidad de rostro, que se echaba de ver que sólo le nacía este deseo del que tenía de unirse presto indisolublemente con Dios.





XIV

Su santa muerte.



YA es tiempo que contemos el modo tan santo con que nuestro Luis se dispuso para aquel último paso de la tierra al Cielo. Y lo primero, en aquella tan larga enfermedad, en la cual por más que se cuidaba de acudirle, con todo eso tuvo hartas incomodidades que sufrir. Jamás se le vió un mínimo movimiento de impaciencia, ni en el rostro ni en las palabras, ni se quejó de cosa, ni mostró menos gusto de lo que hacían los enfermeros (si bien suelen ser las enfermedades las que más descubren las pasiones de uno); siempre se estuvo con aquella paciencia imperturbable, siempre con aquella obediencia tan puntual, no sólo a los superiores, sino a los médicos y enfermeros, enseñando desde aquella cama

a todos el modo con que se han de haber los religiosos en sus enfermedades, por graves que sean.

Desde el día en que se echó en la cama hasta que murió, no dió oídos a plática que no fuese de Dios o de la bienaventuranza; y los que le visitaban, por darle gusto no trataban de otra cosa.

Pedía algunas veces la ropa, y levantándose de la cama, se iba poco a poco hasta una mesa en que estaba un crucifijo, y tomándole en la mano, se abrazaba con él y le besaba con grande afecto y reverencia; lo mismo hacía con una imagen de Santa Catalina de Sena y otras de otros Santos que estaban alrededor de las paredes. Díjole el enfermero que no era menester levantarse ni cansarse para aquello, porque él le llevaría a la cama el crucifijo y las imágenes. Respondióle Luis: — Hermano, estas son ahora mis intenciones. — Y así prosiguió todo el tiempo que pudo levantarse.

También solía entre día, cuando estaba solo y la puerta cerrada, levantarse e hincarse de rodillas en un rincón entre la cama y la pared, y en sintiendo ruido en la puerta, se ponía en pie para volverse a la cama, hasta que el enfermero le cogió con el hurto en las manos, hincado de rodillas, y le ordenó que no lo hiciera más; y él, corrido de verse descubierto, lo hubo de dejar.

Trataba este tiempo lo más que podía con el Padre Belarmino, su confesor, de las cosas de su alma; una noche, en particular, le preguntó si pensaba que alguno entrase en el Cielo sin pasar por

el Purgatorio; respondióle el Padre que sí, y sabiendo bien lo mucho que se podía prometer de la virtud de Luis, añadió: — Antes, pienso, Hermano, que él ha de ser uno de los que han de ir derechos al Cielo sin pasar por el Purgatorio, porque habiéndole hecho Dios Nuestro Señor tantas mercedes y concedido tantos dones sobrenaturales como él mismo me ha dicho, y en especial de que nunca le haya ofendido mortalmente, tengo por cierto que también le ha de hacer esta merced de llevarle al Cielo derecho.

Oyendo esto el buen Luis, se llenó de un consuelo y júbilo tan grande, que, yéndose el Padre, fué arrebatado en espíritu, y allí se le representó la gloria de la celestial Jerusalén; y en este raptó o éxtasis se estuvo casi toda la noche, con tanta dulzura y consuelo de su alma, que (como él contó después al mismo Padre) le pareció que aquella noche había sido un soplo.

Aquí también se piensa que se le reveló el día determinado de su muerte, porque después dijo claramente a muchos que moriría el día de la octava del *Corpus Christi*, como de hecho murió, y en particular a uno que le visitaba a menudo se lo dijo algunos días antes de la fiesta del *Corpus*. Y porque en el ínterin se le agravó el mal de modo que el P. Vincencio Bruno, que era Prefecto de los enfermos y entendía bien de pulso, le dijo que poco le podía ya restar de vida; sirviéndose Luis de aquella noticia, dijo a su Hermano: — ¿No sabe

la nueva que me han dado de que tengo de morir dentro de ocho días? Ayúdeme, por caridad, a decir un *Te Deum laudamus* en acción de gracias de esta merced que Dios me hace.— Y así, lo dijeron los dos con mucha devoción.

De ahí a poco entró en el aposento un su condiscípulo, y en viéndole, le dijo con mucha alegría: —Padre mío, alegre vamos, alegre vamos.— Todas estas palabras y este contento, eran ocasión y motivo de suspiros y lágrimas en los demás.

Procuró gastar aquellos últimos ocho días de su vida en particulares actos de devoción y piedad; comenzó a correr la voz de que había dicho que moriría en aquella octava, y con esto, cada cual buscaba sazón y tiempo en que cogerle a solas y encomendarse particularmente en sus oraciones; él aceptaba todas las encomiendas que le daban para el Cielo con tan buen semblante, y ofrecía a todos de rogar por ellos con tanta seguridad, que se echaba de ver cuán cierto estaba de verse presto allá, y así hablaba de su muerte como podemos nosotros hablar de mudarnos de un aposento a otro.

Llegado ya el día de la octava del *Corpus*, en amaneciendo, fué muy temprano a su aposento un compañero del enfermo, y hallándole como otras veces, le dijo: —Ve aquí, Hermano Luis, que aún vivimos, y no somos muertos como él pensaba y decía.— Pero él se ratificó en que moriría aquel día; y así el compañero se fué al en-

SAN LUIS GONZAGA

fermero, y le dijo: —Todavía se está Luis en su opinión de morir hoy; pero, a mi parecer, mejor está hoy que los días pasados.

Hacia el mediodía comenzó a instar que se le diese el Viático, como lo había pedido desde que amaneció; pero los enfermeros se hacían sordos, porque no acababan de creer que estaba tan al cabo. Viendo ahora la instancia que hacía y lo que les importunaba con esta demanda, le dijeron que, habiéndolo recibido ya otra vez en aquella misma enfermedad, no pensaban que lo pudiese recibir segunda vez por modo de Viático. Respondióles Luis: —La Extremaunción, no; pero el Viático, sí.— Con todo eso, los enfermeros no se convencieron.

El Papa Gregorio XIV, que por algunos Cardenales (a lo que se piensa), deudos del Hermano, había sabido su enfermedad, preguntó cómo estaba, y sabiendo que estaba tan al cabo, le envió de su propio *motu* su bendición apostólica y la indulgencia plenaria. Vínole con esta nueva el Padre ministro del Colegio; pero él, como era tan humilde, si bien se alegró con aquella bendición e indulgencia, pero sintió mucho oír que el Papa se había acordado de él, y corrióse de suerte, que echó las manos para cubrirse el rostro de vergüenza. El ministro, por consolarle, le dijo que no tenía que espantarse, porque el Pontífice acaso había oído no sé qué del peligro en que estaba. Aquella tarde, a cosa de las seis, vino de San

Andrés un Padre que había sido su connovicio a visitarle; él le pidió que alcanzase del Padre rector que le diesen el Viático. Hizolo el Padre, y Luis quiso primero decir con él la Letanía del Santísimo Sacramento, diciéndola el Padre y respondiendo él siempre con voz clara; y al fin de ella, con el semblante más alegre y la boca risueña, le dió las gracias.

Vino el Padre rector y trájole el Viático, con cuya venida él se alegró grandemente, y le recibió con suma devoción y sentimiento, y con firme esperanza de irle a gozar cara a cara en el Cielo sin los velos de aquellos accidentes. Al decirle aquellas palabras: *Recibe, Hermano, el Viático*, con las que se siguen, viéndole en aquel trance, todos los que allí estaban comenzaron a llorar.

Recibido el Viático, quiso el santo joven abrazar a todos los presentes con gran caridad y alegría, como acostumbran en la Compañía los que van o vienen de camino. Todos lloraban dándole aquellos últimos abrazos, sin poderse apartar de él; todos se encomendaban en sus oraciones, y todos le estaban mirando y remirando con notable ternura y dolor.

Estaba con los sentidos tan enteros, y hablaba tan bien y tan a propósito, que no parecía verosímil que hubiese de morir tan en breve. A esta hora entró el Padre provincial y le dijo: —Pues bien, ¿qué se hace, Hermano Luis? —Nos vamos, Padre— respondió él.— —A dónde? —le pregun-

tó el Padre; y él respondió: —Al Cielo.— —¿Cómo al Cielo?—replicó el Padre.— —Porque espero—dijo él—en la misericordia de Dios de ir allá, si no lo estorban mis pecados.— Entonces el Padre provincial, vuelto a algunos de los presentes, les dijo en voz baja: —¿No reparan en lo que dice? Así habla de irse al Cielo como podíamos nosotros hablar de ir a Frascati. ¿Qué hemos de hacer de este Hermano? ¿Hémosle de enterrar con los demás?— A todos les pareció que no, porque la santidad tan singular de su persona, obligaba a tener particular cuenta con su cuerpo.

A cosa de las siete estaba yo asistiéndole junto a la cama, sustentándole la cabeza con la mano por aliviarle algo el cansancio, mientras él estaba fijamente contemplando en un pequeño crucifijo que estaba sobre la cama, con indulgencia plenaria para los que hacían oración delante de él en el artículo de la muerte. Estando así, levantó la mano y se quitó la cofia que tenía en la cabeza. Yo pensaba que lo había hecho acaso con las ansias de la muerte; volví a ponérsela sin decirle nada; pero de ahí a poco se la volvió a quitar; púsesela por segunda vez, diciéndole: —Déjela estar, Hermano Luis, porque no le haga daño el fresco de la tarde a la cabeza.— Señalóme él entonces el crucifijo con los ojos, y díjome: —Cristo cuando murió no tenía nada en la cabeza.— Con las cuales palabras me causó devoción y compunción juntamente.

SAN LUIS GONZAGA

Venida la noche, a las Avemarías, tratándose en su presencia de quién se quedaría a velarle, él, aunque estaba tan metido en su oración y contemplación, dijo dos veces a un Padre que estaba allí cerca: —Asístame V. R.— Y porque a otro que deseaba hallarse a la muerte le había dado palabra de avisarle, por cumplirla, le dijo:

—Mire que no deje de quedarse aquí.— Eran ya las nueve de la noche, o cerca, y estaba el aposento lleno de gente. Viendo, pues, el Padre rector que hablaba tan bien, por más que había dicho que moriría aquella noche, no lo creía; antes, le parecía que tenía sujeto para durar otro día más, como suele suceder a los que mueren de aquella enfermedad.

Con esto, yéndose a recoger, ordenó que todos se fuesen también a reposar, y por más que muchos le pidieron licencia para quedarse allí, no se la quiso dar a ninguno, diciendo que no moriría tan presto, y que él también se quedara si pensara que había de morir; y ordenó que sólo se quedase el Padre ministro con otro Padre para velarle.

Quedóse con los dos Padres, su corazón y su mente siempre en Dios, diciendo de cuando en cuando algunas palabras de la Escritura, como: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, y otras semejantes. Guardó siempre la misma compostura y serenidad de rostro, y en el ínterin los Padres le rezaban algunas oraciones, y unas veces le echaban agua bendita, otras le daban a

besar el Cristo, ayudándole con palabras a propósito de aquel trance.

Cuando llegó la última agonía de la muerte, se le echó de ver lo que padecía por el color cárdeno del rostro y las gotas de sudor de que se llenó; repararon que con las congojas de la muerte parece que pedía que le volviesen del otro lado, por haber estado tres días continuos en la misma postura; pero ellos, temiendo acelerarle la muerte, y viendo que aquel afecto más salía de la naturaleza debilitada que de la voluntad libre, no le tocaron, sino acordáronle la cama tan dura y estrecha en que Cristo Nuestro Señor murió por nosotros, tan desacomodado y dolorido. Con este recuerdo puso fijamente los ojos en el crucifijo, y aunque no pudo con palabras, pero con el rostro declaró bien su concepto y el deseo que tenía de padecer mucho más por amor de Dios; con esto parece que de nuevo se hizo fuerza, y con imperio mandó a su cuerpo que se sosegase, como lo hizo.

Viendo los Padres que ya no podía hablar ni moverse, le dieron una vela bendita encendida; él la tomó y la apretó en testimonio de la perseverancia en la fe, y, con ella en la mano, de ahí a poco, procurando invocar el santísimo nombre de Jesús, haciendo sólo un pequeño movimiento a lo último con los labios, entre las diez y las once de la noche, con grandísima paz y quietud dió el alma a su Criador, y alcanzó el favor que tanto había deseado, de morir, o en la octava del

SAN LUIS GONZAGA



SAN LUIS GÓNZAGA

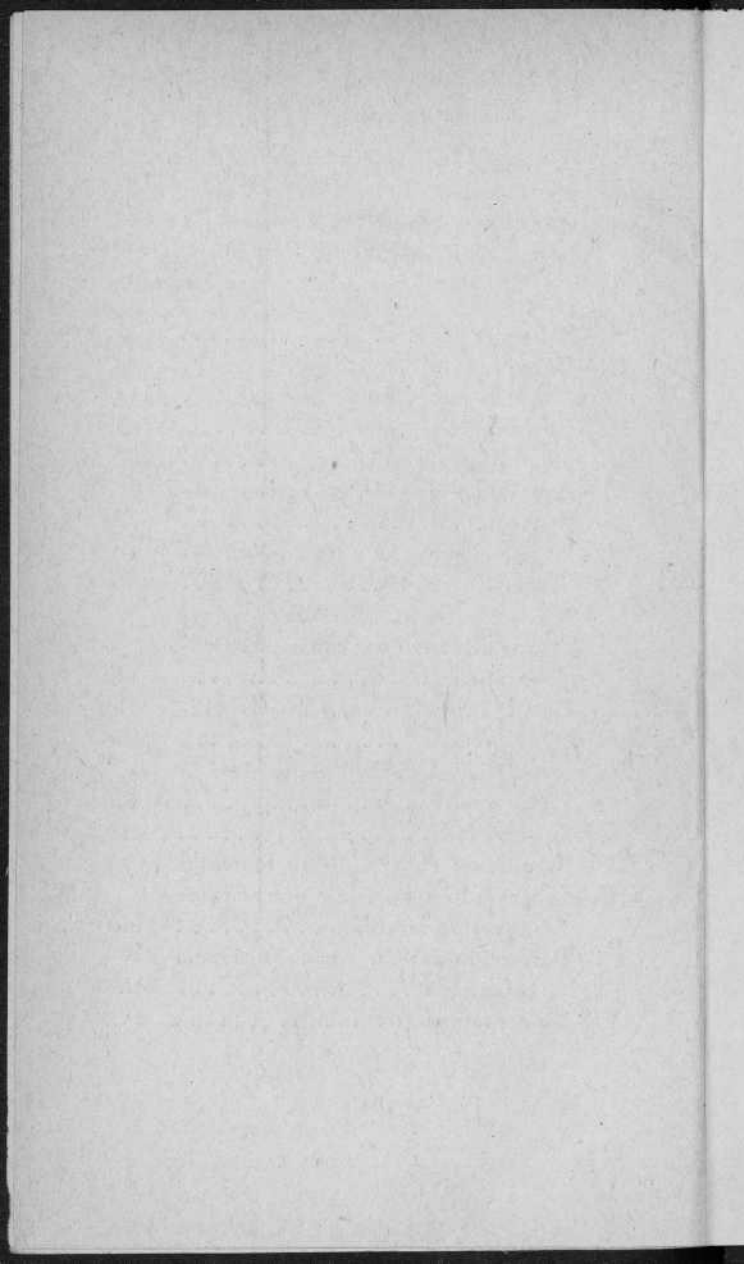
Santísimo Sacramento, de quien había sido siempre devotísimo, o en viernes, por memoria y devoción de la Pasión del Señor, y parece que Dios le quiso cumplir ambos deseos, pues le sacó de esta vida cuando ya se acababa la octava del Santísimo Sacramento, y cuando ya comenzaba el viernes siguiente, que fué la noche entre los 20 y 21 de junio de 1591, siendo de edad de veintitrés años y tres meses y once días.

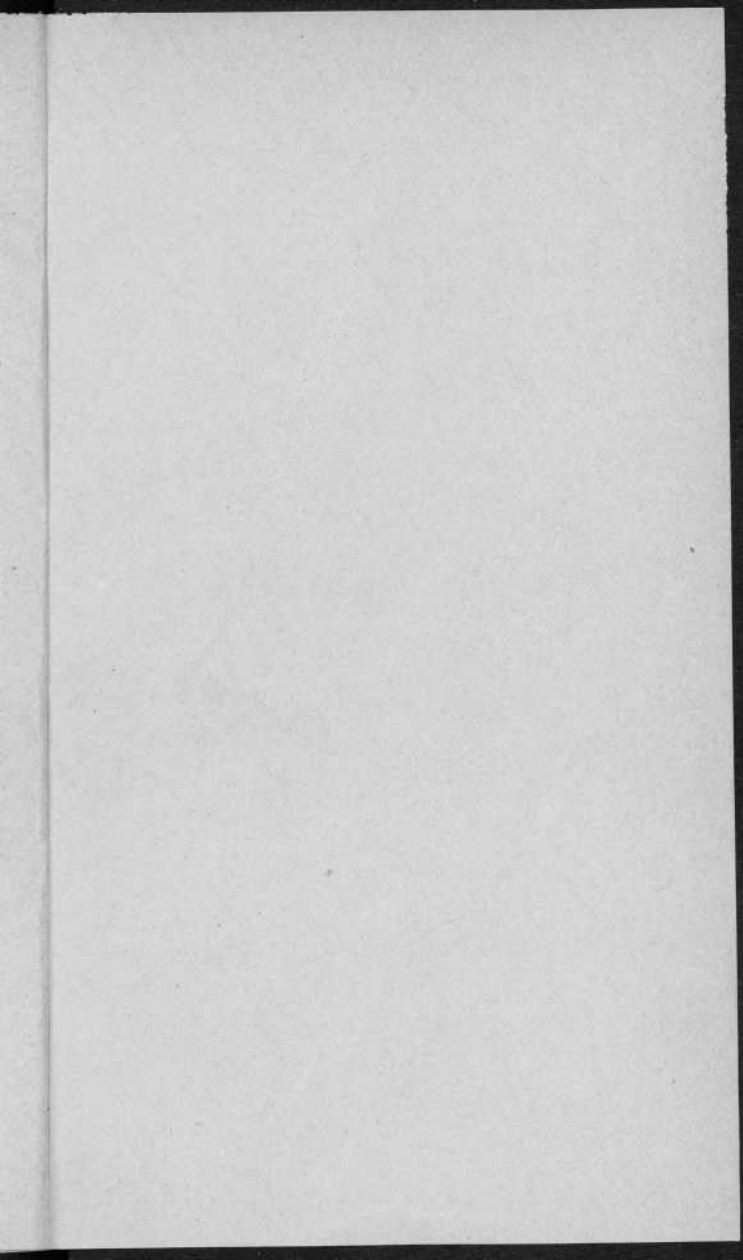
Fué beatificado por el Papa Paulo V en 1605 y canonizado a 31 de diciembre de 1726. Varios Sumos Pontífices le han proclamado especial y principal Patrono de la juventud.

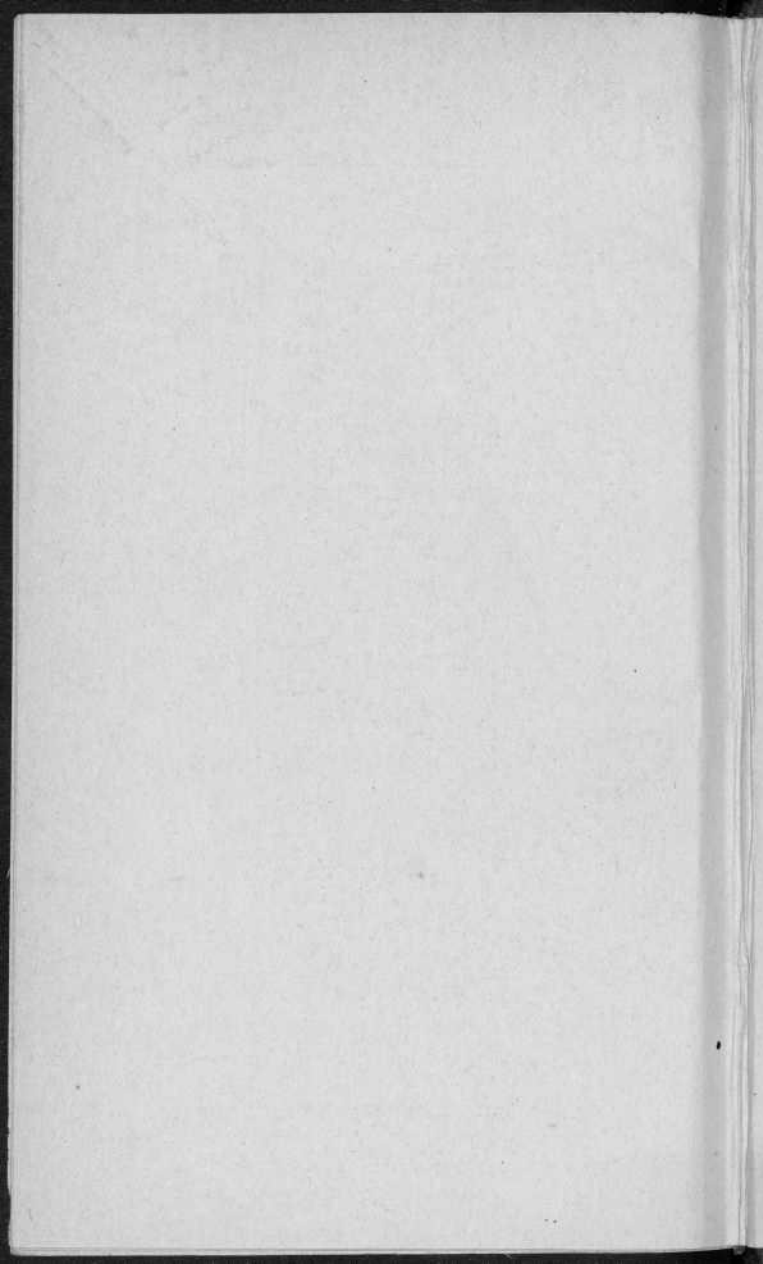


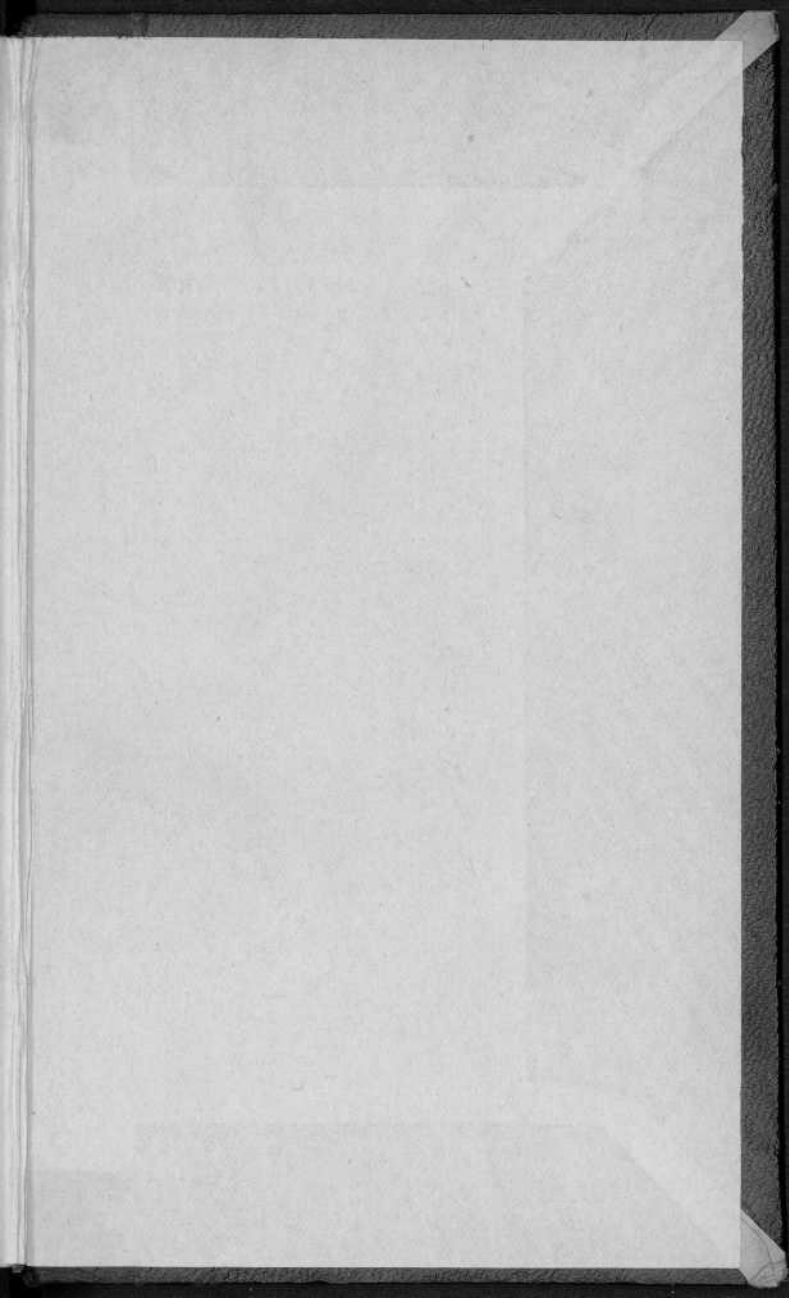
INDICE

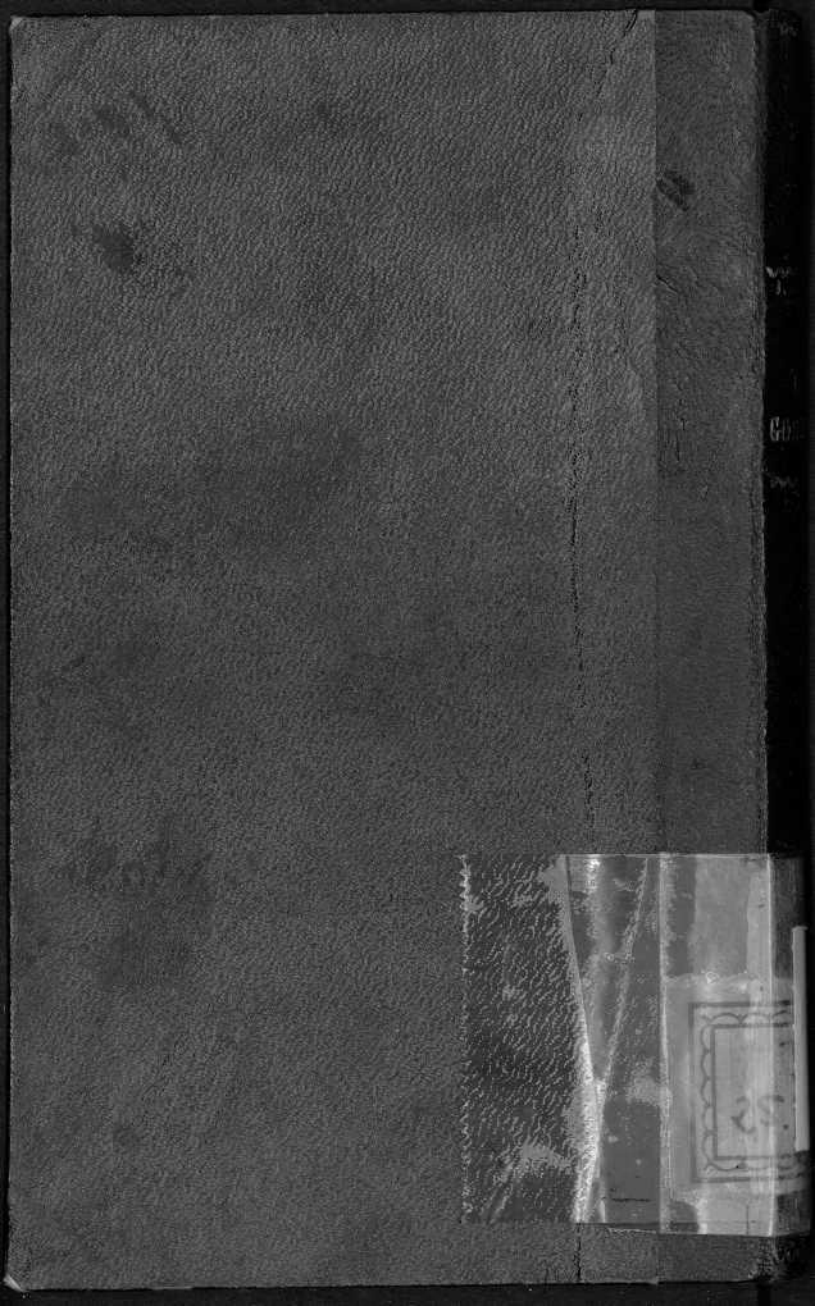
	<u>Páginas.</u>
I.—Primeros años.	3
II.—Cómo fué Luis enviado a Florencia, donde hizo voto de castidad. . . .	14
III.—En Mantua y Castellón.	23
IV.—Determina ser religioso.	31
V.—Austeridad de vida en la casa pa- terna.	38
VI.—Reside en España y resuelve entrar en la Compañía.	45
VII.—Vuelve a Italia, y contradicciones que allí tuvo por causa de su vo- cación.	62
VIII.—En Milán y Mantua, y nuevas difi- cultades.	70
IX.—Renuncia el Estado y entra en la Compañía.	88
X.—Su noviciado.	98
XI.—Estudiante en el Colegio Romano.	120
XII.—Es enviado a su tierra por asuntos graves de familia.	140
XIII.—Perfección de San Luis. Su última enfermedad.	157
XIV.—Su santa muerte.	172











MAAAMM

MAAAMM

AGOSTA

SAN
LUIS
GONZAGA

MAAAMM

25797